

AALIYA MITHWANI
AGUSTINA LEZCANO * ALBERT STRAUSS
ÁLVARO NAVARRO DE ANDRÉS
ANTONIO RUIZ * ASHTON LEWIS
BORJA SANTOS * CANDELA JIMÉNEZ
CARLOS ERNESTO MUÑOZ
ESTRELLA GARCÍA
FABRIZIA SCAPNIELLO
FRANCES MCKENZIE * GERGANAPAPAZOVA
GOYO ROMERO CARRETERO
HELENA REYES YENSEN * IBRAHIM AL-MARASHI
IRÁN YEXALEN BENÍTEZ
ISABEL PEÑA * JANGHOON CHOI
JAVIER VALLAS * JIMENA VIVIAN GARCÍA
JORGE CORTES * JOSÉ MANSILLA
JUAN ALCALDE
JUAN CABELLO ARRIBAS
JUAN ORTÍN * JUAN PABLO GONZÁLEZ
JULIANA ROJAS * KYLE VINCENT ROSARIO
LARA GÜVEN * LIZBETH LUNA VICTORIA
LJUBICA OGNJENOVIC
MARÍA BRAVO * MARÍA EUGENIA MARÍN
MARÍA EUGENIA RAMOS
MARTA GARCÍA SALAMANCA
MEAG GARDNER * MIGUEL ARIAS
MIGUEL PESANTES * NUTSA ZEDELASHVILI
PALLAVI AIYAR * RIKZIM DORJEE
SANTIAGO VIVANCO VALERO
SERGIO RODRÍGUEZ JIMÉNEZ
SOPHIA KLONIS CASANOVA * STEFANIE RIES
TOMAS LEMUS * VÍCTOR CARMONA
VICTORIA CAMPORRO * ZELIN HUANG
ZYAD FEDDI

IE FOUNDATION PRIZES IN THE HUMANITIES 2024

PRIZES IN THE
HUMANITIES

IE

FOUNDATION

Y. 2024



PRIZES IN THE HUMANITIES

IE

FOUNDATION

Y. 2024

INDEX

PROLOGUE PRIZES

POESÍA

STUDENTS & ALUMNI

1ST DESCALZOS POR EL PARQUE

Candela Jiménez

2ND DECISIONES

Irán Yexalen Benítez

3RD ERESMA EN PRIMAVERA

Juan Pablo González

FACULTY & STAFF

1ST NADA

Sergio Rodríguez Jiménez

2ND DUELO

Miguel Arias

3RD EJERCICIO PRÁCTICO

PARA EVITAR LA PSICOSIS

Meag Gardner

RELATO CORTO

STUDENTS & ALUMNI

1ST 1200

Miguel Pesantes

2ND VIOLETA

Juliana Rojas

3RD CHOLA MESTIZA CLASEMEDIERA

Lizbeth Luna Victoria

FACULTY & STAFF

1ST ORIGAMI OTO-SAN

Fabrizia ScapnieIlo

2ND ILUSIÓN

Carlos Ernesto Muñoz

3RD LA CASA DE LAS CIEN HABITACIONES

Victoria Camporro

PRIZES IN THE HUMANITIES

P. 6 ENSAYO CORTO P. 44

STUDENTS & ALUMNI

P. 11 1ST LA IMPORTANCIA DE SABER LO QUE ESTÁS VIENDO

Estrella García

2ND GUERRA Y VERDAD

Victor Carmona

3RD EL MISTERIO DEL VERSO PERDIDO

Antonio Ruiz

FACULTY & STAFF

1ST ESTAR O NO ESTAR

Borja Santos

2ND LAS GALERÍAS CUBIERTAS DE PARÍS
COMO TEMPLO DEL CAPITAL MERCANTIL
DETENTE EL SIGLO XIX

Agustina Lezcano

3RD HOMO INVENTOR

Juan Ortín

P. 12

P. 16

P. 20 POETRY P. 80

STUDENTS & ALUMNI

1ST LINEA 1

Tomás Lemus

2ND CLUMSY

Ljubica Ognjenović

3RD CLARITY

Stefanie Ries

FACULTY & STAFF

P. 33 1ST HAPPENSTANCE

María Eugenia Marín

2ND STARDUST

Álvaro Navarro de Andrés

3RD THE OCEANS OF THIS

Meag Gardner

P. 4

SHORT STORY

STUDENTS & ALUMNI

1ST THE SACRIFICE OF ISAAC

Aaliya Mithwani

2ND HYPERTHYMESIA

Sophia Klonis Casanova

3RD THE ORCHIDS

Gergana Papazova

FACULTY & STAFF

1ST SEVITA SINGS

Ashton Lewis

2ND COVENANT

Ashton Lewis

3RD SWEET RELISH

Jorge Cortes

SHORT ESSAY

STUDENTS & ALUMNI

1ST A CASE FOR CHANGE

Lara Güven

2ND DESERTING THE IVORY TOWER:
A PERILOUS MOVE

Zyad Feddi

3RD MAZEFLECTION

Janghoon Choi

FACULTY & STAFF

1ST THE DOGS OF WAR

Ibrahim Al-Marashi

2ND TRAVELS IN A NEW LANGUAGE

PaIlavi Aiyar

PHOTOGRAPHY

STUDENTS & ALUMNI

1ST CHRONONAUT

Albert Strauss

2ND LIGHTNING TREE IN PARIS

María Eugenia Ramos

3RD REMEMBER THE FIRST FALL OF SNOW

Zelin Huang

FACULTY & STAFF

1ST WATER IS...

Juan Alcalde

2ND JUST WAITING

Goyo Romero Carretero

3RD CONNECTED

Kyle Vincent Rosario

PRIZES IN THE HUMANITIES

P. 90 PHOTO SERIES P.145

STUDENTS & ALUMNI

1ST SOVIET BACKACHES

Nutsa ZedeIashvili

2ND WE WALK AMONG MIRRORS

Albert Strauss

3RD DORÉ

Santiago Vivanco Valero

P. 99 FACULTY & STAFF

1ST MADRID, VISUAL POETRY

Javier Vallas

2ND WONDERLAND

Helena Reyes Yensen

3RD THE POWER OF "JUST" DANCING

María Bravo

P. 112 VIDEO P. 159

STUDENTS & ALUMNI

1ST HOLA MA

José Mansilla

2ND X-RAYS

Marta García Salamanca

3RD EL SUEÑO LATINO

Frances McKenzie

FACULTY & STAFF

P. 127 1ST SOLO VEO NIEVE

Javier Vallas

DIGITAL ART P. 169

STUDENTS & ALUMNI

1ST EQUIVOCAL MEND

Jimena Vivian García

2ND GRAPHIC JOURNEY 1,
CONTINUING JOURNEY, SAFE HAVEN,
GRAPHIC JOURNEY CONTINUES

Isabel Peña

3RD A FRISSON

Rikzim Dorjee

FACULTY & STAFF

P.133 1ST ECOLOGICAL MACHINE 01, 03, 06

Juan CabeIlo Arribas

EPILOGUE P. 176

THE JURY P. 182

CREDITS P. 184

P. 5

PROLOGUE

Last year, I ventured to say that at this gathering of the IE Foundation Prizes in the Humanities we were seeking communion with twilight. I meant that the year's event was drawing to a close, that we had embraced new sunsets and were waiting for the skin of the encounter and the kiss of the horizon to envelop us.

Like the Mayan gods, we had set out to seek the dusk, the death and the rebirth of a single day with the sole desire to sip from the spring, mesmerized by its gentle flow beating in the silence. We begin again. We summon the morning from its deep slumber and reward the dreams of harvests and of plants which, in their reverie, leave a warm buzz, a whisper of loneliness and a glow of color. As we do every year, we gaze anew at the fragile horizon and delight in congratulating the muses of the narrative, the darlings of the lens, and the ballerinas that dance with poetry.

This book is an ode to wheat's memory. It is a brave heart that beats with beauty, cradling artificial intelligence, tradition and the future in its lap. These creations trace a path, sown with seeds of inspiration and the shadows of God. In these lines, we salute the masterful dance of words and images intertwined. We commend those who have set their sight and thoughts in motion, yearning to comprehend, receive, give and become better people, while driving society along the paths of necessity and generosity.

The rites of language and vision are here, in the tender caress of your hands, where light and beauty have been unveiled for all to see. A knife etches its mark into your breath and into your determination to struggle against the wind.

Your creative endeavors help to kindle the light, so that dusk may be intimate, but never dark, and so that warmth does not die with spring, laughter or the scent of tuberose. You help us to hope.

-Diego del Alcázar, Founder of IE

El año anterior decía que, en este encuentro de los Premios de Humanidades, íbamos a hallar los atardeceres. Quería decir que la edición del año terminaba, que habíamos abierto los brazos para fundirnos en otros nuevos atardeceres y esperábamos que la piel del encuentro y el beso del horizonte nos envolvieran.

Nos habíamos puesto en marcha como los dioses mayas en busca de la noche, la muerte y la resurrección de solo un día. No hay más intención que beber con los labios en el manantial, esperar el amable curso y palpitar en el silencio. Volvemos a empezar. Estamos convocando, como la masa madre al hondo mañana, y premiamos a los sueños de cosecha y a las plantas que sueñan y dejan un eco tibio y un silbo de soledad y de color. Como cada año, volvemos a mirar la frágil línea del horizonte y nos encanta premiar a las musas del relato, a los amados del objetivo y a los bailarines de viejas danzas con la poesía.

Este libro es el memorial del trigo, es un gran corazón que palpita de belleza, que lleva en su regazo a la inteligencia artificial, a la de siempre y a la del futuro. Estos trabajos son la traza de la calzada, los surcos anchos en los que se siembran granos de espuma y las sombras de Dios. Reconocemos en estas líneas a los mejores resultados del baile con las palabras y con las imágenes. Premiamos también a todos aquellos que han puesto el pensamiento y la mirada en marcha, para captar, para recibir, para entregar y para ser personas de una calidad mejor. A la vez que empujan a una sociedad a que discurra por caminos de necesidad y de nobleza.

Están aquí los ritos del lenguaje y la mirada, en la tierna caricia de vuestras manos donde se han destapado la luz y la gracia. Un cuchillo graba vuestro aliento y el esfuerzo de un viento de lucha. Ayudáis con estas creaciones a que se encienda la luz, a que el ocaso sea íntimo, pero no sea sombra, y a que el calor no termine con la primavera ni con la risa ni con los aromas de nardo. Ayudáis a la esperanza.

-Diego del Alcázar, Founder of IE

THE PRIZES

POESÍA

STUDENTS & ALUMNI

1ST DESCALZOS POR EL PARQUE
Candela Jiménez

2ND DECISIONES
Irán Yexalen Benítez

3RD ERESMA EN PRIMAVERA
Juan Pablo González

FACULTY & STAFF

1ST NADA
Sergio Rodríguez Jiménez

2ND DUELO
Miguel Arias

3RD EJERCICIO PRÁCTICO
PARA EVITAR LA PSICOSIS
Meag Gardner

P. 12

DESCALZOS POR EL PARQUE

1ST PRIZE

STUDENTS & ALUMNI

Candela Jiménez [ESP]
Master in Digital Marketing
& Analytics

Anoche
los ojos y la bruma de otoño
se manifestaron sobre el plano etéreo.
Vestían de “adiós” y traje
y olía a esencia rota.
Caliza, pólvora, lastre
y tejados de cobre
que aún subsistían de copa y vino.
Y en ese efímero instante
(como todos los que sueñan)
marcharon al alba
en busca de grava y anís.

Y aunque el viento perdure
Y el frío queme,
Y las manos hablen
Y andemos descalzos por el parque
ojalá destrabe el tiempo
los escombros que pisamos
y retome
el júbilo que sangraron tus ojos.

DECISIONES

2ND PRIZE STUDENTS & ALUMNI

Irán Yexalen Benítez [MEX]
Master in Business Analytics
and Big Data

De donde vengo, tierra
desafortunada pero hermosa,
la gente es cálida, amorosa;
la comida, mucho más que deliciosa;
mas sé lo que me aguarda, y eso me
angustia, me destroza.

En cambio, en donde estoy, lugar
extraño,
me pasan los días, también los años,
llenos de dicha, llenos de llanto,
porque bien sé lo que he perdido, lo
que he ganado.

Mido quien fui, quién seré en la
balanza del tiempo,
un eco en el viento, un suspiro lento,
en este viaje incierto, en busca de mi
esencia,
entre el pasado y el futuro, mi
existencia.

ERESMA EN PRIMAVERA

3RD PRIZE STUDENTS & ALUMNI

Juan Pablo González [MEX]
Bachelor in Behavior and Social
Sciences

Serpentean tus aguas
y cantas melodía serena
que acaricia mi oído, perenne.

Es nuevo el día,
el sol abraza tu corriente;

Acaso si hablaras,
brotaría desde tu cauce
poesía líquida,
clara y constante,
como ahora, desde tu orilla
lo hace la vida.

Cuánta paz se desliza elegante
por tu ribera,
cuánto primor se respira en tu
afuente,
Eresma en primavera...

NADA

1ST PRIZE

FACULTY & STAFF

Sergio Rodríguez Jiménez [ESP]
Receptionist / IE Segovia Campus

“Pensé que cualquier alegría de mi vida tenía que compensarla algo desagradable. Que quizás esto era una ley fatal”. — Carmen Laforet

Hay un deseo de seguir latiendo
que no podemos soslayar, un paso
que seguimos sin recordar, acaso
una penumbra bajo el mismo
estruendo...

Hay un presagio hacia el final,
tremendo,
de relojes que gimen su retraso,
de paisajes que dan su sol escaso
a tormentas que siguen
presintiendo...

Y nosotros en medio de la nada,
girando alrededor de un mismo día
que de noche se pierde en la mirada...

Y en nosotros la voz de una jauría
latiendo como sed enajenada,
como el ansia de hallarse en lejanía...

DUELO

2ND PRIZE

FACULTY & STAFF

Miguel Arias [ESP]
Professor / IE Business School

I

Nos hemos repartido la vida que has tenido,
ya no es tuya,
y me han tocado tantos recuerdos,
que malvivo borracho de duelo cada noche.
Es tu muerte una herencia espesa,
en la que no me reconozco,
soy un submarino varado
en el fondo de océano,
sacudido por cargas de profundidad
en forma de recuerdos,
unas dolorosamente cerca,
otras mucho más lejanas.
Las cosas lucen, saben, huelen, escuecen distintas,
si no las comparto contigo,
el miedo da mucho más que miedo
extendiéndose desgadamente,
en un vacío que lo ocupa todo.
Tu ausencia es un rugido que rezuma
una nostalgia desolada,
con consistencia de chicle usado,
reblandecido por el roce y las pisadas.
Te atisbo, rabioso,
en las esquinas de mi existencia,
pugnando por subsistir,
temeroso de que te desvanezcas
como un copo de nieve al tocar el asfalto,
si olvido cada palabra, cada paso.
Y no encuentro en qué cajón
me escondiste el compás y el rumbo,
o ese sello de aprobación infinito,
sin cortapisas.
Estoy atrapado en una conversación interrumpida,
tu silencio me habla,
pero apenas basta para alimentar el rato.

EJERCICIO PRÁCTICO PARA EVITAR LA PSICOSIS

3RD PRIZE

FACULTY & STAFF

Meag Gardner [USA]

Content Creator / Content Marketing

II

Cuando yo me muera
 quiero que me lloren mis yernos,
 que mis hijas no me necesiten,
 aunque busquen todavía su espacio reservado,
 entre mis brazos.
 Cuando muera yo,
 espero que mis nietos sepan quien fui,
 y se reconozcan en los que me preceden
 en esta digna estirpe destartalada,
 de hombres y mujeres tan buenos como pudieron.
 Espero que algunas mujeres
 susurren que las quise atronadoramente,
 y que me quisieron.
 Y espero que no tengas dudas, Elena,
 de que aposté todas mis bazas por ti.
 Cuando muera,
 repartid el cariño que me quedó por dar,
 entre los más necesitados.

Que cosan mis amigos de añares
 los desgarros, los jirones irregulares
 que deja el amor al desvanecerse.
 Y que recorran esas cicatrices imperfectas,
 ya suyas, con los dedos y el corazón,
 para reconstruir gozos a su manera.
 No dejaré una herencia de conflictos, vías muertas,
 no embrollare madejas de sentimientos,
 ni esconderé llaves de baúles con mis claves
 que ya me he vertido en ocasiones, para explicarme.
 No espero mucho, cuando muera,
 solo quedarme prendido de las comisuras
 de los labios de mis tribus.
 Esconderme allí,
 en el nacimiento de las sonrisas,
 para subir, bajar, al ritmo de sus recuerdos.
 Pero no os despedáis cuando muera,
 hacedlo ahora, muy poco a poco,
 un devenir imperceptible,
 un camino angosto, pero seguro,
 la vida, al fin y al cabo.

móvil, real
 internet, falso

película, real
 sueño, falso

abrazo, real
 abrazo-emoji, falso

aire, real
 aura, falso

día, real
 trip, falso

amigos, real
 personajes, falso

edad, real
 tiempo, falso

carta, real
 holograma, falso

palabras, real
 pensamientos, falso

simulación, real
 simulación, real
 simulación, real
 simulación, real

— realmente, scardanelli
 año 2039

RELATO CORTO

STUDENTS & ALUMNI

1ST 1200
Miguel Pesantes

2ND VIOLETA
Juliana Rojas

3RD CHOLA MESTIZA CLASEMEDIERA
Lizbeth Luna Victoria

FACULTY & STAFF

1ST ORIGAMI OTO-SAN
Fabrizia ScapnieIlo

2ND ILUSIÓN
Carlos Ernesto Muñoz

3RD LA CASA DE LAS CIEN HABITACIONES
Victoria Camporro

P. 20

1200

1ST PRIZE

STUDENTS & ALUMNI

Miguel Pesantes [ECU]
Dual Degree in Business
Administration & International
Relations

Seis de la mañana y la Cunshi esta llorando. Putea de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Grita y reclama sobre algo, pero no se entienden las palabras que salen de su boca. Sus sollozos hunden sus oraciones y sus cuerdas vocales se ahogan entre tanto llanto. Mas no hay que ser detective para rápidamente reconocer lo que había pasado. Su pequeño rebaño, sus quince ovejas, el sustento familiar, todas muertas. Los vecinos se amontonan en un círculo alrededor de la Cunshi, algunos para extender una mano y tranquilizarla, y otros, en su mayoría, que andan de sapos. Es un día triste para los residentes de la pequeña comuna de Alausí. Conmovidos por el llanto de la Cunshi, no se dan cuenta de que a unos doscientos metros más adelante otra india llora por la misma tragedia. Y así, poco a poco la gente se empieza a dar cuenta; todos sufren el mismo problema.

El cielo se tiñe de un rojo macizo, y las nubes decoran el paisaje como una pintura al óleo de la Edad Media. Ya eran las cinco y media de la tarde, pero el trabajo aún estaba por terminar. Los hombres de la comuna, jóvenes y ancianos, se habían puesto las ovejas muertas a los hombros y las llevaban a cada una de sus dueñas para que las reconocieran y así poder tener sus rebaños completos, aunque sin vida. Cuando el cielo ya no emanaba luz y los hombres con los ponchos bañados en sangre ya no tenían más ovejas que cargar, se pusieron a contar.

“Uno, dos, tres...”

“Sesenta, sesenta y uno, sesenta y dos...”

“Ciento cincuenta, ciento cincuenta y uno, ciento cincuenta y dos...”

Habían perdido la cuenta unas dos o tres veces, así que seguían desde el ultimo numero del que se acordaban todos. Aún así, la oscuridad no los dejaba contar y la luna se escondió detrás de las nubes, como si estuviera avergonzada de lo que pasó frente a sus ojos la noche anterior. Esa misma noche los hombres salieron en manada, con antorchas y linternas que generaban la luz ausente, para encontrar algo (o a alguien) a quien echarle la culpa de semejante sufrimiento de la comuna. Buscaron entre los pinos que quedaban a la orilla de la montaña, justo debajo de la comuna, pero no encontraron nada fuera de lo común. Intentaron dividirse en grupos para cubrir más tierra, pero lo único que lograron los indios fue perderse en el frío de

la noche. Al siguiente día nadie habló, nadie sollozó, nadie gritó ni nadie puteó. Ningún indio salió de su casa para trabajar la tierra o el ganado, ningún gallo cantó para avisar a las familias de la noche que se había acabado, todo fue silencio, un llanto oscuro y callado por las ovejas que habían matado.

Suena *Ayer y Hoy* de Julio Jaramillo. Los indios acurrucados en el pordiosero bar del mono Chuquimiza no hablan. Todos están hediondos a sangre, sudor, y miseria. Si los sentimientos emanaran hedor, definitivamente la alegría, el amor y el orgullo llenarían las narices con rosas, pero la miseria sería lo más repulsivo que se podría llegar a oler en la vida.

“¡Mono! Traerás otra de pájaro azul, ve.”

La caña no saciaba la sed de los indios. Fue tanta la sorpresa del mono Chuquimiza que tuvo que ir a buscar las botellas de pájaro azul a la bodega del bar. Nunca se tomaba pájaro azul en la comuna, a menos que se estuviera celebrando algo –o, al contrario, se estuvieran ahogando las penas–. Los indios no conversaban, el bar estaba lleno de silencio, algo inusual para los ruidosos indios. No se escuchaba nada, excepto el ocasional “salud” seguido del tintineo de los vasos al chocar entre sí. El golpe había sido muy duro para las familias en la comuna. Si el salario de los indios era dividido en partes, las ovejas significarían la educación de los guaguas para una familia, o el combustible del tractor para otra, o incluso el pago de la fumigación de los cultivos para otra. Si había algo en lo que se podía estar de acuerdo en Alausí era que con la muerte de esas desgraciadas ovejas todos habían perdido algo.

A los dos días de haber ocurrido aquel bizarro suceso, el chisme se volvió nacional. Unos decían que el chupacabras merodeaba Alausí, otros decían que el agua de la comuna estaba envenenada y que tarde o temprano todos los que la tomaban se morían, y nunca faltaba el que decía que Alausí era pueblo de pecado y que la muerte de sus ovejas era Dios mandando su castigo. Todos tenían su versión de los hechos, todos tenían su verdad. Fue tanta la conmoción de la gente que hasta las noticias fueron a hacer un reportaje a la pequeña Alausí. Nadie quería hablar, pero todos querían salir al frente de la cámara. Salir en televisión nacional era visto como una cosa de locos para los habitantes de esa pequeña comuna. Pero nadie se atrevía a dar una entrevista con el medio, nadie quería hablar y arriesgarse a hacer el ridículo en televisión nacional. Fue una voz desconocida de entre la gente que dio el nombre de la Cunshi para que fuera entrevistada acerca de lo que le había pasado. Sin más remedio y frente a toda la comuna, la Cunshi empezó a contar lo que le había sucedido. Daba su versión con calma, pero sería. Tenía un tono lento y sereno en su voz que la hacía ver como una experimentada frente a la cámara. Con lujo de detalle relató su rutina mañanera de todos los días. Se levantaba con el cantar del gallo, se lavaba la cara y se vestía, desayunaba un pedazo de pan, café negro y, antes de salir de casa, cogía el poncho que colgaba al lado de la puerta. Mientras contaba lo que había visto al salir de casa su rostro cambió súbitamente. Su expresión sería empezó a desvanecerse y su voz se aceleraba con cada palabra que salía de su boca.

La Cunshi, que tan serena se había mostrado, empezó a desesperarse al recordar tremenda tragedia. Su cara se pintó de angustia e impotencia, sus manos temblaban y sus ojos se llenaron de lágrimas. Su voz se quebró al mencionar a sus guaguas y decidió guardar silencio, pero la reportera no le quitó el micrófono de la cara. La Cunshi recuperó la compostura y, con las lágrimas recorriendo por sus mejillas, dijo todo lo que se estaba guardando. Cómo se había quedado sin su pequeño rebaño, cómo no iba a tener dinero para pagar por la educación de sus guaguas, cómo se iba a tener que endeudar de nuevo para intentar salir adelante –y eso si es que alguien le volvía a prestar un duro–. La reportera escuchaba atentamente a todo lo que salía de la boca de la Cunshi y, cuando terminó de hablar, agradeció y se apartó. Confundida, llorosa y an-

gustiada, la Cunshi decidió acercarse a la reportera y le preguntó si es que iba a recibir ayuda alguna. La reportera, con una mirada ausente, se encogió de hombros en un acto desinteresado. Ahí fue, en ese mismo instante, cuando a la Cunshi el corazón se le rompió en mil pedazos. A nadie le iba a importar los problemas de una india cochina. Nadie se interesaría por quince desnutridas ovejas. Esas pobres ovejas que hoy ya no existían, que representaban una parte tan grande de la vida de la Cunshi, no significaban nada ante los ojos del resto de la sociedad ecuatoriana.

(Nangaritzza)

Esta es mi segunda vez en un avión, la primera fue aquella tarde cuando mi vida volvió a comenzar.

Noto que me sudan las manos. Tengo sed. ¿Será que aquí dan algo de comer? Son seis horas de viaje, ¿qué voy a hacer durante todo este tiempo? Alexandra me advirtió de que trajera algo de comer, porque en estos vuelos le cobran a uno hasta la risa. Pero ni modo, me dio miedo que me pusieran problema y no pudiera viajar, después de todo, tengo que llegar.

Me distraigo con una señora que cruza por el pasillo, debe tener unos setenta años. La misma edad de mi abuela materna, que para mi cumpleaños número once había decidido tejerme una cobija. A pesar del calor y la humedad de la noche, ella siempre insistía que mis hermanos y yo tuviéramos una cobija en la cama. “De noche es cuando las cosas malas se cuelan”, repetía una y otra vez cuando nos acostábamos a dormir los cuatro en esa cama pequeña. La cobija color turquesa quedó a medio hacer aquella noche.

La tripulación del avión inicia una demostración de seguridad antes de despegar. La señorita que me acompaña desde la sala de espera nos indica que debajo del asiento hay un chaleco salvavidas, que la máscara de oxígeno solo se activa si se despresuriza el avión y que siempre, sin excepción, nos pongamos primero nosotros a salvo antes de ayudar a alguien más.

Al finalizar la explicación, me percaté de que Alexandra había quedado sentada muy lejos de mí; las demás, ni idea, ni las conozco realmente. Solamente las vi una vez por videollamada cuando esa señora del Gobierno, Marina, nos explicó cómo iba a ser el viaje. Fue muy clara. Cada una tiene diez minutos para explicar por qué está en la mesa de negociación. Nos decía claramente que teníamos que ser concretas, no hablen de historia patria, recuerden que esa oportunidad es única en la vida y todas tenemos un objetivo común.

Alexandra y yo crecimos prácticamente juntas. El 29 de mayo de 1998 a las 23:48 pm nos fuimos del pueblo y nunca más volvimos. Salimos por la parte de atrás de la casa de mi abuela, tenía un jardín gigante lleno de cultivos, le encantaba sembrar yuca. Siempre me decía que la yuca era sagrada para las mujeres de la región. Durante la época más cruda de la guerra, siempre había cosecha. Incluso cuando a mi primo lo mataron y le quemaron toda su casa, mi abuela volvió unos días después a recoger las pocas pertenencias que quedaban y encontró el cultivo intacto. Ese mes comimos yuca todos los días.

Fue hace tanto tiempo que su voz y sus historias se mezclan con mis ideas en mi cabeza, ya no estoy segura si los recuerdos sobre ella son reales o es un invento de mi imaginación para tener en qué pensar.

Recuerdo claramente esa noche. Alexandra y yo estábamos jugando a las cartas en mi cuarto. Unas cartas con el logo de Coca-Cola que me había regalado un soldado hace una semana. Me dijo que se las había encontrado en un pueblo vecino, donde hubo un enfrentamiento entre el ejército y la guerrilla. Yo no sabía muy bien a qué se refería con enfrentamiento, pero le escuché toda la historia para que me las regalara.

Esa noche le prometí a mi abuela que me iba a quedar en el cuarto con Alexandra sin hacer ruido, con una vela pequeña prendida para que no se diera cuenta que estábamos despiertas. Mis hermanos estaban en el cuarto de la entrada, se habían quedado dormidos en la cama de mi abuela y no podía moverlos, si los despertaba no había forma de dormirlos otra vez.

Alexandra me dijo que esa noche se quería quedar en mi casa. Desde hacía dos semanas, solo hablaba de que se había enamorado. Era un hombre de estatura baja, ojos oscuros y un acento que no parecía de la región. Yo solo lo había visto una vez. Cuando me lo presentó, me hizo jurar que no iba a decir que teníamos once años, sino que acababa de cumplir quince. Nos llevó a una taberna cercana a su casa. Él solo hablaba de la revolución y de que pronto el país estaría en manos del pueblo. Yo no entendía a qué se refería, pero las personas parecían entenderle y aplaudían cada vez que terminaba una frase.

La casa de mi abuela quedaba muy cerca al batallón central del pueblo. Esa noche no escuché nada inusual; generalmente escuchaba cerca de las once de la noche a los soldados cambiar de guardia y a veces mi abuela, cuando no podía dormir, se sentaba en la puerta a hablar con algunos de ellos sobre el futuro del país. Yo no podía estar en esas conversaciones, siempre me decía, “váyase a dormir, estas no son horas para que una niña decente esté despierta”. Esa noche mi abuela se sentó en la puerta de la casa, pero los soldados no llegaron. Alexandra había decidido dejar de jugar a las cartas. Ya le había ganado cuatro veces en el juego que nos habíamos inventado. Cuando de repente, una explosión sacudió el aire, dejándome sorda por unos segundos. Entre el polvo y los escombros, vi a Alexandra aparecer, tenía algunas heridas en la cara, pero sus ojos estaban brillantes. “¡Camíne! Nos vamos para el monte. Nos están esperando para volarnos con ellos”, me dijo con firmeza, casi como si hubiera planeado toda la escena.

En ese momento, supe que no había vuelta atrás. Las paredes del cuarto donde estaban mis hermanos ya no existían y el portón de la entrada parecía haber sido arrancado por la explosión. Comprendí que mis hermanos y mi abuela probablemente no habían sobrevivido. Sin más remedio la seguí. Nos volamos por la parte de atrás pisando los cultivos de yuca.

La señorita de la tripulación me pregunta que si quiero algo de beber. Me ofrece jugo de naranja, agua, café o té. Le digo que agua está bien. Me acerca una pequeña servilleta y me sirve con una sonrisa intimidante el vaso. ¡Qué sed! Me acabo de un solo sorbo el vaso y miro el reloj, 45 minutos de vuelo.

Las semanas siguientes a la explosión fueron eternas. Llegamos a un campamento a la madrugada. Nos habíamos montado cuatro en un *jeep*: Alexandra, el novio, Ramiro y yo. Ramiro y yo habíamos hablado pocas veces. Solo sabía el rumor que su papá se había escapado al monte hacía seis meses, dejando a Ramiro y a sus cinco hermanos solos con su mamá. Ramiro se la pasaba en cosas raras, siempre lo veíamos de taberna en taberna haciendo encargos. Se la pasaba contando dinero y mi abuela decía que no me acercara, “ese muchacho anda con los de la montaña”.

Al poco tiempo de salir del pueblo. El novio de Alexandra recogió a dos más igual a él. Sin hablar, recorrimos una carretera por varias horas, solo se escuchaba el motor y el sonido del río que se alejaba cada vez más. A Ramiro lo ba-

jaron antes que a nosotras. Nunca lo volví a ver, Alexandra me dijo un día que se había volado del monte y tiempo después lo encontraron en una fosa común.

Al llegar al campamento, nos reunimos con un señor muy alto y con canas, tenía un uniforme camuflado y botas de caucho. Su voz era muy gruesa y parecía que con una mirada podía silenciar a miles. Nos dio la mano, firme y áspera. Nos felicitó por creer en la revolución, nos entregó ropa nueva y una maleta con utensilios básicos. Ese fue el comienzo de mi nueva vida.

A partir de ese día iniciamos nuestro entrenamiento. Nos levantábamos antes del amanecer. Trotábamos varias horas entre la maleza, siempre cargando un palo. ¡Uf! Sí que pesaba. Aprendimos a reconocer caminos entre la selva, a caminar en la oscuridad y a escuchar el sonido del río para seguirlo. En las tardes nos enseñaban las normas, el régimen interno y nos explicaban que nuestro objetivo era retornar el poder al pueblo.

Después de tres meses, nos entregaron el armamento. A mi primer arma la bauticé María, cómo mi mamá. Me acompañó hasta que me ascendieron y tuve que cambiarla porque estaba muy vieja. Aprendimos a usarla y nos enseñaron sobre estrategia de combate para enfrentarnos al enemigo.

Después de dos o tres navidades las misiones empezaron a cambiar. Ya no patrullábamos solamente en los pueblos o custodiábamos secuestrados, el comandante nos confió tareas de inteligencia. Junto Alexandra y otros compañeros de la misma edad podíamos pasar desapercibidos en muchas de las poblaciones por las que transitábamos. El comandante nos mandaba a monitorear cosas extrañas que se vieran en el pueblo. Desde nuevos desplazamientos del ejército hasta la ruta que tomaba el fiscal hacia su casa. Éramos la primera fuente de información para el equipo de inteligencia, que utilizaban lo que nosotros les contábamos para sus operaciones.

Cuando cumplí 18 años Alexandra era la única que sabía. Ese día en la madrugada teníamos que viajar seis horas hacia una población cercana a recoger unos medicamentos para los compañeros. Recuerdo que en el camino me cantó el feliz cumpleaños y me prometió que apenas nos dieran lo del mes nos íbamos a ir a celebrar en la taberna. Me dijo que ya por fin tenía la mayoría de edad, que ahora sí había dejado de ser una niña.

El piloto anuncia que estamos atravesando una zona de turbulencia y que nos encontramos a mitad de camino de nuestro destino. Se enciende el botón que indica que debemos abrocharnos el cinturón. Me percató que el cielo está gris. Seguro estamos pasando por alguna tormenta. El avión se sacude. Algunos que venían dormidos se despiertan del brinco. Nunca me molestó la sensación de vacío. Miro el reloj, dos horas de recorrido.

Meses después de mi cumpleaños 18 tuvimos que patrullar una población cercana durante una semana. Después de muchos meses en la selva, estas misiones eran lo mejor, aunque los días eran largos la comida nunca faltaba. Algunos comerciantes nos solían recibir con platos llenos de comida, muchos de ellos eran contribuyentes de la revolución o muchos nos recibían por el miedo.

Don Pablo tenía la mejor carne de la región y nos daba a cada uno un pedazo muy generoso. Su local era pequeño, pero siempre acomodaba algunas sillas de plástico para que nos sentáramos. El televisor siempre estaba en fútbol o en alguna película vieja que repetían los domingos. Ese día estaban pasando el clásico capitalino de fútbol cuando vi un anuncio que me cambiaría la vida.

Ya se hablaba entre los compañeros de un indulto del Gobierno si entregábamos las armas y retornábamos a la vida civil. El comandante nos había advertido que eso era un engaño para debilitarnos y que cualquier que tan siquiera

lo pensara sería castigado con la muerte. El anuncio decía “¡Tu país te necesita aquí, no en el monte! Programa de Atención Humanitaria al Reincorporado” y un número de teléfono.

¿Podría ser cierto? La idea de dejar las armas, de vivir sin el constante miedo a ser emboscada o a perder a mis compañeros en combate, retumbaba en mi cabeza. No conocía nada más allá de esto o al menos no lo recordaba. Me paralizaba pensar que allá afuera había una vida para mí.

El avión vuelve a sacudirse y la voz del piloto resuena de nuevo asegurándonos que pronto saldremos de la zona de turbulencia. Me aferro al asiento y espero el paso de la tormenta. Pienso, son solo tres horas más de vuelo y aterrizamos.

El comandante llegaría el lunes en la mañana a reunirse con algunos líderes del pueblo. Era nuestro deber asegurar la zona y evitar cualquier eventualidad. Ese domingo me tocó patrullar toda la noche. El silencio de la noche puede ser ensordecedor. ¿Una vida afuera? Raramente me permitía pensar en el otro camino que mi vida podría haber tomado. Quizás si ese día no hubiera acompañado a Alexandra, si el miedo no me hubiera paralizado a ir ayudar a los míos, quizás el final hubiera sido diferente. ¿Acaso mi final era terminar muerta en algún enfrentamiento con el ejército o en prisión después de alguna misión fallida? Aunque la muerte no era mi mayor temor, la idea de que mi vida sería esto me enfriaba el cuerpo entero.

A la madrugada nos dieron la orden de custodiar la zona sur del pueblo, donde había una pista de aterrizaje abandonada de años atrás, cuando los dirigentes del Gobierno intentaron recuperar esta zona. La mañana llegó sin eventualidad y el comandante se reunió en la plaza central del pueblo con los líderes. A pesar de que varios habían advertido que era mejor tener esa reunión en otro lugar, el comandante respondió que estaba cansado de esconderse.

Me encontraba en la zona sur cerca de una tienda de frutas cuando escuché el primer estruendo. Los disparos se confundieron con los gritos y por unos segundos no entendía que estaba ocurriendo. El ejército había lanzado una ofensiva sorpresa en busca del comandante. El caos se desató muy rápido, vi que Alexandra y otros más gritaban la retirada de la zona. Nos duplicaban en número. No era fácil reconocer entre un bando y el otro, los civiles corrían buscando refugio entre las casas y el ejército avanzaba, cazándonos uno a uno. Alexandra me agarró el brazo. ¡Muévase, nos van a matar! Gritó desesperada. Empezamos a correr, nos encontramos varios en aquella pista, pero ya era muy tarde.

Me capturaron el 24 de marzo de 2005. Ese día monté por primera vez en avión.

Me despierta el carrito de la tripulación recogiendo basura y una voz en el parlante que no escucho claramente informa que quedan treinta minutos para el aterrizaje. Iniciamos el descenso. En ese momento se acerca con voz agitada Marina, la señora del Gobierno, me dice que una vez aterricemos vamos a trasladarnos al hotel a descansar, pues mañana nos uniremos a las conversaciones entre el Gobierno y la guerrilla. Conversaciones que todavía no son públicas y que somos pocos los que conocemos que esto está sucediendo.

Marina llegó a la cárcel un día de febrero en la tarde. Interrumpió mi cotidianidad, mi rutina del día: despertarme, bañarme cuando había agua, desayunar, limpiar los baños o el salón que me tocara ese día, comer, estar en el patio, cenar e irme a dormir. La guardia de turno me dijo “tiene visita, párese”. ¿Visita? En estos nueve años de encierro no había recibido ninguna visita. A veces las compañeras me invitaban a sus comidas con sus hijos o en Navidad venían fundaciones a regalarnos ropa usada, pero ¿visita?

Entré al salón con desconfianza. Ahí estaba sentada Marina y una muchacha muy joven que me dijo que era abogada, pero no recuerdo su nombre. Marina,

con su rostro serio pero sereno, tomó la palabra primero. Me explicó que se había iniciado un proceso de paz con la guerrilla, un intento histórico por terminar con años de conflicto y violencia. La joven abogada asintió y añadió que el Gobierno había decidido incluir a personas como yo en las conversaciones para que nuestras experiencias pudieran ser escuchadas y consideradas. Me explicó que querían que viajara para contar mi historia, que mi testimonio sería vital en las mesas de negociación. “Tu voz puede ayudar a construir la paz,” dijo, mirándome directamente a los ojos.

Se mencionó la palabra perdón. Me explicó con detenimiento que uno de los puntos centrales del proceso es garantizar la reconciliación entre víctimas y victimarios. Supongo que yo entro en alguna de esas categorías, ¿no? Marina asintió con la cabeza. Las víctimas. Esas víctimas que para muchos de nosotros no tenían rostro, no tenían historias. Quizás así era más fácil. Quizás era más fácil imaginar que no había nada ni nadie esperando por ellas. Así como no había nada ni nadie esperando por mí.

Se sintió el golpe al aterrizar. “¡Bienvenidos! Esperamos que hayan disfrutado el vuelo y su estadía en su destino final”. Respiro hondo. Llegamos.

CHOLA MESTIZA CLASEMEDIERA

3RD PRIZE

STUDENTS & ALUMNI

Lizbeth Luna Victoria [ESP]

Master in Corporate
Communication

Dani, siempre con su tono ceremonial y extrema racionalidad, sostenía que Arturo Soria era una zona llena de familias que probablemente tenían empleados para el cuidado de los hijos, la limpieza del hogar, el mantenimiento de los jardines, la recitación de mantras vespertinos, la preparación de baños con aceites esenciales y, con su clásico humor alemán, añadía, hasta para limpiarles el culo. “No necesitan nuevos amigos, ya lo tienen todo”, me decía como consuelo. No lo creía realmente. Nos habíamos mudado hacia poco a este barrio y, por segunda vez, había fracasado en mi intento por hacer amistad con los vecinos de mi unidad. En mi primer intento, había invitado a los doce chalets a una comida en casa, yendo puerta a puerta para presentarme y dejándoles *cupcakes* de terciopelo rojo con la esperanza de que asistieran a un brindis esa misma tarde. Nadie confirmó su asistencia, ni se apareció siquiera en espíritu. La segunda ocasión fue para el cumpleaños de Dani, meses después. Pensé que ofrecer una comida peruana podría generar más interés. Todos parecieron estar de acuerdo cuando los invité, o al menos eso creí. Con el ceviche recién preparado, los tamales listos y el ají de gallina aún caliente en la olla, comencé a recibir excusas de los distinguidos invitados: uno tenía un niño con fiebre, a otro se le había pinchado una llanta, otro tuvo una emergencia laboral y otro más alegó que su madre se había caído por las escaleras de un centro comercial. Entendí que lo mejor era renunciar a mi intento de socializar antes de que algún vecino siguiera empujando imaginariamente a su madre por todos los centros comerciales de Madrid. Días después, oímos una gran fiesta en el chalet vecino, con varios de nuestros vecinos presentes, los mismos que no habían asistido a nuestra celebración. “No lo tomes personal. Ellos se conocen desde hace mucho”, me consoló Dani.

Él no tenía ningún problema con esta situación. Aunque, tan inmigrante andino como yo, de personalidad era más bien alemán. Vivía feliz en su rutina de madrugar para estudiar, ir a trabajar al banco y volver pronto para seguir trabajando en su tesis doctoral, todo enmarcado en estrictos horarios cuidadosamente planificados de años antes y presupuestos planeados euro a euro. Su vida nunca había girado en torno a una amplia red de amistades o a una vida social intensa. Yo, por otro lado, sentía un deseo intenso de integrarme, de salir a tomar algo, de tener a alguien con quien conversar que no fuese nuestro perro. Sin embargo, a pesar de repartir sonrisas generosamente, no conseguía que nadie se interesara en interactuar conmigo más allá de un frío y lejano hola que sonaba más bien como un adiós. ¿Por qué?, me preguntaba constantemente. En Lima, nunca había tenido problemas para socializar. De hecho, me consideraban el alma de la fiesta en muchos círculos y solíamos tener la agenda muy ocupada. La decisión de mudarnos fue audaz, convencidos de que Lima ya nos había quedado pequeña. Además, estábamos hartos de la constante angustia provocada por el desastre político y social, autoridades que parecían carentes de raciocinio y una sensación permanente de inseguridad. “Si solicito el traslado, voy a ganar mucho menos que aquí y quizá demores en encontrar empleo”, me había advertido. Pasaríamos de estar en el top de la pirámide social, a ser simples y mortales clasemedios.

Manteníamos la esperanza de que la situación mejoraría tan pronto como yo encontrara algo. No obstante, a pesar de contar con un título en Marketing de la mejor universidad de Perú, un máster de una prestigiosa escuela de negocios internacional y una requetefila de premios, estos logros no eran suficientes para impulsar mi carrera profesional. Me había convencido que el problema era yo o algún aspecto de mi chirriante personalidad que parecía no conectar con nadie. ¿Qué me hacía tan chirriante? No lo sé. Mejor pregúntenles a los reclutadores, a los compañeros del gimnasio que siempre evitaban formar equipo conmigo, o al vecino del fondo que no perdía oportunidad de regañarme por cualquier motivo.

¿Sería porque soy una chola mestiza y, ahora, clasemediera? Lo chola se me nota al respirar en esa exquisita piel canela, ojos color negro profundo, expresiones fuertes, mirada triste y caballos negros largos e hirsutos a los que cada tres meses les hago rayitos rubios para que me den un poco de sabor local. Sí, esas características que en Perú no se consideran especialmente hermosas ni populares, dado que representan a la gran mayoría de la población. Claro, si tienes dinero, la película cambia. Pero en Madrid, no lo teníamos. Éramos unos migrantes sudacas que habíamos llegado a poner la cuota de diversidad en un barrio de pijos y familias de bien donde los pocos peruanos que había eran jardineros, conserjes o ayudantes de hogar. De hecho, pronto comencé a ser conocida como “la paseadora de perros”. Cuando una vecina se lastimó el pie, me ofrecí a pasear a su perro, y ella aceptó agradecida. Pronto, otros vecinos comenzaron a solicitarme ayuda por distintas razones, usualmente por falta de tiempo. Dado que las cuentas no esperan a que uno arregle su vida, acepté cuidar perros como una solución temporal, mientras esperaba que alguna empresa se convenciera de que soy más talentosa que chirriante.

El éxito de mi emprendimiento se reflejaba en mi apretada agenda. Salía a las siete de la mañana al primer turno. Comenzaba con Porky, un pastor alemán de unos doce años; luego Missy, una ovejera muy activa; después a Pancho, un mestizo relajado; y finalmente a Tony, otro mestizo que, al ver a cualquier perro cerca, le ladraba como diciéndole: “¡Eh, amigo, ven al parque con nosotros! Vamos a revolcarnos un poquito y llenarnos de tierra”. Trataba de que los paseos no coincidieran con las entrevistas de trabajo que pudiera tener. Sin embargo, disponía de menos tiempo para postular a empleos y, si recibía una llamada inesperada, podría encontrarme en medio de una charla con Tony.

Al cabo de unos meses, tuve que parar debido a una luxación en la espalda baja producida por la fuerza de tirar de los perros. Me paseaban ellos a mí en lugar de yo a ellos. Lo ganado apenas alcanzó para cubrir el costo de las cremas y los antiinflamatorios. Cuando se lo comuniqué a los clientes, ellos estaban muy decepcionados por perder a su paseadora de perros y parecían no creer tamaña desgracia. “¿Y no tendrás un hermano o primo que te reemplace hasta que te recuperes?”, me insistió una. Yo pensaba en mi hermana, la gerente de sostenibilidad de WWF, en tacones y maquillada, llegando a su oficina en una camioneta negra Mercedes y respondí: “No, señorito, mi familia no vive acá”.

Regresé a mi rutina de búsqueda de empleo y me puse a estudiar para mejorar mi perfil profesional. Las semanas seguían pasando con alguna entrevista esporádica, pero sin nada claro. “Es que si no tienes contactos es más difícil pero no imposible”, me animaba Dani. Trataba de mantener la cabeza alta y me decía “es mejor llorar sin trabajo en tu casa que debajo del puente de Vallecas”. Al final, gran parte de mi esfuerzo diario se centraba en conservar un espíritu positivo y seguir siendo productiva a pesar de las circunstancias.

Un día, mientras caminaba por la calle, me encontré con la mamá de Pancho. Yo venía del frutero y traía en una mano bolsas con media sandía, un kilo de manzanas y una caja de fresas; y en la otra, plátanos, una bolsa de espinacas, tres tomates y un paquete de queso latino. Iba con un vestido de volantes blanco típico de primavera con una gran falda voladora y escote cuadrado de la

última colección de Zara. Tenía el cabello perfectamente levantado en una cola que dejaba completamente a la vista mis preciosos aretes de perlas. Llevaba una base ligera, máscara de pestañas y los labios rojos. Arreglarme para estar en casa era la forma que tenía para luchar contra mi depresión. Siempre diva, nunca *indiva*. Justo cuando el sol me cegaba por haber olvidado mis gafas, vi el cuerpo sesentero de una señora correr hacia mi dirección. Pensé que tenía que dejar las bolsas en el suelo para poder reaccionar en caso se tropezara, pero no lo hice. Ya había asimilado que me iba a ir al infierno por todos mis pecados como para dejar mi fruta en el suelo y que se llene de bacterias. Ella me regaló una alegría desbordante, abrazándome y besándome cuando finalmente me dio el encuentro. Luché internamente por recordar su nombre. En mi memoria solo era “la mamá de Pancho”. Ella me preguntó cómo estaba, si me había ido de vacaciones y hace cuánto no veía a la familia. “¿Era acaso Carlota? Creo que no, pero comenzaba con C”. Me comenzó a contar que desde que dejé de pasear a su perro, se había puesto muy ansioso y travieso. Se hacía pis por todos lados, rompía cosas y hasta robaba comida de la cocina. El domingo pasado se distrajo un minuto y el pollo asado había desaparecido justo antes que lo pusieran en la mesa. “Sería Cecilia, Carmen, Carmela...”. Bueno, que su hijo tenía que venir todos los días a sacar al perro porque ella lo tenía prohibido porque le tiraba, y el doctor le dijo algo de que si se caía, se mataba, y su huesitos, y la edad.... Y si su hijo no podía sacar al perro, mandaba a alguno de los nietos y entonces tenía visitas casi todos los días. Lo que estaba muy bien, muy, muy bien, porque antes nadie la visitaba. “Clemencia, Cristina, Cuca...”. Ella insistía que estaba súper contenta, aunque igual echaba de menos mi presencia, y por eso quería que fuera una vez más a su casa el siguiente domingo. Que haría un tardeo en su jardín, decía, para celebrar su cumpleaños setenta. Que iban a ir sus hijos, sus nietos, sus amigas, mucha gente; y que iba a estar muy guay, si estaba libre para ir. “¡Conchal! ¡Se llamaba Conchal!”. Le dije que sí, claro, ahí estaría. Era mi primera invitación a un evento social en el barrio.

“No tengo tiempo”, respondió Daniel cuando le trasladé la invitación. “Es un evento de señoras mayores”, sentenció. “No, dice que también irán sus hijos y nietos. Seguro también estarán los vecinos. Tómalo como que podemos hacer *networking* y por ahí alguno de ellos eventualmente me puede ayudar a conseguir trabajo”, añadí para tratar de convencerlo. Finalmente aceptó.

Escoger el regalo fue difícil. Quería causar una buena impresión y no escatimar en gastos, pero a la par era consciente de que no podía desarmar el presupuesto mensual que dependía estrictamente de los ingresos de Dani. Decidí usar parte de mis ahorros para comprar una cadenita de oro con una imagen de la Virgen. Me pareció que, dada la edad de la mamá de Pancho, tendría gustos similares a los de mi madre, y con las cosas religiosas nunca se falla en esa generación. Siempre quedan bien los detalles. Elegí para la ocasión un vestido de cóctel de lunares negros ajustado que no había usado desde mis días en Lima. Queriendo evitar un look demasiado formal, considerando que el evento sería en un jardín, lo combiné con unas zapatillas blancas Ralph Lauren para darle un toque más urbano y menos casual.

El timbre de la casa de la señora Concha emitía una melodía que evocaba a una iglesia, con predominio de órganos y violines en un ritmo que incitaba a la confesión. “Hola, ¿qué tal? Venimos al cumpleaños”, indiqué mirando fijamente la cámara del timbre con gran una sonrisa, convencida que nos estaban viendo desde el interior. Hubo unos segundos de silencio, ni muchos para preocuparse pero suficientes para sentirlos, hasta que la puerta se abrió automáticamente. La empujamos y entramos. En el recibidor nos cruzamos con un mozo que entraba con una bandeja con copas vacías hacia la cocina, mientras otros salían con copas llenas. Dani cogió una para cada uno de nosotros. Cruzamos el salón, donde unos niños jugaban tan absortos que ni siquiera repararon en nosotros. A pesar de la multitud, no logré identificar a la señora Concha, aunque sí reconocí a algunos vecinos, que no se acercaron ni parecieron reconocernos.

Nos abrimos paso entre los invitados buscando a la cumpleañera, hasta que un hombre se acercó. “¿Buscan a mi mamá? Ha subido a su habitación un momento. Ya regresa. Por favor, tomad asiento. Soy Alberto”, nos informó. Alberto nos presentó a su esposa y a sus primos, con quienes compartía la conversación, y se aseguró de que los mozos nos sirvieran pequeños platos llenos de entremeses como croquetas, jamón, quesos, tortilla, vasitos con tartar y pinchos de pollo. “¿Y de dónde conocéis a mi tía?”, nos preguntó la prima Anatolía. “Somos vecinos”, le respondí. La familia mostró gran interés en nuestra historia, queriendo saber por qué habíamos llegado a España, cómo vivían nuestras familias en Perú, si la delincuencia y las crisis sociales y económicas eran tan graves como decían, qué tal era Machu Picchu, las líneas de Nazca, qué tan bonito es Miraflores y qué restaurantes peruanos recomendábamos en Madrid. En algún momento, Alberto comenzó a indagar sobre la profesión de Dani. Cuando le dijo que trabajaba en un banco, dejaron de mirarnos como bichos raros y nos hicieron un *upgrade* a humanos raros. El hombre mostraba un gran interés por la gente con la que Dani trabajaba, que si tenían contactos en común, que si le podía presentar al director de publicidad, que si se tomaban un café... El tipo no entendía que Dani no conocía a nadie fuera de su equipo. Como gerente de inversiones de renta fija y su personalidad alemana, la socialización siempre era apenas la justa y necesaria.

La conversación fue abruptamente interrumpida por fuertes lamentos. Era Pancho, quien irrumpió en el jardín junto a Concha y otras dos personas que venían desde el interior de la casa. El perro empezó a saltar sobre los invitados, ensuciando sus trajes, metiendo el hocico en los platos e interrumpiendo conversaciones, provocando miradas incómodas entre los presentes. Un chico joven, que entró con él, finalmente lo llamó y lo sostuvo de la correa. Le acariciaba la cabeza para que regresara a un estado de calma. Presumí que era el hijo de Alberto. Me levanté a saludar a Concha y entregarle lo que le había traído, pero Pancho me reconoció y dio varios tirones para soltarse y acercarse a mí. Me saltó encima y botó el ramo de flores, esparciéndolo por el suelo. Lo acaricié hasta que se calmó, y volteé a ver a Concha que me miraba consternada. “¡Feliz día! Te trajimos estos detallitos, pero las flores se han arruinado. Perdón”, expresé. “Ay, no, querida, no era necesario. Muchas gracias. Perdonen la demora, tuve que subir a mi habitación porque me tocaba la medicación”, me respondió aún un poco descajada. “Este es mi marido, Dani”, le presenté. Ella le sonrió con esa expresión de abuela tan condescendiente. Abrió la cajita de regalo que le di y debió haberle gustado porque nos dio un abrazo a Daniel y a mí. “¡Mamá! ¿Sabes dónde trabaja? En el BBVA, la oficina de inversiones”, irrumpió Alberto, sentado desde su mesa. “Ah, dónde trabaja Juan”, nos dijo. Dani no conocía a ningún Juan. Alberto lo volvió a llamar a sentarse a su lado, pues le estaba preguntando consejos de inversiones. Dani tomó un sorbo de su copa y le siguió. Yo tomé otra copa de vino del mozo que pasaba al lado. Concha le dio una mirada a su nieto y le hizo señas para que se llevara al perro. El nieto dio una vuelta y parecía no entender nada. Se acercó nuevamente a su abuela y le preguntó: “Entonces, ¿la paseadora no va a venir? ¿Qué hago con el perro?”.

ORIGAMI OTO-SAN

1ST PRIZE

FACULTY & STAFF

Fabrizia ScapnieIlo [ITA]
Performance Manager / Global
Marketing

Como cada mañana, el señor Yatoichi barría la acera frente al edificio. Con gestos precisos y delicados recogía el polvo del día anterior, mientras al final de la calle el sol mostraba sus primeros rayos y anunciaba un cálido día de primavera.

–Buenos días, señor Yatoichi.

El doctor Pérez se marchaba a misa a la Basílica de la Concepción: eran las ocho menos cuarto. Poco después, desde el portal se oía el chasquido de los tacones de doña Nuria, que cruzaba el atrio de granito con pasos rápidos. Cuando las manecillas del reloj se posaban en las ocho, Yatoichi comenzaba a recoger los cubos de basura. El olor rancio y casi dulzón impregnaba el aire, pero Yatoichi parecía no darse cuenta. Siempre empezaba por el primer piso: el cubo naranja para los residuos orgánicos, el amarillo para el plástico. Los cargaba en el primero de los tres ascensores del edificio. Subía al primer piso, los dejaba en la sala de recogida de residuos y volvía a bajar. Repetía esta secuencia cinco veces cada mañana. Dos cubos por planta, diez cubos en total.

–Hola, Yatoichi.

Javi salió de repente del segundo ascensor cuando el portero estaba cargando las cajas del cuarto piso en el ascensor de al lado. Los dos se miraron a los ojos desde tan cerca que Yatoichi quedó desconcertado y apenas se frenó.

–Hoy no puedo antes de las siete. Tengo al maldito dentista.

Yatoichi asintió, bajando la mirada. La forma de hablar de Javi le divertía, al igual que la marca de almohada que seguía grabada en la sien del joven.

Se conocían desde hacía cuatro años, tres meses y una semana.

Una tarde, Yatoichi estaba sentado en su mesa del vestíbulo del edificio cuando vio al pequeño Javi salir del ascensor. Sus ojos, normalmente de un azul brillante, parecían dos estanques profundos y oscuros. El portero le preguntó si necesitaba algo, pero el niño no contestó. Acercó una de las pesadas sillas de madera y piel que amueblaban el silencioso vestíbulo, y se sentó ante el mostrador. Permanecieron en silencio durante largos minutos. Entonces Javi miró al hombre corpulento, que olía a pan. Le infundía confianza.

–¿Qué estás haciendo?

Yatoichi tenía una hoja de papel amarillo pajizo en las manos. La giraba, la doblaba, la abría, la cerraba, la hacía girar rápidamente entre sus manos. Javi no podía dejar de mirarlo, hipnotizado.

–A ver si adivinas qué es.

Era la frase más larga que le había oído pronunciar hasta ese momento.

–¿Una nave?

Yatoichi permaneció en silencio.

–¡Un molinillo!

No hubo respuesta.

Pasaron diez minutos, y entonces Yatoichi levantó la vista de la figurita de papel y miró a los ojos del niño, que se quedó mudo.

–¡Es un pez! ¡Es un pez! ¡Es un pez! Pero ¿cómo lo has hecho?

Pasaron mil veinticinco tardes, muchas de ellas juntos en aquel mostrador. Javi llenó los silencios de Yatoichi con innumerables preguntas. Yatoichi aliviaba la melancolía del chaval, que vivía con su madre, aquejada de depresión.

–Hoy ha habido reunión de padres y profesores en el colegio –le dijo una tarde, unas semanas antes de Navidad–. Mamá no ha ido porque sabe que me va bien en el colegio –susurró en voz baja.

Durante aquellas tardes, Javi y Yatoichi crearon miles de coloridos personajes: gatos negros, conejitos blancos, mariposas de mil colores, osos marrones y polares, caballitos de mar, jirafas azules, rinocerontes naranjas, lobos aullando a la luna, tiburones de las profundidades, dragones, unicornios y un sinfín de animales más, en parte nacidos de la milenaria sabiduría japonesa, en parte de la imaginación del pequeño.

No siempre estaban solos en sus divagaciones sobre el papel: los nietos del Dr. Pérez se unieron a ellos un par de veces, intrigados por el misterio de la intimidad nacida entre aquellos dos. Pero pronto se cansaron de los largos trámites a seguir y prefirieron volver a jugar a los videojuegos.

Entre pliegue y pliegue, entre figura y figura de aquel zoo construido a cuatro manos, Javi escuchaba algunos detalles del pasado de Yatoichi.

–Eres japonés, ¿verdad? –le preguntó un día.

El portero asintió.

–Entonces, ¿por qué vives en Madrid? –le preguntó.

–Es una larga historia –respondió Yatoichi con los ojos bajos. Javi esperaba que la respuesta terminase ahí.

–Mi mujer bailaba flamenco, era muy buena. Se llamaba Hana –añadió, sin dejar de mover las manos. Estaba haciendo un elefante.

En otra ocasión estaba doblando una tarjeta verde, cuando Javi le preguntó dónde había nacido.

–En Osaka, al sur de Japón. Era una tarde de febrero. Casi nací en el puesto donde mi madre vendía galletas –Javi levantó la mirada, asombrado por aquella inesperada confidencia. Por primera vez le vio sonreír.

–Se llamaba Mei –continuó–. Trabajaba todos los días del año, en verano y en invierno.

–¿Y quién te enseñó a hacer origami?

Yatoichi le miró directamente a los ojos:

–Fue mi abuela Yume. Ella fue quien me crió.

Era una tarde de primavera en Madrid, una de esas tardes de mayo que ya tienen el tórrido color del verano. Javi volvía a casa después de la visita al dentista.

Vio unas luces azules a lo lejos: quizá era una patrulla de policía, o no, era una furgoneta o una autocaravana. ¿Qué hacía una autocaravana en el centro de Madrid? ¿Desde cuándo las autocaravanas tienen sirenas? No era una furgoneta camper. Era una ambulancia. Corrió por instinto, sin saber por qué. Cuando llegó, acababan de atarlo. Habían plegado las patas delanteras de la camilla y lo habían introducido en el intermitente vehículo. No podía verlo. Dio un salto y se metió en la ambulancia, a pesar de los reproches del personal médico. No era de la familia, no se lo permitían. La ambulancia partió bruscamente y no hubo más tiempo para salir, ni para discutir, ni para explicar que aquel portero de aspecto exótico era su mejor amigo. No hubo más tiempo. Su corazón dejó de latir en el semáforo antes de llegar a la rampa de entrada a urgencias.

En la cámara funeraria estaban todos los inquilinos del edificio de la calle Ayala.

Entre ellos había una mujer rubia de rostro pálido que llevaba de la mano a un niño de ojos azules hinchados. Javi se adelantó sosteniendo en sus manos un jarrón de cristal lleno hasta el borde de figuritas de papel de colores claros. Sin decir palabra, lo colocó lentamente y con sumo cuidado entre las coronas de flores.

–Adiós, *Origami Oto-san*. Papá Origami.

Carlos Ernesto Muñoz [ESP]
Business Intelligence Manager /
IT Department

Al nacer, todos los bebés son feos. Sin excepción. Probablemente se debe a que, como especie, salimos del horno a medio hacer. Resulta que una de las pegadas de ser un mamífero tan inteligente es que esa inteligencia precisa tener un cerebro de tamaño considerable, cerebro que junto con el cráneo que lo rodea tiene que poder salir por el canal de parto. Ese canal no es una autopista de diez carriles, es más bien el equivalente a una carretera comarcal entre dos pueblos de la España vaciada. El dilema evolutivo que se presenta al combinar estos dos factores tuvo que ser resuelto de la única forma biológicamente posible: venir a este mundo en un estado de indefensión absoluta, con lo justo para poder llamar la atención de un adulto y ser alimentado hasta que con el paso de los meses y años ese bebé pase de ser prácticamente una lamprea a convertirse en un ser humano funcional.

En el preciso momento del parto un bebé no es únicamente feo, es también un generador de ruido capaz de eclipsar a los reactores del extinto Concorde. No es algo que lleve a sorpresa si analizamos los instantes previos al parto: como bebé, uno se encuentra flotando plácidamente rodeado de líquido a temperatura más que agradable y de buenas a primeras algo te empuja dirige sin remisión a un conducto exiguo por el que tienes que contorsionarte hasta conseguir salir tras minutos de agonía. Tras esa experiencia eres zarandeado en un entorno frío e ignoto hasta que por fin te depositan sobre un lugar cálido que de forma incomprensible te resulta desconocido pero familiar a la vez.

Desde el punto de vista del padre del futuro bebé presenciar un parto tampoco es una experiencia recomendable, salvando las distancias siderales de la agonía que pueden padecer una madre y el bebé, claro. El padre es la persona más prescindible en un paritorio. De hecho, es la única persona prescindible: doctores, enfermeras, el bebé y su madre... todos tienen un rol que cumplir. El padre puede hacer poco más que de mero espectador durante toda esa odisea, y sin una labor perentoria que desempeñar su atención puede dirigirse hacia otros lares, como por ejemplo al monitor fetal donde puede ver cómo la frecuencia cardíaca de su futuro vástago oscila más que un pesquero durante una galerna. Hacer de convidado de piedra en ese contexto de caos controlado donde de las mil cosas a la vez que transcurren no puedes ser partícipe de ninguna da lugar también a que la percepción temporal se altere, y los minutos parezcan horas mientras alternas la mirada entre el monitor fetal y toda la acción que sucede alrededor de la madre. Hasta que al final, aliviado, escuchas un berrido mientras médico y enfermeras relajan su postura.

“Es una niña”.

Y recuerdas volver a respirar.

Esto es, hasta que te falta el aire de nuevo cuando ves a las enfermeras desaparecer con el bebé y al doctor agitado dirigirse hacia ti pronunciando sonidos que supones serán palabras pero que tu cerebro es incapaz de interpretar, has-

ta que por fin puedes captar palabras sueltas como “tragar líquido amniótico” y “pulmón encharcado”. Vaya con la criaturita, acaba de venir a este mundo y lo primero que hace es darle un buen lingotazo al primer líquido que tiene a mano. No tienes suficientes cosas en la cabeza ni preocupaciones, como para tener que pensar si ir tu descendencia va a ser asidua de Alcohólicos Anónimos.

Darse a la botella es un pensamiento que se habrá cruzado por la cabeza de más de un padre en esos primeros momentos, para sobrellevar el tsunami de emociones y el salto a lo desconocido que es la paternidad. Con el paso de las horas descubres que es relativamente habitual que un recién nacido trague líquido amniótico al nacer, aunque sea menos habitual tragar tanto como para que se encharque un pulmón y tengan que ingresar al bebé. Y un par de días después comienzas a vislumbrar lo que será tu futuro de incertidumbre, angustias y preocupaciones cuando te comunican que van a tener que dejar a tu vástago ingresado algunos días más porque durante su convalecencia se contagió de una infección hospitalaria.

“Los bebés vienen sin manual de instrucciones” es la frase que, junto a sus variantes más o menos jocosas, ocupa el primer lugar en consejos proporcionados por amigos, compañeros de trabajo, familiares y cuñados varios. Da igual el contexto, el momento, o el grado de confianza: cualquier persona cercana que ha experimentado la paternidad se siente en la obligación de soltarte esa frase, generalmente acompañada de una ristra de indicaciones y consejos no pedidos, y que en su mayoría se contradicen con las indicaciones y consejos proporcionadas anteriormente por otros conocidos.

Otra de las increíbles revelaciones que tienes en esos primeros días de paternidad es que contar con unas cuerdas vocales capaces de articular sonidos complejos es un hito evolutivo de primer orden. En numerosas ocasiones se hizo patente la importancia de poder comunicarse con palabras y con una lengua común: en la cacofonía que es irse de Erasmus, en vacaciones en cualquier país extranjero, en el chiringuito de Zahara de los Atunes donde hablan su versión de español... pero ninguna es tan obvia como al momento de tener una hija. Cuando miras esa criaturita ciega y endeble que se comunica casi exclusivamente de lloros y gorjeos te sientes indefenso, porque sabes que es ella la que se siente indefensa, quieres ayudar y no sabes cómo. El lenguaje no solo proporciona la posibilidad de comunicarse y entenderse, también es una ventana al interior de la persona con la que hablas. Escuchando con atención matices en el tono, la elección de palabras, los silencios... es posible ir más allá de la literalidad de lo que se dice y poder entenderse a niveles más profundos.

Y ahí te encuentras, escrutando a tu vástago y volviendo a preocuparte al pensar que no vas a poder entender qué necesita. Te vuelven a temblar las piernas, vuelves a sentir esa congoja momentánea, a escuchar esa letanía que repite “no estoy preparado para esto”. Respiras hondo, dejas atrás el momento de indecisión y te aventuras en el terreno desconocido que será tu nuevo día a día.

Con el transcurrir de las semanas te das cuenta de que una vez más no tenías por qué preocuparte tanto. Al principio la comunicación era imposible y cada momento de lloro desencadenaba un zafarrancho de combate para recorrer rápidamente la pirámide de Maslow, de abajo a arriba, buscando la pieza mágica que acallará el llanto. De manera casi automática desarrollas un esquema mental de prioridades, arboles de decisión y algoritmos que agilizan los sucesos imprevistos, a la vez que te especializas en la comunicación bebé-adulto. La imposibilidad de comunicarse con palabras ya no es un estorbo: de la misma forma que aprendiste a leer entre líneas cuando habla un adulto y a prestar atención e interpretar toda su comunicación no verbal, has desarrollado ese talento oculto que tiene cualquier padre para identificar los sutiles matices en

el lloro de un bebé y así dar con la solución al problema al primer intento. O, como mucho, al segundo. A veces, al tercero. Pero bueno: ¡nadie es perfecto! Llevar a tu hija a vacunar y presenciar su sufrimiento ante esa agresión beneficiosa pero inexplicable para ella te remonta a tu propia infancia, y te lleva a divagar tratando de encontrar el primer recuerdo real que tienes de esos años. A medida que tratas de rescatar esos recuerdos retrocediendo en el tiempo notas que estos se hacen más dispersos, las imágenes más borrosas, y terminas dándote por vencido. Rebuscando en tu memoria y remontándote a tu infancia llegas a un punto en el que vislumbras algunos retazos, algunas secuencias de imágenes fraccionadas, como una película almacenada en una cinta VHS defectuosa. Honestamente, no podrías afirmar si son recuerdos originales o si son recuerdos reconstruidos a través de conversaciones con tus padres o basados en consultas al álbum de fotos familiar.

Hay algo que sí tienes claro: ningún recuerdo, original o reconstruido, llega a esos primeros meses de vida. Te preguntas por qué será, si hay alguna razón para que todos los seres humanos hayan olvidado esos primeros meses donde tienen lugar miles de primeras veces, innumerables ocasiones de primeros momentos. Si es un mecanismo de protección para olvidar paulatinamente tantos momentos de angustias, frustraciones, dolores y pesadumbres que ocurren antes de tomar siquiera conciencia del propio yo. Probablemente sea más un problema de espacio en el disco duro: un cerebritito tan pequeño y por desarrollar no tendrá tanto lugar para almacenar recuerdos, y ese lugar será constantemente ocupado por nuevos recuerdos que ostenten una mayor relevancia y prioridad.

Reflexionando sobre las pesadumbres de la criaturita que se ha vuelto el centro de tu existencia, cambias el foco hacia tus propios desvelos. Tantas noches de insomnio, tantas visitas a urgencias casi siempre por nimiedades, tantas nuevas lavadoras por poner, tantos productos que comprar, y desaguisados que solventar... pasan factura. Y te cuestionas cómo es posible que, siendo tan duro, haya familias que se han planteado tener un bebé después del primero. Y luego, otro, ¡y otro! Y piensas en tus padres y en lo complicado que tuvo que ser para ellos hacer lo mismo que estás haciendo tú ahora, pero con muchos menos avances tecnológicos. Y a continuación piensas en tus abuelos y en cómo pudieron criar a tus padres con unos medios mucho más rudimentarios y con la medicina y la cobertura sanitaria a años luz de la actual. Siguiendo el árbol genealógico te remontas a tus bisabuelos y te cuestionas cómo fue posible que tu abuela pudiera salir adelante siendo una más entre nueve hermanos y cómo fue tener que cuidar, proteger y hacer crecer esa familia inmensa durante la Guerra Civil y a través de todas las penurias de la postguerra. No es cierto que cualquier tiempo pasado fuera mejor. Y es al esfuerzo de todas esas generaciones previas a lo que hay que dar las gracias de que no podamos mirar al pasado con añoranza.

Lo que más añoras es un método infalible de crianza, una solución definitiva, una guía certera y precisa. Y a pesar de todos esos gurús de la crianza y sus métodos tu mente vuelve al *complex problem solving*, ese concepto que te viene a la cabeza día sí, día también. Descubriste esa metodología hace algunos meses, leyendo un artículo que mencionaba las diez *soft skills* que el World Economic Forum pensaba que serían más demandadas en 2025. Acunando a una niña de pocos meses a las tantas de la mañana, reflexionas otra vez sobre ese acrónimo, CPS, y la diferencia entre problemas complejos y problemas complicados. ¿Es un bebé asimilable a un problema complejo o a un problema complicado? Sin duda, estás en el caso peor: es un problema complejo.

Un problema complicado es mandar un cohete a la Luna. Es difícil, sin duda. Pero tienes unas leyes constantes y conocidas por las que te puedes regir, una serie de principios que siempre funcionan y, a base de tiempo y esfuerzo, pue-

des dar con la solución, una solución que funcionará siempre en situaciones similares. En cambio con un bebé cada día te depara una situación desconocida, fenómenos de alta variabilidad donde no hay manual que funcione, no hay experto al que llamar que te proporcione esa solución infalible e inequívoca: necesitas ser capaz de desencajarte la mente, utilizar toda la información que posees de manera creativa para poder dar respuesta al problema actual con las herramientas que has adquirido, obviando cualquier conocimiento aprendido si tu instinto te dicta que será contraproducente.

Todas esas horas invertidas en leer, releer y resumir libros y artículos sobre bebés y crianza han tenido una única utilidad: proporcionarte la determinación de mandar todo ese conocimiento acumulado al garete cuando la situación así te lo sugiere. Cada bebé es una personita distinta a cualquier otra personita que haya hollado la faz de la tierra. Todas esas guías que pretenden ser el santogrial de la crianza y contener todas las respuestas definitivas son como aquellos problemas de Física de Secundaria: “Calcule el volumen de una vaca. Comience por asumir que la vaca es una esfera de radio X...”. No hay una persona “tipo”; el comportamiento y la mente de una persona no son vacas esféricas.

Pasillo arriba, pasillo abajo. Pasillo arriba, pasillo abajo. Al final, caerás rendido y dormido tú antes de que lo haga tu niña. Tu problema complejo. Pasas delante de la estantería donde tienes los libros heredados de tu padre de la saga La Fundación, de Isaac Asimov. Una trilogía primero, a la que se sumó con posterioridad otro puñado de libros, que parten de la premisa de que en el futuro desarrollaremos una ciencia llamada psiohistoria. Una nueva ciencia que será capaz de predecir el destino de toda la humanidad. Pocas cosas te parecen más desternillantes ahora que esa premisa, cuando ves que serías incapaz de predecir siquiera cuántas horas o minutos conseguirás que el pequeño humano que tienes entre los brazos pueda dormir del tirón cuando le deposites en su cuna.

De la cuna, al suelo. Nunca pensaste que se pudiese gatear tan rápido. Persigues por toda la casa la visión de un pañal y unas piernecitas, agradeciendo todos esos años de gimnasio que te han ayudado a mantenerte en buena forma física y a evitar unos más que probables dolores en las lumbares. El aumento de la movilidad de un bebé transcurre ante tus ojos casi a cámara rápida: es increíble el poco tiempo que te parece que ha transcurrido desde que no podía casi ni darse la vuelta hasta ahora, y no dudas de que en muy poco tiempo te asombrarás otra vez de lo rápido que ha pasado la niña de arrastrarse gateando a erguirse y comenzar a andar con un bamboleo inseguro pero efectivo.

Lo que te lleva a rondar la casa revisando una vez más que todo lo que se encuentre a una altura inferior a un metro es inaccesible o inocuo. ¿Mueble bar? A un altillo, también por falta de uso reciente. ¿Artículos de limpieza? Bajo llave tras una puerta siempre cerrada. ¿Esquinas puntiagudas? Limadas o con plásticos protectores. ¿Adornos pequeños? En una caja del armario, donde se quedarán hasta que pasen algunos años.

“Si parpadeas, te lo pierdes”, y sonríes mientras piensas en la famosa frase de la Fórmula 1. Efectivamente, aunque el día a día sea una montaña de novedades, un constante aparecer de nuevos e inverosímiles retos, con el transcurso de los días todas esas vivencias se van agrupando y entremezclando unas con otras, y solo la prueba gráfica de vídeos y fotos ayuda a recordar momentos específicos que de otra manera se habrían perdido entre la avalancha de nuevos recuerdos. Recuerdos que también se pierden por el peso de la rutina, palabra imprescindible en esta etapa. Baño, cena, cuento, cuna. Cumpliéndola de forma inexorable se consigue regular la actividad de esa personita capaz de pasar de picos de actividad desbordante a sueño profundo en cuestión de minutos. Y esos es lo que intentas con el último paso de dicha rutina: leer su cuento preferido

para que poco a poco se le vayan cerrando los ojos y termine abandonándose en brazos de Morfeo. Conseguida la hazaña, es el momento de dar el día por terminado, dirigirse a la cama y descansar para así tener fuerzas de afrontar un nuevo día, y nuevos retos. Y con ese pensamiento apagas la luz del dormitorio y te dispones a dormir.

Abres los ojos, desorientado, sin saber muy bien dónde te encuentras. Poco a poco te bajan las pulsaciones, consigues ubicarte y reconocer tu cama de siempre, el tacto de la almohada y la familiar elasticidad del colchón. Noche cerrada. Una noche más que no consigues dormir del tirón, en la que vagas entre el sueño y la realidad, donde ambos se entrecruzan llevándote a ese mundo desconcertante y perturbador de sueños vívidos. Son ya varios meses de dormir sin dormir, de tratar de descansar sin lograrlo. De sentir una losa sobre tu cabeza al pensar en todas las vivencias recientes.

Te incorporas a oscuras y vagas por la habitación con un propósito claro, pero a su vez nebuloso. Miras fijamente por la ventana a los coches transitar por la calle débilmente iluminada, intuyendo sobre esta estampa tu propio reflejo en la ventana como un espíritu o una sombra de lo que eres. Parpadeas, sales de tus ensoñaciones y te diriges lentamente a tu cama para abrir el canapé, y hurgas entre cajas con ropa de fuera de temporada buscando los utensilios que dejaste ahí tras el último arrebato hace algunas semanas. Comienzas a trabajar en silencio, sin hacer ruido, metódicamente, con unos movimientos ya muy entrenados.

Terminas los preparativos algo sudoroso. No tanto por el cansancio, sino por la certeza y la inevitabilidad de lo que se avecina. Esta vez sí, tras varios amagos y arrepentimientos, es la definitiva.

Te dejas caer.

Tus últimas sensaciones son para la soga que se cierra cual boa constrictor, un puño inexorable que se cierra sobre tu cuello privando a tu cerebro del oxígeno necesario para continuar funcionando. Tu última visión es al interior del canapé, donde sigue desde hace meses la cunita desmontada. Desde que poco antes del parto la madre de tu hija diera señales de vida tras días desaparecida para golpearte con aquellas fatídicas palabras: “No eres el padre”. Palabras que le arrebataron a un padre su hija, y a una hija su padre. Palabras que fueron más que palabras cuando la madre desapareció sin dar señales de vida y te embarcaron en una búsqueda casi infructuosa, en una lucha contra el tiempo y el burocrático leviatán judicial en pos de la verdad. Palabras que se demostraron falsas con el tiempo, pero que ya habían cumplido su función: desgarrar cualquier vínculo entre un padre y su hija, privarles a ambos del derecho a tenerse el uno al otro. Palabras que hacen que día sí, día también pienses en todos esos momentos no disfrutados y perdidos para siempre y te engañes manteniendo la ficción de que sí tuvieron lugar. Palabras que convirtieron en pesadilla esa paternidad que esperabas con tanta ilusión.

LA CASA DE LAS CIEN HABITACIONES

3RD PRIZE

FACULTY & STAFF

Victoria Camporro [ESP]
Coordinator / Global Markets

Penny y Jimmy se trasladaron a vivir a la casa que ella había heredado de su abuela en su pueblo natal. Era una casita bonita y coqueta que cumplía con las expectativas del joven matrimonio. Ya sabéis: reformar algo aquí y allá, amueblarlo a su gusto, arreglar el jardín plantando sus flores preferidas y criar un par de hijos. Tres, si las cosas iban bien. Así que lo hicieron todo según el mapa de ruta que habían urdido durante los años de noviazgo y que, por otra parte, se podían haber comprado en cualquier gasolinera de carretera. No llevaba a ningún sitio muy especial.

Los niños crecieron y ellos se quedaron solos en aquella casa. Y entonces algo sucedió. Penny empezó a levantar muros que dividían las habitaciones en dos o incluso las subdividió más veces si eran amplias, como el salón, con la excusa de que necesitaba un lugar para la lectura, una habitación para la plancha, un cuarto de costura o un vestidor nuevo.

La casa empezó a parecer una colmena llena de celdas, cada una consagrada a alguna de las tareas que obsesionaban a Penny.

Cuando ya no pudo sacar más habitáculos porque era físicamente imposible, pidió a Jimmy que le construyera una habitación adosada y luego otra y otra y así fueron desapareciendo el huerto, el jardín la zona de barbacoa y el garaje sucesivamente.

Penny se volvía loca yendo de una habitación a otra intentando pasar un rato en cada una. O limpiándolas todas.

Una mañana, durante el desayuno, Jimmy le dijo que había pasado todo el fin de semana contándolas. Habían alcanzado el centenar y era más que suficiente. No pensaba construir ni un centímetro más.

Entonces Penny se enfadó y, con la excusa, se fue a dormir a la habitación de los invitados que a partir de entonces denominó *el dormitorio*.

Todas las mañanas se proponía empezar a limpiar desde el fondo de la casa para terminar en la entrada, pero nunca lo conseguía. Se iba enredando en cada una de las habitaciones y quedó atrapada en el laberinto sin poder llegar nunca a la puerta principal. Un día, sin ton ni son, dejó sobre la mesa el plato de la comida para su marido y ella se fue a comer a su nueva habitación: *el comedero*. Entonces Jimmy empezó a buscarla como loco por toda la casa.

Hacía tiempo que solo la veía a la hora de comer y esto le pareció el colmo. Pero Penny había taladrado en cada puerta de cada habitación una mirilla que disimulaba tapando con un corcho teñido del color correspondiente a modo de camuflaje. Cuando quería cambiar de estancia, primero miraba por el agujero

rito para ver si su esposo estaba en la habitación contigua y, si la encontraba vacía, abría y cerraba la puerta discretamente para no dar muchas pistas sobre su paradero.

A veces veía a su marido dormitando en un sillón en la salita de la siesta o leyendo en la biblioteca y entonces cambiaba la ruta dando un rodeo hasta su destino. Jimmy nunca sabía dónde estaba su mujer.

Pero un día Penny cometió un error. Creyó la habitación vacía porque había dejado la puerta de un armario abierta, tras la cual se había agazapado Jimmy. El pobre llevaba esperando ahí más de una semana, subsistiendo a base de cacahuetes que le aportaban bastante energía.

Penny al principio no lo vio, pero cuando estaba cruzando la habitación, hacia la mitad más o menos, notó su presencia. Y se giró asustada.

Vio a Jimmy agazapado en un rincón mirándola con los ojos muy abiertos. Hacía ya mucho tiempo que no estaban juntos en la misma habitación y mucho más que no se miraban a los ojos.

El impacto del inesperado encuentro tuvo dimensiones de explosión nuclear. No mediaron palabra. No hicieron gesto alguno. Pero un haz de luz con forma de hongo como el de Hiroshima salió por la chimenea de la casa e implosionó en el espacio sideral. Después de recuperar la vista, tras tremendo fogonazo, Jimmy intentó decir algo, pero se le había olvidado hablar y tampoco tenía nada que decir. Penny le miró unos segundos más sin reconocer ya la casa ni los ojos. Como si le hubiesen borrado la memoria.

Se giró, despacio, sin decir tampoco nada, que era lo que había que decir en ese momento, y consiguió, al fin, atravesar todas las habitaciones sin detenerse en ninguna hasta que llegó a la puerta de entrada a la que llamó puerta de salida y salió. Podía haberse quedado, pero le apetecía tomar el sol.

ENSAYO CORTO

STUDENTS & ALUMNI

1ST LA IMPORTANCIA DE SABER LO QUE ESTÁS VIENDO
Estrella García

2ND GUERRA Y VERDAD
Víctor Carmona

3RD EL MISTERIO DEL VERSO PERDIDO
Antonio Ruiz

FACULTY & STAFF

1ST ESTAR O NO ESTAR
Borja Santos

2ND LAS GALERÍAS CUBIERTAS DE PARÍS COMO TEMPLO
DEL CAPITAL MERCANTIL DETENTE EL SIGLO XIX
Agustina Lezcano

3RD HOMO INVENTOR
Juan Ortín

P. 44

LA IMPORTANCIA DE SABER LO QUE ESTÁS VIENDO

1ST PRIZE

STUDENTS & ALUMNI

Estrella García [ESP]
Bachelor in Design

De Kandinsky a Malevich y cómo el poder reside en la simplicidad

Parte I: Ese cuadro podría haberlo pintado yo

Kandinsky y tantas de sus composiciones, Sonia Delaunay con su obra *Dubonnet*, e incluso los cuadrados blanco y negro de Malevich, son todo obras de arte que hacen que cualquiera que las mire por primera vez tenga el pensamiento innato y atrevido de desafiarlas diciendo: “Ese cuadro podría haberlo pintado yo”. Y así es. De hecho, otras personas podrían haberlo reproducido a la perfección. Podrían haber hecho cada cuadrado con una precisión impecable y haberlo rellenado con un solo color como hizo Malevich, o haber hecho unas líneas arqueadas con un pincel cargado de pintura sobre un lienzo cualquiera como en su momento hizo Delaunay. Hasta tal punto se podrían haber imitado estas obras, que sería incluso difícil diferenciarlas por haberlas reproducido con absoluta exactitud. No obstante, la realidad es que todos estos pensamientos atrevidos, que por un momento dudan que eso hubiera sido posible, en ese instante, no son realmente conscientes de lo que cada una de estas obras encierra en realidad.

Durante muchos años, la complejidad en una obra de arte solía residir en la destreza técnica del artista. Desde su manera de componer figuras y formas utilizando escorzos o perspectivas complejas como la perspectiva múltiple o el manierismo, hasta el uso del color y los juegos de luces y sombras, todos ellos son elementos que elevaban al máximo nivel la riqueza de cualquier cuadro. Sin embargo, esto ha sido algo que, con el tiempo, ha ido abandonándose e incluso ha sido despreciado por figuras como los artistas antes mencionados, convirtiéndose ellos mismos en referentes que han dado paso a una complejidad en la simplicidad que nunca antes se había conocido.

Parte II: La complejidad en la simplicidad

Kandinsky, Delaunay y Malevich, estos artistas que se mencionaban anteriormente, no solo son pintores que se recuerdan por compartir un gran nivel de abstracción en sus obras, sino que además se relacionan por haber estado conectados al desarrollarse en el mismo contexto: las vanguardias rusas. Unos movimientos artísticos, como fueron el Suprematismo o el Constructivismo, que surgieron entre los siglos XIX y XX, y han supuesto un hito en la forma en la que se ve el arte actualmente al romper con las convenciones artísticas previas y provocar una renovación absoluta de la disciplina. Estas vanguardias suelen asociarse con el momento en que

estalló la Revolución rusa y se describen a menudo como simples reflejos de lo que la sociedad experimentaba en ese período. Sin embargo, la importancia de reconocer que todas las obras que definen dicha época surgieron años antes de que estallara la Revolución, es lo que permite afirmar que este periodo fue realmente un cenit de creatividad en todas las disciplinas, y que todos estos artistas fueron los verdaderos revolucionarios antes de la Revolución (Pulido, 2019).

De este modo, cada uno de ellos no solo destacó por haber creado estas obras, sino que sobresalieron por haber encontrado esa complejidad en la sencillez de los aspectos concretos que componen cualquier obra de arte, tales como la forma o el color. Aspectos que harán que todos ellos se unan para crear una abstracción justificada que acabará definiendo el arte para el resto de la historia.

Vasili Kandinsky fue un pintor ruso contemporáneo a estos movimientos que basó su carrera en la simplicidad del color y en cómo, al utilizar solo diferentes tonalidades, el significado que se podía encontrar detrás de cada una de ellas era mucho mayor que el de una obra clásica repleta de multitud de matices reflejados en figuras y paisajes. Cuando Kandinsky estaba pintando *Composición V*, un cuadro lleno de colores y tonalidades, formuló una frase que decía: “Sé qué posibilidades insospechadas esconde el color en sí mismo, una revelación que abrió ante mí las puertas del reino del arte absoluto”. Una tras otra, todas estas palabras corresponden y resumen perfectamente su obra y el pensamiento del artista que acabó marcando toda una época. De este modo planteó una manera de pensar sobre cómo debía ser este nuevo arte moderno basado en lo que el color comunicaba con sus propiedades emocionales. Kandinsky estableció entonces esta teoría hasta tal punto que escribió el libro *Sobre lo espiritual en el arte*, en el que explicaba cómo, al igual que un instrumento como un piano podía transmitir frecuencias vibratorias a través de sus notas, un color podía hacerlo a través de su tonalidad, convirtiendo así sus obras en una experiencia sensorial nunca vista hasta entonces.

El cuadro *Dubonnet* de Sonia Delaunay, otra artista ucraniana de la misma época, es otro claro ejemplo de lo anterior. Al igual que con Kandinsky, la riqueza de la obra se encontraba en los colores, con esta artista concretamente, se descubre en la unión de los mismos con las formas, dándole a estas últimas el protagonismo de la obra. Ver *Dubonnet* es, en gran medida, poder apreciar la dinámica y el movimiento constantes que habitan en la naturaleza únicamente a través del uso de los elementos mencionados. Este cuadro representa a la perfección lo que se denomina la teoría cromática de Chevreul, la cual muestra cómo es posible percibir con la vista matices simultáneos en los colores gracias a las formas que los perfilan y cómo, al encontrarse con el espectador, el lienzo comienza a moverse generando un efecto inmersivo dentro de la obra (Delaunay, 1970).

Como se ha comentado en los párrafos precedentes, tanto Kandinsky como Delaunay siempre personificaron esta modernización de la disciplina en términos de composición. Al mismo tiempo que Kandinsky buscaba variaciones de color que distorsionaran el significado, Delaunay lo hacía variando las formas para encontrar dinamismo en los colores; y aunque adoptaron formas diferentes, en ningún momento abandonaron ese aire renovador. Sin embargo, pese a que estos fueron grandes exponentes de la época, su esplendor se refleja genuinamente en Malevich, pues fue él quien unió tanto las variaciones de formas como las de colores en una expresión mínima, como es un cuadrado de un solo color: el negro. Expuesto en la exposición de pintura futurista *O10* y colocado en la parte superior de la sala, un rincón donde en la época rusa solo se colocaban las pinturas religiosas, *Cuadrado negro* es la obra pintada por Malevich en el que el artista crea un nuevo lenguaje pictórico. Un lenguaje, que al igual que los autores anteriores, a través de la supremacía de las formas y los colores conecta con el espectador. Pero, en este caso, recreando un mundo nuevo al obviar la realidad y la objetividad y, en definitiva, desdeñar el pensamiento racional (Tate, 2014).

Parte III: ¿Por qué este cuadro es así?

Exponer todo este contexto, junto a los autores anteriores y su forma de enfrentarse a la pintura, en la que contenían esta nueva mentalidad de composición, tenía el objetivo de mostrar cómo lo que primaba y les motivaba siempre era el cambio de mentalidad que buscaban en el espectador a través de sus obras. Kandinsky, Delaunay y Malevich perseguían un nuevo arte: el arte puro. Un arte en el que la pintura asumía la autonomía del mensaje eliminando las condiciones figurativas y representativas, al no copiar del natural; las simbólicas, al eliminar el tema y convertirlo en los propios valores plásticos; y las decorativas, al no hacer de la pintura un elemento más, sino convertirla en el centro de todo. Por ello, esto no se queda aquí, sino que representa mucho más, ya que supone ver como cada obra era un reflejo de la realidad que se vivía en aquel momento. Al repensar así el arte, luchando contra lo que ya estaba consolidado y totalmente establecido por los viejos cánones, se apelaba al espectador para que hiciera lo mismo con su vida cotidiana y se replanteara todo lo que estaba viviendo. De este modo, la pintura se convirtió en algo político, ético y estético que, con obras como el *Cuadrado negro*, el primer monocromo de la historia que negaba la representación, anunciaba el fin y el comienzo de un mundo nuevo.

Un mundo nuevo que hoy, por un momento, nos atrevemos a simplificar cuando vemos este tipo de cuadros y enunciamos la misma frase con la que comenzaba este ensayo: “Ese cuadro lo podría haber pintado yo”, eliminando así la importancia y el poder que se esconde detrás de cada una de las obras que podemos apreciar cada día. Y esto es básicamente lo que se ha intentado transmitir al reflexionar a través de los casos contextualizados. El intentar prescindir por completo de este tipo de ideas para que cada vez que nos detengamos a observar una línea, una circunferencia o un punto solitario dibujado en un cuadro, lo que realmente nos venga a la cabeza sea: ¿Por qué este cuadro es así?

Bibliography

- Pulido, N. (2019, February 8). 'El arte que intentó silenciar el comunismo'. ABC. Retrieved March 15, 2023, from https://www.abc.es/cultura/arte/abc-vanguardias-rusas-arte-intento-silenciar-comunismo-201902080213_noticia.html
- Tate. (2014, July 16). 'Five ways to look at Malevich's Black Square'. Tate. Retrieved February 22, 2023, from <https://www.tate.org.uk/art/artists/kazimir-malevich-1561/five-ways-look-malevichs-black-square>
- Museo Nacional Thyssen-Bornemisza. (n.d.). Malevich Kazimir. Retrieved March 15, 2023, from <https://www.museothyssen.org/coleccion/artistas/malevich-kazimir>
- Delaunay, S. (S. S. (1970, January 1). Sonia Delaunay (Sarah Stern) - dubonnet. Inicio. Retrieved March 15, 2023, from <https://www.museoreinasofia.es/coleccion/obra/dubonnet>

GUERRA Y VERDAD

ERVING GOFFMAN, WALTZ, JOUANNAIS Y EL MATERIALISMO

2ND PRIZE

STUDENTS & ALUMNI

Víctor Carmona [ESP]
Bachelor
in International Relations



José Carlos de Borbón, 'Paisaje con ruinas y figuras', tercer cuarto del siglo XVIII. Museo del Prado.

“Haced la guerra como la habéis emprendido: conducid a Zaragoza vuestra hueste levada, ponedle sitio por toda vuestra vida”. — *El Cantar de Roldán*

De un tiempo a esta parte hemos sido testigos, aunque de forma tangencial, de un resurgir de las tensiones bélicas. Con ellas han vuelto con inusitada fuerza las imágenes del horror. Esta violencia recuperada no es antinatural, ni desde luego va contra los vientos de la Historia, una tesis defendida por muchos que no pueden ver en la guerra más que la expresión de una barbarie que le pertenece al pasado. Hay que recordar que John Mearsheimer, en su *The Tragedy of Great Power Politics*, ya advirtió sobre el riesgo de los sistemas multipolares, con distintas potencias regionales enfrentadas por el dominio de una suerte de *lebensraum* y con un poder hegemónico que no ha sabido gestionar su supremacía tras la Guerra Fría. Queda ya fuera de toda duda que la tesis defendida por Fukuyama no es sino papel mojado. También las ideas de tinte xenófobo de Huntington han sido abolidas: son las potencias occidentales las que ahora entran en liza. Diversos factores juegan a favor de esta crisis del concierto surgido tras la caída del muro de Berlín.

Las acciones llevadas a cabo por Rusia desde el 24 de febrero de 2022 en adelante, que se suman ahora a una crisis desbocada en Oriente Medio, son el resultado de un debilitamiento de Washington, pero también de la necesidad ideológica y material de los estados que llevan a cabo sendos esfuerzos bélicos. Con todo, mi tesis es que tanto en Ucrania como en Palestina estamos siendo testigos -tristemente pasivos- de una lógica de dominación que escapa a justificaciones discursivas. Este ensayo breve nació a la luz de un fragmento de *De officiis (De los deberes)* de Cicerón, que en el apartado once de la primera parte trata sobre la cuestión de la guerra justa, largamente debatida por la tradición grecolatina y luego heredada por nosotros vía la patristica, San Agustín y la idea de “guerra santa”, que es un sintagma paradójico y fallido. Leemos:

“En la República debe observarse especialmente el derecho de guerra, pues siendo dos las maneras de pelear, una por la discusión y otra por la fuerza, y siendo aquélla propia del hombre y ésta de las bestias, solamente debe acudir a la última si no es posible servirse de la primera. Y así las guerras deben emprenderse por la sola razón de que, sin afrenta, se viva en paz; pero conseguida la victoria, deberá respetarse a quienes no fueron crueles e inhumanos en la guerra, así como nuestros antepasados admitieron al derecho de ciudadanía a los tusculanos, los ecuos, los volscos, los sabinos y los hérnicos, y en cambio arrasaron hasta sus cimientos Cartago y Numancia. Es lamentable que también arrasaran Corinto; pero creo que algún fin perseguían, especialmente la situación ventajosa del Jugar, a fin de que este mismo no pudiera, algún día, incitar a la guerra”.

Este fragmento me llevó a escribir sobre todo porque es erróneo, o pretendidamente ingenuo, en varios puntos, aunque sea necesario aclarar que el pensa-

2ND

GUERRA Y VERDAD

S&A

miento de Cicerón, lo vemos a medida que avanza el tratado, entra en otras sutilezas, que sin embargo no cambian el contenido general de lo aquí expuesto.

El primer punto fallido es la distinción entre discusión y guerra, pues ambas son formas de dialéctica. La guerra es en realidad la expresión de un desencuentro y su resolución mediante la disputa última. Es bien conocida la anécdota de que Luis XIV hacía grabar, en la base de sus cañones, el lema *Ultima Ratio Regis*, el último argumento de los reyes, y es que en buena medida la guerra funciona como un juicio por combate. Esto lo sabían ya en tiempos de la república romana, pensemos en Catón el Viejo, y también lo sabían los ideólogos totalitarios del siglo XX. El Tercer Reich -y aquí retomamos la noción de *lebensraum*, que ahora ampliaremos- estaba destinado a convertirse «en un imperio de mil años». Los edificios de la Cancillería y todos los planes gestados por Hitler y Speer estaban diseñados para devenir en ruinas bellas, evocadoras, siguiendo unos preceptos estéticos acuñados por el propio Speer y presentados en su obra breve *Die Ruinenwerttheorie*, un ensayo en el que remite a las ideas del Romanticismo alemán sobre las que ya trabajó el arquitecto Gottfried Semper. Semper, además de darle forma a la Dresde del XIX, una ciudad destruida casi por completo en los últimos compases de la Segunda Guerra Mundial, diseñó, para el *landgrave* de Hesse-Kassel, un nuevo castillo, una práctica habitual en la Alemania de la época (pensemos en Luis II de Baviera), en el que el arquitecto pretendía jugar, como Viollet-le-Duc, a una Edad Media revisitada. Estas construcciones románticas, propias de la sensibilidad romántica, no son, ni mucho menos, inocentes, y tienen, como todo monumento, una potente valencia ideológica.

No hay que olvidar en cualquier caso que los fascismos son el producto viciado del nacionalismo decimonónico. Los mismos resortes que llevaron a la Primavera de los Pueblos de 1848, precedida de sonadas independencias, como las de Grecia y Bélgica, trajeron también el auge del totalitarismo, en la misma medida que el liberalismo ilustrado del XVIII tiene como reverso oscuro el sistema colonial del XIX y las ideologías instrumentales del XX y XXI. Ya Marx, en su *El 18 de brumario de Luis Bonaparte*, actualizó a Hegel y, sobre todo, nos mostró la urgencia del líder cuando se dan grandes procesos de cambio. Napoleón III, que se convirtió en presidente de la República en 1848 tras la expulsión del trono de Luis Felipe de Orleans, es (como lo fue antes su tío) el producto pasivo, contingente, de unas aguas que buscan su camino violentamente. Las tensiones de clase del 1848 quedaron liquidadas en Francia con la llegada del Segundo Imperio en 1851. Fue precisamente el Segundo Imperio un periodo personalista y megalómano en la historia de Francia. Bajo Napoleón III, Haussman sublimó el urbanismo ideológico. París es el fruto de una ideología de “saneamiento” y “control”, una estrategia de dominación con un innegable valor estético. Las obras de Speer son terribles precisamente porque no carecen de sentido del gusto, comulguemos o no comulguemos con él.

El Romanticismo alumbró sistemas de pensamiento basados en lo sublimado: la belleza y lo bueno, la expresión sentimental, se convierten así en objetos centrales del pensamiento y permean en todas partes. El discurso nacionalista, por contraposición con el feudal, tiene el atractivo de que promete una sublimación. Es un discurso profundamente retórico. Así, surgen los “destinos manifiestos”, por traer a colación a Theodor Roosevelt, de los distintos Estados: España como madre de salvación, como instrumento de la religión; Francia, en particular bajo Napoleón, como agente de la ilustración y el progreso; EE.UU. como fuerza de expansión de la democracia; Rusia, primero, como último bastión espiritual de Europa y, después, bajo control soviético, como madre de la emancipación de los pueblos, y así en un largo etc. Todas estas doctrinas tuvieron su traducción artística casi nada más ser acuñadas. Me remito a los cuadros de Tiziano, en particular a *La religión socorrida por España y Felipe II ofreciendo al cielo al infante don Fernando*, pero sobre todo a su *Carlos V en la batalla de Mühlberg*. Pensemos también en Jean-Louis David, que fue voz de la Revolución con su Marat y altavoz del ascenso de Napoleón, representado como un César triunfante.

Estética y poder son conjunciones que han ido siempre de la mano. Desde el Coloso de Constantino hasta nuestros días, lo sublime y lo profano han sido un ticket indisoluble. El interés de Hitler por la obra de Speer nace de la natural tendencia de cada régimen a pensar que está llamado a la eternidad, que se reclama en forma de piedra, pero por encima de todo en forma de gesta. El nacionalismo, como ideología, no es más que la expresión de una doctrina a la vez atractiva y alienante. Pensemos, por volver al socorrido ejemplo alemán, en las unificaciones de 1870. Alemania e Italia por aquel entonces eran entidades etéreas, sin unos límites culturales e identitarios claros, y regidos por una macedonia de regímenes, desde la teocracia a la monarquía constitucional, herederos del statu quo previo a las guerras napoleónicas. El gran tema a zanjar tras el Congreso de Viena fue precisamente el de las micronaciones, y hete aquí que el siglo XIX se resume en esa tensión entre los defensores del sistema tradicional, representados por la aristocracia y el clero, y los de un modelo de corte nacional y liberal como los que ya se daban en el Reino Unido y, en menor medida, en Francia. Cada país europeo, independientemente de su relevancia o su historia previa, vivió tensiones de ese tipo: en España, las revoluciones liberales encontraron su máximo exponente en Espoz y Mina y en Riego, que eran un producto paradójico de las doctrinas revolucionarias francesas; en Francia, 1789, 1830, 1848 y la Comuna fueron las cuatro oleadas que acabaron con la institución monárquica y, por tanto, con el discurso estamental; Alemania e Italia, por contra, después de los sucesos de principio de siglo tuvieron que esperar a que se diera un infructuoso 1848. El fracaso generalizado en primera instancia de la Primavera de los Pueblos fue, precisamente, lo que llevó sus doctrinas a un triunfo parcial dos décadas después, como pasó con los epígonos de *Los siete contra Tebas*. Lo sucedido en 1848 fue el fruto de una coincidencia de intereses entre la burguesía y la clase obrera, que estaban naturalmente llamadas a chocar, y por eso se dieron alianzas marcianas como la de Víctor Manuel II de Saboya y Garibaldi e Isabel II y Espartero. El liberalismo, que era la ideología llamada a acabar con toda servidumbre, se contamina así de una parte sustancial del discurso tradicionalista; y el discurso reaccionario, por contra, se convierte a los modos y marco teórico de la contemporaneidad. No en vano, el hecho nacional/étnico se convierte en el eje vector del XIX. Los carlistas hablan así de “Dios, Patria, Rey”, aceptando la idea de ciudadanía y relegando al poder real a un tercer puesto jerárquico, mientras que los liberales entran en connivencia con los poderes tradicionales, traicionando así los fundamentos de la Ilustración y abrazando una praxis lampedusiana: que todo cambie para que todo siga igual. Esta síntesis nos remite a Cicerón, que aboga porque “conseguida la victoria, deberá respetarse a quienes no fueron crueles e inhumanos en la guerra”.

No deja de sorprender, remitiéndonos de nuevo a la historia española, que personajes tan dispares como Jovellanos, Ensenada, Torrijos y Feijoo caigan bajo el mismo paraguas liberal que O'Donnell, Narváez, Sagasta y Cánovas. Pero es innegable que esa corrupción se dio. El triunfo del nacionalismo en el XIX se gestó por la traición de los ideales más profundamente emancipatorios de su doctrina, pero perduraron las formas, la institucionalidad y el discurso. Con todo, una clase, la más numerosa de la sociedad, quedó desenganchada y desatendida, y con la entrada en el siglo XX llegará la exaltación por la vía del hambre. Una vez más vemos que el factor económico, la realidad material de las colectividades, funciona como motor de los acontecimientos.

En el ya canónico *Man, the State, and War*, Kenneth Waltz diferencia tres imágenes a la hora de abordar la cuestión de la guerra: la primera tiene que ver con la naturaleza del hombre, muy en la línea de platónica de la maldad de lo material frente a lo ideal, del pecado original cristiano y la visión negativa del ser humano. Encontramos dos vías en esta visión: de un lado, una positiva y de redención (de nuevo san Agustín), y del otro, una esencialista y pesimista (Hobbes, por poner el ejemplo paradigmático). No es cuestión de detenerse demasiado en esta primera imagen porque son las otras dos las que más nos interesan en esta

ocasiones, pero asumamos, y pido aquí un salto axiomático, que existen *a priori* unas tendencias primarias, llamemoslas pulsiones, que nos arrastran periódicamente al tribalismo y la violencia igual que a la colaboración y los pudores morales. Asumido este principio general, no exento de cierta simplificación, pasemos a la segunda imagen. Waltz engloba aquí la lectura materialista del hecho bélico, en particular las tesis de Engels, que atribuía a las características del sistema burgués la predisposición de los estados a la guerra. Y sin duda encontramos ejemplos que demuestran las verdades de las tesis materialistas. Antes hablábamos de la historia de Francia y del periodo de las unificaciones. Si entendemos la política del estado burgués como la aplicación de la retórica económica a la gestión de la *polis*, pronto comprendemos por qué Napoleón III decidió ir a la oposición frontal con Prusia y por qué Bismarck aceptó el órdago. Francia precisaba un revulsivo que galvanizara de nuevo a las bases populares, como en 1851, cuando el emperador se proclamó casi por aclamación. Del otro lado, Guillermo I, como cabeza visible del proyecto de expansión prusiano veía en la posible victoria una segunda oportunidad, más favorable a las tesis autoritarias que la que se dio en tiempos de su padre, Federico Guillermo IV de Prusia, que renunció a ser emperador constitucional de Alemania cuando el parlamento de Frankfurt se lo ofreció en 1848. La victoria de la coalición liderada por Prusia llevó a la unificación alemana de 1871, que acalló las voces del cuarenta y ocho y dio a luz un estado tradicionalista, militarista y de corte antiliberal, en directa oposición con las tesis defendidas por el primer romanticismo alemán. La derrota de Napoleón III dió al traste con el Segundo Imperio. Aquel fue el fin definitivo de la monarquía en Francia, que se convirtió en un estado de corte burgués, y las tensiones de las clases oprimidas que se pretendían canalizar, en particular el descontento de los obreros urbanos, se canalizaron de forma violenta dos meses después del fin del asedio alemán de París. La Comuna de París, el resultado del desencanto popular producido por la pobreza de las condiciones materiales, se dio precisamente porque no se logró la victoria que hubiera unificado en un discurso transversal a la sociedad francesa. Los regímenes de guerra parten con la ventaja de que en ellos la dialéctica social se anula en favor de la nacional: un discurso de confrontación y odio que homogeneiza lo interior y lo vuelca hacia lo exterior apelando a un apetito en apariencia natural (e inaprensible) hacia la violencia. La pulsión de muerte, esa fuerza homérica, se fundamenta sin duda en ideas estéticas.

La muerte, y en esto retomo a Levi-Strauss, no es antinatural, es anticultural. Este aserto solo es cierto en sociedades democráticas pacíficas. En realidad, la muerte puede y tiende a convertirse, por motivos políticos, económicos y por otros, que a mi parecer escapan a la razón, en un elemento de la cultura. En realidad, es el elemento de la cultura por excelencia. Benjamin escribió: “No hay un solo documento de la cultura que no lo sea también de la barbarie”, y no mentía. Si hay momentos de relativa distensión, nos dicen Waltz y Mearsheimer, no podemos olvidarnos del eterno retorno de la violencia. El odio es pendular. Y cuando vuelve, nos abraza. Y es aquí cuando entra la noción de institución total acuñada por Goffman.

Goffman nos habla de instituciones totales poniendo los ejemplos de las cárceles y los psiquiátricos, analizados por Foucault en *Vigilar y castigar* y *El nacimiento de la clínica*. Son precisamente este tipo de tecnologías de poder las que crean una otredad, la explotan y terminan por dirigir en todos los sentidos la rutina y los deseos de sus internos. En la medida en que el discurso es claro, de una brutal intromisión en la vida, y unitario, la anulación de lo racional llega pronto. Los internos integran la cosmología de la prisión: ven en el exterior una amenaza; los no-internos temen a los enclaustrados, siente repugnancia moral hacia ellos en algunos casos y, por encima de todo, asimilan que existe un otro, y tienen en ellos un *exemplum* en todo el significado de la palabra: un modelo de vida a evitar, un sujeto de desprecio y dominación y una advertencia. Esos son los resortes que han anulado políticamente los movimientos de disidencia cuando llegaba la criminalización. Ahí queda el *Archipiélago Gulag* de Solzhenitsyn, junto con otros tantos

testimonios, como testigo de la deshumanización a la que nos lleva la pedagogía de la ideología pero, fundamentalmente, del terror. El odio es una pose dandi, una declaración de principios que, a nivel individual, nos diferencia, nos define y muestra una cierta inclinación hacia la estética. Odiar al otro es estético por gratuito y artificial. Y sin embargo el odio es también un sentimiento imbricado en lo profundo de nuestras naturalezas. Es su expresión la que nos lleva de nuevo a la *Ruinenwerttheorie*. Los imperios que aspiran a vivir mil años necesitan un discurso. Ese querer perpetuarse nos habla de nuevo de nuestro profundo rechazo a la muerte como elemento antitético de la cultura: “La repugnancia hacia el cadáver –escribe Gunther Anders en *La obsolescencia del odio*– le confirma definitivamente al asesino que tenía razón en odiar al asesinado y, por consiguiente, en asesinarlo. El cadáver hace que todo sea legítimo”.

La guerra es una institución total porque lleva al alineamiento total e irracional de las masas que se movilizan en su maquinaria y se legitima en ese arrebatamiento, otorgando sentido y meta. El Holocausto, la emergencia de los fascismos y las ideología totalitarias solo se explica en esa actitud paradójica que rechaza y a la vez abraza lo irracional de la vida. Las instituciones totales colonizan la mente, nos hacen vivir única y exclusivamente por un fin inasible y trascendente, independientemente de si es sublime o abyecto desde la distancia. Abdicadas la individualidad y la conciencia en favor de la superioridad estética del discurso (la nación, la religión, la ideología), los temores se disipan y las fuerzas de la Historia cogen impulso.

La guerra es un elemento de la cultura. Asociada a la barbarie, es en realidad la expresión más refinada de los muros que tratamos de dibujar entre nosotros y la conciencia de la irracionalidad de la vida. Los estigmas de las ruinas, de las grandes gestas, de las tragedias y de las epopeyas no son sino la sublimación del miedo a descubrir la futilidad de nuestra propia existencia. Levi-Strauss, en un fragmento sobrecogedor de *Tristes trópicos*, resume así la naturaleza de los productos de la cultura tomando por ejemplo la tribu brasileña de los bororo: “Los bororo se han esforzado en vano por desarrollar su sistema en una prosopopeya falaz, no consiguieron desmentir esta realidad mejor que otros: la representación que una sociedad se hace de la relación entre los vivos y los muertos se reduce a un esfuerzo para esconder, embellecer o justificar, en el plano del pensamiento religioso, las relaciones reales que prevalecen entre los vivos”. Debemos entonces hacer el gran gesto de la abdicación, ser héroes de la renuncia por usar la expresión de Enzensberger, y abrazar aquello que pretendimos esconder, vernos con la claridad del mediodía: solo en el recuerdo vivo de nuestra contingencia podremos evitar el delirio de grandeza de las masacres.

EL MISTERIO DEL VERSO PERDIDO

3RD PRIZE

STUDENTS & ALUMNI

Antonio Ruiz [ESP]

Máster en Asesoría Jurídica de Empresas (1979)

Por Ari Stein

Introducción

Hace cuatro años, en el 2020, la Fundación IE me honró con la concesión del Primer Premio en Humanidades, categoría de ensayo corto en español, por *Últimos días azules de Antonio Machado*, un voluntarioso pequeño trabajo de investigación sobre el último verso del poeta:

“Estos días azules y este sol de la infancia”.

Concluía yo aquel ensayo reseñando el presente evocativo de los dos hemistiquios de este verso alejandrino:

“Estos días azules”: cotidianeidad colorida del amor presente por su musa ausente, Guiomar, personificada en la poetisa Pilar de Valderrama, su identidad real.

“Este sol de la infancia”: luminosa remembranza de su niñez en aquel patio limonero de su Sevilla natal.

Me interrogaba yo entonces sobre el paradero desconocido de este verso en su manuscrito original.

Y me planteaba la investigación sobre su localización, cerrando aquel ensayo con un final temporal:

Fin (de momento).

Quedaba pues abierta su reanudación a otra ocasión, en otro momento.

Pues ese momento ya ha llegado...

Continuación: El misterio del verso perdido

Aquí. Estoy en la habitación donde expiró el poeta. En lo que fuera el modesto hotel Bougnol-Quintana. En Collioure, pinturero pueblo pesquero de la Occitania francesa, donde le llevara la senda del exilio, adonde me ha traído el camino de sus últimos pasos en sus últimos días.

Hoy. Es jueves 22 de febrero de 2024, precisamente el 85º aniversario de su fallecimiento aquel miércoles de ceniza de 1939. Esta misma mañana he recorrido el breve trayecto desde su último lecho hasta su sepultura en el cementerio comunal de aquí al lado. Y he depositado un sobre cerrado en el buzón instalado junto a la cabecera de su tumba.

¿Contenido del sobre? Un esquema de este ensayo que ahora escribo. Don Antonio se sorprendería por la cantidad de incidencias y personajes que se entrelazan en la búsqueda de su último verso.

Ahora. Es media tarde luminosa que contrasta con la sombría atmósfera que envolvió esta entonces fúnebre habitación del hotel de Madame Quintana. Hoy reconvertido en *La casa Machado*, emplazamiento turístico que conserva el mobiliario de su breve estancia en un pequeño museo de la planta baja.

Buen lugar, buen momento y buena hora para retomar esta historia machadiana.

Antecedentes

Comienzo este relato con la reproducción literal del casual descubrimiento del papel con su último verso, tal y como lo describiera su hermano José Machado en su libro de memorias *Últimas soledades del poeta Antonio Machado. Recuerdos de su hermano José*.

Así, tras el entierro del poeta:

“Algunos días después encontré en un bolsillo de su gabán, un pequeño y arrugado trozo de papel. En él había escrito tres anotaciones con un lápiz que me pidió días antes de su muerte. La primera reproducía las palabras con las que comienza el famoso monólogo de Hamlet: 'Ser o no ser...'. La segunda tenía un solo renglón. Pero en ese renglón se veían escritas las últimas palabras en verso que escribió el poeta en vida: 'Estos días azules y este sol de la infancia'. Y en la tercera y última anotación reproducía estos versos suyos, ya publicados, en los que introducía una corrección: 'Y te daré mi canción/ Se canta lo que se pierde/ Con un papagayo verde/ Que la diga en tu balcón'. La corrección consistía en decir: 'Y te daré mi canción en vez de: 'Y te enviaré o te mandaré mi canción', como puede verse en las *Obras Completas* tuyas. Bien se ve cómo en los últimos días de su vida seguía la norma de siempre; Pensar, crear y corregir”.

Estas anotaciones textuales fueron redactadas por José Machado al año siguiente, ya en el exilio de Chile. Editadas por sus hijas en una limitada tirada en ciclostil de 1957, no serían publicadas como libro hasta el año 1972. Hasta entonces, nada se sabía sobre aquel alejandrino, hoy convertido en verso de culto entre los cultos machadianos. Verso que todo el mundo conoce, cita y recita. Mas nadie reconoce haber visto jamás en su escrito original. Cuestión esta que despertó mi inicial curiosidad sobre su paradero incierto.

Por cierto, un reconocimiento especial por mi parte: me embarqué en esta aventura investigadora siguiendo como referencia bibliográfica básica la labor del reconocido hispanista Ian Gibson en sus libros *Ligero de equipaje* (2009) y *Los últimos caminos de Antonio Machado* (2019). Fuentes que fueron complementadas con la correspondencia a través de correo electrónico que me crucé con Gibson en plena pandemia, con breves indicaciones sobre cómo encaminar mi búsqueda. Hechos por los cuales le estoy expresamente agradecido, si bien no llegué a conocerle personalmente.

Me preguntaba entonces: ¿qué pasó con aquel último manuscrito de Antonio Machado?

Y me planteaba hasta cuatro hipótesis a investigar:

Primera: se lo quedó su hermano José Machado y se lo llevó consigo al exilio chileno.

Segunda: se lo llevó su hermano Manuel Machado a Madrid y allí desapareció.

Tercera: no existe, nunca existió, es una ficción de la memoria, invención de la imaginación.

Cuarta: existe, tiene que estar en algún lugar aún sin inventariar.

Hoy, como si de una trama detectivesca se tratara, indagamos entre los principales actores de esta historia en busca de la resolución del misterio machadiano. En busca del verso perdido.

Los protagonistas

José Machado, el hermano compañero de exilio. Convivió con él en aquellos últimos días de Collioure. Y allí le enterró. Y a la madre, la pobre doña Ana Ruiz, con la que el poeta compartió agonía y habitación. La que dijera tiempo atrás: “Estoy dispuesta a vivir tanto como mi hijo Antonio”. Y a fe que la buena mujer cumplió su palabra. A los tres días, tras él se fue al más allá. Y hoy, allí, en el cementerio comunal de Collioure, comparte sepultura con su hijo. ¿Pero qué hizo José tras la muerte del poeta?

En mi anterior ensayo, especulaba con esta posibilidad narrativa de los hechos:

“José Machado, tras enterrar a su hermano Antonio, recoge sus escasos efectos personales y, entre ellos, encuentra en un bolsillo del abrigo un papel arrugado donde lee lo que supone es su último verso. Y se lo guarda como un recuerdo sentimental. Al fin y al cabo, él compartió sus últimos días. Él le facilitó el lápiz con el que fuera escrito. Él lo encontró. Es humano que decida quedárselo para él. Y comprensible que no lo comparta con su hermano Manuel, en medio de la tensión existente entre ambos, cuando este acude a Collioure para traerse a España las pertenencias de Antonio Machado”.

José, tras terminar la guerra, partió al exilio junto con Joaquín, otro hermano Machado, y sus familias. Al año siguiente, 1940, ya en Chile, escribió sus memorias. Sin mención alguna al encuentro que, al parecer, mantuvo con su hermano Manuel en Collioure. Y, por tanto, sin constancia de que le confiara el papel hallado.

José Machado fallecería en 1958 sin haber regresado nunca a España. En 2005, el Centro Cultural de España en Santiago de Chile organizó una exposición bajo el título *José y Joaquín, los otros Machado*, una colección de objetos personales y documentos aportados por sus hijas. Entre ellos, se exponía el escrito a mano sobre los días en Collioure con su hermano Antonio, con la cita textual sobre el casual encuentro del verso. Esta referencia manuscrita de José es la fuente que da constancia del papel. Con precisa descripción de su contenido. Con tal precisión que me planteo una suposición: ¿es posible que en el momento de escribir esos recuerdos, José tuviera ante sí el papel de Antonio, o sea, que se lo hubiera llevado consigo al exilio chileno? No es imposible pensar que así sucediera, pienso. Podría abrir una incitante línea de investigación: la trama chilena. Pero dejémosla de momento y centrémonos en la línea hispana, explorando la cronología de los hechos acaecidos y la supuesta trazabilidad del verso.

Y continuemos, indagando en el personaje más relevante de esta historia.

Manuel Machado, el hermano mayor. También notable escritor y poeta. Y coautor teatral firmando ambos como Los hermanos Machado. Manuel, enterándose en Burgos del fallecimiento de su hermano en Francia, partió raudo hacia allí. Y ya en Collioure se encontró con la devastadora coincidencia del también fallecimiento de su madre. Doble desgracia familiar.

Según se cuenta, Manuel recogió los efectos personales de fallecido Antonio, ligero de equipaje, que José le entregaría para su retorno a la patria, el pasa-

porte, el bastón y poco más. Manuel y José nunca más se volverían a ver. Nada se sabe de lo que trataron en aquel fraternal encuentro, que Gibson supone tenso. Manuel no lo contó nunca ni José lo mencionó siquiera en sus recuerdos sobre la muerte del hermano Antonio.

¿Entregó entonces José a Manuel el papel aquel junto con las demás pertenencias de Antonio? Esa es la creencia generalizada pero no documentada. O más bien... ¿se lo quedó José, como un recuerdo sentimental del hermano fallecido? como apunto yo sin más fundamento que una mera hipótesis desiderativa.

Manuel Machado, acabada la guerra y ya en la casa familiar de Madrid, se ocupó con premura y diligencia en ordenar libros, obras, documentos, escritos y papeles. Suyos y de su hermano Antonio. ¿Es posible que en un proceso de revisionismo, apremiado por la represión de la postguerra, Manuel realizara una purga de los documentos de su hermano Antonio? “Es posible”, afirma Gibson. Y ¿es posible que entre esos documentos estuviere el preciado papel, depurado más o menos inconscientemente? No es imposible, afirmo yo. O sea, que sí es posible. ¿Depurado? Sí, eliminado. No olvidemos que el alzamiento militar sorprendió a Manuel Machado en Burgos, en zona nacional. Allí, considerado al principio como frentepopulista, fue detenido y conducido a la cárcel, si bien —instinto de supervivencia, dicen— acabaría convertido en poeta oficial del nuevo régimen.

Como consecuencia de esta conversión, Manuel eliminaría, pues, pruebas y documentos comprometedores de la militancia republicana de su hermano Antonio, que fue desacreditado y depurado en expediente del Ministerio de Educación de 5 de mayo de 1941, decretándose, ya fallecido, “su separación definitiva del servicio con la pérdida de todos sus derechos pasivos”.

(Por cierto, Pilar de Valderrama, su platónica Guiomar, también depuró parte de su correspondencia con el poeta. En su caso, no por motivos políticos, sino más bien pudorosos).

Conclusión: según esta segunda suposición, el último verso desapareció.

Quiero pensar que no fue así, pues esta historia se acabaría aquí.

Eulalia Cáceres, la viuda del hermano mayor. Tras el entierro de su marido y antes de recluirse en un convento (“acaso su vocación verdadera”, insinúa con malicia Gibson), la viuda donó la biblioteca y archivos personales de Manuel Machado a la Institución Fernán González y a la Diputación Provincial de Burgos.

En dicha donación incluyó también el legado de varios manuscritos de su cuñado Antonio. Allí siguen y, según testimonia Gibson, “han sido de difícil acceso a lo largo de los años”. Y para así comprobarlo, a Burgos me fui hace un par de años, un día que allí no hacía frío.

Antes de partir, me contaron la curiosa historia de Bonifacio Zamora, sacerdote que —según un confidente del entorno de la familia Machado— se aprovechó de su ascendencia espiritual sobre la viuda y “se quedó para él, a título personal” parte del legado, los más tarde llamados Papeles de Antonio Machado. Entre ellos, el confidente decía haber oído —pero no visto— que se podría encontrar el anhelado papel. El cura, consciente del valor que tenían esos documentos, los escondió bajo llave en un antiguo hospital. Si bien, según fuentes oficiales de la Institución Fernán González, el citado sacerdote había recibido dichos papeles por expresa indicación testamentaria (sic) del difunto Manuel Machado “para su personal custodia, y así garantizar su pervivencia, pues las circunstancias de muy distinto signo que formaban parte de la vida burgalesa de 1948 no eran ya favorables, ni siquiera ofrecían la suficiente capacidad como para garantizar la conservación de los papeles autógrafos de un autor

que se había distinguido por su ideología y trabajo en el lado contrario al que presidía la vida burgalesa y había muerto en el exilio”.

Por ello, permanecieron ocultos desde 1948 hasta 1976, año en el que Bonifacio Zamora entendió había llegado el momento adecuado para que los papeles de Antonio Machado vieran la luz. Y como “leal fideicomisario” los cedió, “sin pedir ni exigir nada a cambio”, a la Institución Fernán González de Burgos, cuya sede visité en el Edificio del Consulado, en el céntrico Paseo del Espolón burgalés. El funcionario que me atendió no me contó nada sobre el cura aquel. Y sobre el papel del verso manifestó, para mi sorpresa, no saber nada de esta historia. ¿Mala memoria? Tampoco me facilitó acceso al llamado Fondo Machadiano de Burgos. Pero sí me vendió dos volúmenes de 527 y 669 páginas en facsímiles de los referidos Papeles de Antonio Machado, seis cuadernos y hojas sueltas con manuscritos, apuntes, notas y borradores. Muchos semiarrancados, con borrones, tachaduras y supresiones. Como precarios bocetos de dibujos caligráficos, entre los cuales, al ser reproducciones facsimilares inventariadas, pensé sería difícil estuviere el verso perdido sin que su hallazgo no hubiera sido públicamente constatado.

El funcionario aquel, para quitarme de en medio, me sugirió que fuera al Monasterio de San Agustín, también burgalés, “a ver si allí encontraba alguna pista”. Y para allí me fui. Y allí solo vi, semiescondida, la Biblioteca Personal de Manuel Machado. Interesante, pero nada que ver con lo buscado. Y regresé a Madrid con los dos volúmenes de papeles de Antonio Machado bajo el brazo. En su engorrosa revisión constaté el sumo celo, casi *diogénico*, por la conservación de todo tipo de escrito por nimio que fuere. Pero del papelito buscado, nada.

Así que retomé la indagación en pos de la herencia. Ya que ni Manuel ni Antonio tuvieron descendencia (que se sepa), Eulalia entregó el resto del legado al único de sus tres cuñados entonces residente en España: Francisco Machado.

Francisco Machado, el hermano menor. Funcionario de prisiones con ciertas veleidades literarias menores. Recibió de Eulalia el patrimonio documental de los Machado no legado en Burgos. Tras su fallecimiento en 1950, estos documentos pasarían a sus herederos y de estos a sus sucesores, con una serie de incidencias y peripecias que aquí no cuento, pues no cuento con el suficiente espacio en este breve ensayo. Hagamos, entonces, una sucinta cronología de los hitos más relevantes: en 2003 los herederos venden en pública subasta un lote de 770 manuscritos por 625.000 euros a un misterioso desconocido que al poco se identificaría como Braulio Medel, entonces polémico presidente de la Fundación Unicaja. Entre 2006 y 2009 son editados en diez volúmenes de facsímiles comentados. En 2018, Unicaja se hace con el resto de los documentos machadianos que aún conservaba la familia, un conjunto de 4.560 páginas más fotos y documentos civiles, que constituyen la denominada Colección Unicaja Manuscritos de los Hermanos Machado, exhibida públicamente en diferentes exposiciones de Sevilla, Madrid, Málaga, Cádiz... Entonces me dirigí por escrito a la Fundación Unicaja y pregunté por el verso. Recibí un adverso y escueto correo de contestación:

“El papel al que hace referencia como último verso de Antonio Machado, y que José Machado entregó a Manuel Machado en Collioure, no se sabe dónde está”.

No-se-sabía-dónde-estaba. ¡Vaya! Hoy en día, la *Colección Unicaja* tiene debidamente archivadas y digitalizadas más de 5.000 páginas de manuscritos, fotos y documentos civiles de los dos hermanos. Entre ellos, el primer escrito conocido de Antonio Machado, una carta remitida a su padre con apenas diecisiete años. Así mismo, en su página web dicen tener “el que es posiblemente su último texto escrito y conservado”... ¿Se referirán al manuscrito de mi búsqueda? Se lo pregunté a la Fundación Unicaja en un correo remitido el 3 de febrero de 2024:

“Buenas tardes: Tengo entendido que entre sus 'Manuscritos de los Hermanos Machado' tienen ustedes el que dicen en su web 'es posiblemente el último texto escrito y conservado' de Antonio Machado. ¿Se trata por ventura del último verso, 'Estos días azules y este sol de la infancia'? Ándolo buscando hace tiempo y sería un gran hallazgo saber que está en su poder. De ser así, ¿Estaría este manuscrito accesible en Internet? ¿Me podrían dar indicaciones al respecto? Quedo ansioso a la espera de sus noticias. Con mi agradecimiento anticipado, reciban un cordial saludo”.

A fecha de hoy, a pesar de mi anticipado agradecimiento, aún no me han agradecido con una contestación.

No se sabe. No se contesta. Nadie sabe nada. Eso sí, me enteré por la prensa que se está preparando para octubre de este año 2024, una gran exposición en Sevilla con la presentación conjunta de los Fondos de la Fundación Unicaja de Sevilla más los Fondos de la Institución Fernán González de Burgos. Entidades que aúnan la práctica totalidad de los documentos machadianos. Buena oportunidad para seguir indagando, si las instancias oficiales lo permiten.

Aunque la familia Machado ya no posee, teóricamente, ningún documento de sus antecesores, me propongo contactar directamente con alguno de los herejeros vivos. A ver qué cuenta.

Manuel Álvarez Machado, el sobrino-nieto. Abogado madrileño. Autor del libro *Antonio Machado camino del exilio*. Le localicé por indicación de Ian Gibson. “Hable con él. Él sí que sabe. Y dígame que va de mi parte”. Y así fue. Don Manuel Álvarez Machado, nieto de Francisco e hijo de Leonor Machado, lleva más de veinte años dedicado a la investigación sobre todo lo relacionado con la Saga de los Machado, aplicado con minuciosa laboriosidad en el estudio, ordenación y clasificación de los documentos y manuscritos que la familia conservaba de sus ilustres antecesores. Mi primer contacto con él fue durante aquel tremebundo tiempo pandémico de marzo del 2020. “Tiempo atroz”, me lo definiría Gibson. Tiempo de reclusión, pero de libre disposición para cruzarme correos con aquel descendiente de los Machado que me dispensó un excelente trato e ingente información. Circunstancialmente, ambos habíamos estudiado en el Liceo Italiano de Madrid en los años sesenta. Si bien él, cuatro cursos por delante, fue un buen nexo común de vivencias estudiantiles de antes.

En un correo electrónico de 20 de marzo de 2020, don Manuel me sorprendía transmitiéndome sus dudas sobre la existencia real del papel en cuestión y me manifestaba su “propensión” a pensar que este verso fuera simplemente una “transmisión oral” de Antonio Machado en una mera conversación con su hermano José.

La realidad es que, quitando a José Machado, que así lo dejó por escrito en su libro, nadie, que se sepa y lo acredite, ha visto ese “supuesto documento”.

En una posterior misiva de 5 mayo de 2020, apostillaba:

“En cualquier caso, si este 'papel' no hubiera existido, habría que hablar de la mucha imaginación que hay en algunos estudiosos. (No olvidemos que muchos biógrafos, de Machado y de otros ilustres personajes, copian más o menos literalmente de algún libro escrito anteriormente cuyo autor lo hizo de otro anterior que localizó)”.

¡Toma zasca! Observación a la que yo, poseído por el llamado síndrome del impostor, no pude sentirme ajeno. No obstante, para sustentar esta hipótesis de la no existencia del manuscrito, cuenta con unos hechos ciertos que añaden más misterio a la historia:

Primero: como ya hemos tratado, José Machado, en sus memorias sobre aquellos días en Collioure, no menciona para nada el supuesto encuentro con su hermano Manuel, ni la no menos supuesta entrega del manuscrito aquel.

Como si no hubiera existido. Raro...

Segundo: tampoco consta en el libro registro del hotel Bougnol-Quintana de Collioure que Manuel Machado hubiera estado allí alojado (al menos eso afirma Gibson). Raro, raro...

Tercero: tampoco figura el verso en ninguna referencia inventariada de los Machado. Y eso que la documentación machadiana está rigurosamente estudiada, clasificada y conservada. Raro, raro, raro...

Y cuarto, ojo al dato, no olvidemos que, salvo José Machado, nadie ha visto físicamente ese manuscrito. O, al menos, nadie ha manifestado haberlo visto. Raro, raro, raro... más que raro.

¿No existió pues? ¿Fue una simple transmisión oral, como insinúa su sobrino-nieto o una invención, un recurso literario, que José incorporó a sus memorias escritas un año después de aquellos hechos?

Intrigante suposición que contraste con el que, para mí, es el mayor erudito de la obra de Antonio Machado: Jacques Issorel.

Jacques Issorel, el eminente académico. Profesor emérito de Lengua Española en la Universidad de Perpignan (Francia). Autor del libro *Últimos días en Collioure, 1939 y otros estudios breves sobre Antonio Machado*. En su capítulo *El último verso* hallé en su día la mejor explicación, docta y brillante, sobre el significado del verso, que ya expuse en mi anterior ensayo. El profesor Issorel es contrario a la teoría de la simple transmisión oral del verso y así, en uno de sus primeros correos, me proporcionó su parecer:

“No pienso que José Machado, que sentía una admiración ilimitada y una inmensa veneración por su hermano poeta, se hubiera permitido inventar la anécdota del papel descubierto en el bolsillo del gabán, y, sobre todo...no hubiera escrito el verso y demás versos que había en el mismo papel (variantes de un poema a Guiomar)”.

Un personaje admirable este Jacques Issorel. Le conocí personalmente –casualmente– en la primavera de 2021 en Madrid, tras una representación en el Centro Cultural de la Villa de la obra *Los hermanos Machado*, del Teatro del Temple. Al salir de la función creí reconocerle entre la multitud a pesar de la mascarilla pandémica, que medio cubría su rostro (que solo conocía por una foto en la solapa de su libro). “¿Es usted el profesor Issorel?”, le pregunté con curiosidad. “Sí, yo soy. ¿Por qué?”, me respondió con sorpresa.

Y sin sorpresa, preavisado, volví a encontrarme con él el año pasado en Collioure. Lo que sí le sorprendió es que siga con esta investigación, siendo yo simplemente un intruso reverente. Pues no soy filólogo, ni hispanista, ni historiador, ni nada, ni nadie al uso. No más que un curioso respetuoso.

Tras Issorel me dirigí a una experta machadiana con especial saber sobre el tema.

Monique Alonso, la rigurosa investigadora. Doctora en Filología Hispánica. Autora del libro *Antonio Machado, el largo peregrinar hacia el mar*. En su prólogo, Alfonso Guerra señaló las muchas rectificaciones que Monique hace a “naderías” escritas por otros. Puntillosa y pertinaz al extremo, está convencida de la existencia del papel. Así escribió que, tras la muerte del poeta, al llegar su hermano Manuel a Collioure:

“José le entregó aquel papelito tan entrañable con los últimos escritos del poeta, así como el pasaporte que le libró de los campos de concentración y el famoso bastón. De momento no se sabe dónde paran el pasaporte ni ese papelito con los últimos versos, pero sí está localizado el bastón”.

Esa no localización “de momento” del tan entrañable papelito se remonta al 2013.

Siete años después, en un correo electrónico fechado el 4 de marzo de 2020, Monique me escribía:

“Es sorprendente que no haya aparecido el papelito siendo que Manuel era una persona muy meticulosa. Pero ¿quién sabe? De la misma forma que han aparecido documentos guardados por la familia ochenta años después, ¡a lo mejor dentro de un tiempo aparecen más!”.

Un tiempo después, no más de un año, coincidí con ella, aquí en Collioure. “El manuscrito aparecerá”, me aseguró. “Pronto habrá noticias que no puedo develar ahora por un compromiso de confidencialidad”, me dijo entonces en tono enigmático durante un breve encuentro.

Un mes después, en marzo del año pasado, apareció en la prensa el acaecimiento de la aparición de un nuevo manuscrito de Antonio Machado (*El País*, 19/3/2023). Se lo hice saber a Monique. Y me lo agradeció, decidida a investigarlo. Pero nada que ver con el perseguido verso perdido. No sé. La percibí esquiva sobre el tema. Sentí que sabía algo que no me quería contar. Pensé que ella pensaba que yo pensaba lucrarme con el hallazgo del manuscrito. Lo cual no era, ni es, cierto.

Por cierto –según contó el confidente de la familia Machado– hace tiempo apareció un misterioso individuo que intentó vender el, según él, papel original. Al parecer, una cuartilla cuadrículada con el famoso verso escrito a lápiz en supuesta caligrafía machadiana. Buena imitación, pero burda falsificación del manuscrito. El tipo aquel pasó por alto que, además del verso, en el original estaba también escrito “Ser o no ser” y los versos del poema ese del papagayo verde, a tenor de lo relatado por José Machado. Además, para darle más autenticidad al papel, este se cerraba con una supuesta firma de Antonio Machado. Con nombre, apellido y rúbrica. Aunque muy bien lograda, la firme signatura resultaba difícil de creer como original del autor, en aquel entonces envejecido y con su salud muy debilitada. Es especialmente dudosa si se compara con la firma vacilante, resbalando la pluma sobre el papel, de su última carta dirigida a su amigo Luis Álvarez Santullano, dos días antes de fallecer. Aquel enigmático falsificador y su falso manuscrito desaparecieron con el mismo misterio con el que aparecieron.

Ya anocheando, escribiendo el borrador de este escrito, me acuerdo de mi Chaty. Así es como llamo coloquialmente a mi ChatGPT, Asistente de Inteligencia Artificial, que me ayuda en mis tareas profesionales. Le pregunto:

“¿Chaty: Qué sabes sobre el paradero del verso de Antonio Machado 'Estos días azules y este sol de la infancia?'”.

Y me contesta de inmediato:

“Estos días azules y este sol de la infancia' es una conocida línea del poeta español Antonio Machado. Se encuentra en su poema 'Nuestras vidas son los ríos', que es parte de su obra más famosa, *Campos de Castilla*, publicada en 1912”.

Le repliqué sorprendido que eso no es cierto, que *Nuestras vidas son los ríos* no es de Antonio Machado. Es de un poema de Jorge Manrique. Y que el verso hoy

buscado fue escrito en 1939. No puede formar parte de *Campos de Castilla*, poemario publicado en 1912.

Y Chaty me responde, textualmente:

“Mis disculpas por la confusión en la respuesta anterior. Cometí un error. El verso 'Estos días azules y este sol de la infancia' no pertenece a Antonio Machado, sino a otro poeta español, Gustavo Adolfo Bécquer. Esta línea es parte de su poema 'Rima LIII' que es más conocida como 'Volverán las oscuras golondrinas'. Lamento la confusión”.

Muy lamentable su confusión, sí. Y más aún mi desconcierto. Chaty debe sufrir alucinaciones –como dicen los *frikis* de la IA– con los algoritmos cruzados. Confundir a Antonio Machado con Manrique y Bécquer es inexplicable. Bueno... nadie es perfecto. Ni siquiera la IA. Pensamiento este que me congracia con la imperfección de la condición humana. Dejémoslo estar por hoy...

Este domingo 25 de febrero se celebra la Journée de Commemoration Antonio Machado en el Centre Culturel Collioure. Y allí acudo. Marie Thérèse Flagel, secretaria de la Fondation Antonio Machado a Collioure (FAM), me convoca un año más al ya tradicional evento en memoria del poeta. Y esta vez me invita a ser asociado. Encantado. La FAM de Collioure, entre sus diversas tareas, se ocupa de recoger las variopintas ofrendas, como exvotos laicos que se depositan sobre la tumba del poeta, así como las cartas que se introducen en el buzón junto a la cabecera. Posteriormente, los clasifican y ordenan en la municipal Mediateque Antonio Machado, constituyendo, entre otras aportaciones, el llamado Fondo Documental Palabras en el tiempo.

Por cierto, allí se encuentra incorporado mi anterior ensayo, incluido en el libro *Prizes in the Humanities 2020*, editado por la Fundación IE University.

Y allí me comprometo conmigo mismo a que, si este año vuelvo a ganar el primer premio en Humanidades con esta segunda parte del ensayo, se lo remitiré a la FAM de Collioure como nuevo aporte documental a su Fondo Palabras en el tiempo.

Entusiasmado con la idea, me vengo arriba. Al punto que ya me planteo escribir una tercera parte de este trabajo machadiano, con el título definitivo: *El hallazgo del verso perdido*. ¡Ojalá!

Conclusión: Continuará.

Bibliography

Es numerosa la bibliografía machadiana disponible: excelente, buena, regular, mala, y peor, y muy variadas las otras fuentes consultadas (instituciones, personas, lugares...). Para no discriminar ninguna (ni robar más espacio a los límites impuestos a este trabajo) me voy a ceñir a señalar las, para mí, cinco obras más relevantes y revelantes sobre el tema. Mi top cinco:

Gibson, Ian. 'Los últimos caminos de Antonio Machado'. Espasa. Editorial Planeta. Barcelona, 2019.

Issorel, Jacques. 'Últimos días en Collioure, 1939 y otros estudios breves sobre Antonio Machado'. Renacimiento. Sevilla, 2016.

Machado Ruiz, José. 'Últimas soledades del poeta Antonio Machado (recuerdos de su hermano José)'. Forma Ediciones. Madrid, 1977.

Alonso, Monique. 'Antonio Machado, el largo peregrinar hacia la mar'. Con la colaboración de Antonio Tello. Octaedro. Barcelona, 2013.

Álvarez Machado, Manuel. 'Antonio Machado camino del exilio'. Ediciones Rilke. Madrid, 2020.

Vas a mirar algo en el móvil y pasan veinte minutos viendo cosas triviales. Tienes una inquietud interior que hace casi imposible que pase una hora sin revisar el WhatsApp o ver si te ha llegado un email. Conversas menos en la mesa con tus amigos o tu familia porque la mayoría están mirando su móvil cada poco tiempo. Te despiertas cansado y te das cuenta de que dormiste menos porque te pasaste de capítulos en la plataforma de turno o porque te entretuviste viendo tonterías en el móvil. Te cuesta concentrarte en una tarea en el trabajo sin distraerte. Te conectas a menudo a Twitter, LinkedIn o a un periódico digital para leer noticias, pero te das cuenta de que no profundizas en ningún tema e incluso estás aún más frustrado e indignado. Hace tiempo que te cuesta pasar del primero o segundo capítulo de cada libro que quieres leer y aún recuerdas que un día eras capaz de devorar un libro de Shakespeare en un par de noches.

No estás solo. En la era de la información y la constante estimulación digital, la falta de atención se ha convertido en una preocupación creciente que va más allá de una cuestión individual.

Yo también comencé a preocuparme por este problema hace siete años. sufría por ello. Tenía distracciones permanentes que no me permitían concentrarme y estaba atrapado en un ciclo de hiperconexión digital. Esa continua atención parcial no me permitía ser productivo. De alguna manera, me culpaba a mí mismo por ello y probaba trucos, aplicaciones o consejos, pero siempre volvía a caer en lo mismo. Con el tiempo, me di cuenta de que la responsabilidad iba mucho más allá de mí. Es una batalla constante contra una fuerza superior a nosotros. Nos encontramos saltando de una idea a otra, incapaces de mantenernos enfocados en una sola tarea durante periodos prolongados.

Pensaba que este problema tenía un efecto en mi productividad, que la atención y la concentración eran el super poder del siglo XXI,¹ más importante incluso que el talento o el coeficiente intelectual, por su impacto en mi eficiencia y efectividad. Pero con el tiempo me di cuenta de que la falta de atención también afectaba a muchos otros aspectos, como la salud mental, las relaciones familiares y personales, y el propio funcionamiento de nuestra democracia. Nos enfrentamos a grandes problemas en nuestras sociedades que requieren atención sostenida. Detenernos en profundidad es fundamental para abordar estas cuestiones complejas y poder preservar cuando no salvar nuestras democracias.

El teléfono y otras aplicaciones digitales son nuestro caballo de Troya, traen en su interior una carga de potentes distracciones que se infiltran en todos los aspectos nuestra vida diaria. Este problema no es únicamente resultado de un fracaso personal, es un problema sistémico y urgente que debemos comprender y abordar.

01. Newport, C. (2016). 'Deep Work: Rules for Focused Success in a Distracted World'. New York, NY: Grand Central Publishing.

¿De qué trata la atención?

La atención, según William James (1890), es “el proceso por el cual la mente toma posesión, de forma vívida y clara, de uno de los diversos objetos o trenes de pensamiento que aparecen simultáneamente. Focalización y concentración de la conciencia son su esencia. Implica la retirada del pensamiento de varias cosas para tratar efectivamente otras”. La atención incluye mantener la vigilancia durante una tarea, priorizar los estímulos, y manejar las interferencias externas, manteniendo nuestro foco.

En mi caso, me gusta también asociar la atención con el concepto de *Eudaimonia*,² que proviene del griego y etimológicamente se compone de las palabras *eu* (bueno) y *daimōn* (espíritu). Es un estado en el que alcanzas tu pleno potencial humano, asociado con la felicidad. Se trata de algo parecido a la satisfacción que sentimos cuando entramos en un “estado de flujo”,³ realizando una actividad completamente inmersos y disfrutando del proceso llegando a ser nuestro mejor Yo. La virtud de la atención es fundamental; sin ella, somos incapaces de alcanzar esa felicidad.

La doctora Gloria Mark,⁴ profesora en la Universidad de California y autora del libro *Attention Span*, explica que la atención promedio en una pantalla era, en 2004, de dos minutos y medio. Pocos años más tarde, bajaba a 75 segundos. Actualmente apenas llega a 47 segundos. Esto puede observarse en distintos ámbitos. Por ejemplo, en el sector del entretenimiento la duración de las tomas de cine y televisión ha disminuido a unos cuatro segundos por toma. En otra investigación de la doctora Mark,⁵ encontraron que las personas revisan el correo electrónico una media de 77 veces al día, lo cual fragmenta su atención. También es alarmante el tiempo que pasamos en frente de las pantallas. Los niños de entre dos y cuatro años pasan un promedio de dos horas y media al día frente a una pantalla. Entre cinco y ocho años, ese promedio alcanza las tres horas al día.⁶

Un día pregunté a un grupo de estudiantes que revisaran en sus móviles cuál era la duración promedio diaria que indicaban los datos de uso de sus dispositivos. Al hacer un promedio básico, resultó ser de seis horas y media. Casi siete horas pegados al teléfono. Me preguntaba: ¿cuándo duermen, comen, estudian o hacen deporte? Investigaciones en 2016 señalaban que tocamos nuestros teléfonos 2617 veces al día.⁷

La doctora Mark advierte que las trampas que captan nuestra atención durante el uso de nuestros dispositivos digitales pueden ser diversas. *Los errores de encuadre* se refieren a cómo interpretamos nuestro contexto, a menudo evaluando mal el tiempo necesario para actividades específicas (quizás te suene: “Solo medio capítulo de Netflix y a la cama...”). La atención errante se refiere a la tendencia natural de nuestra mente a vagar entre estímulos externos e internos, exacerbada por ejemplo por la visibilidad constante de pestañas y aplicaciones (en muchas ocasiones tenemos abiertas a la vez muchas pestañas de periódicos, música de YouTube, Teams o WhatsApp). La atención rutinaria describe la dificultad de abandonar actividades fáciles y gratificantes en nuestros dispositivos, como juegos y redes sociales, especialmente cuando estamos cansados. Las redes sociales son particularmente problemáticas debido a nuestra necesidad de conexión social o la identidad en línea, crucial para muchos jóvenes, que puede consumir una gran cantidad de tiempo, atención y presencia.

¿Qué consecuencias tiene la falta de atención?

La pérdida de atención tiene múltiples consecuencias negativas en diferentes aspectos de nuestra vida.

En primer lugar, la pérdida de atención afecta a nuestra salud.

02. <https://www.uniovi.es/documents/39158/f1e7bd74-e689-cd51-8c6f-a689f033abc1>

03. <https://asana.com/es/resources/flow-state-work>

04. American CNN. (2023, enero 11). 'Short attention span wellness'. CNN. <https://edition.cnn.com/2023/01/11/health/short-attention-span-wellness/index.html>

05. American Psychological Association. 'Attention spans' [Archivo de audio]. <https://www.apa.org/news/podcasts/speaking-of-psychology/attention-spans>

06. Ibid

07. Business Insider India. (2016, Julio 13). 'Research shows we touch our cell phones 2617 times per day'. Business Insider India. <https://www.businessinsider.in/research-shows-we-touch-our-cell-phones-2617-times-per-day/articleshow/53197026.cms>

La prevalencia del Trastorno por Déficit de Atención e Hiperactividad (TDAH) en niños y adolescentes estadounidenses casi se ha duplicado en las últimas dos décadas, llegando al 10,2%.

Además, las distracciones son la principal causa de accidentes en la ciudad de Barcelona.⁸ La Dirección General de Tráfico asegura que estuvieron detrás del 25% de los accidentes y el 31% de los fallecidos en las carreteras españolas en 2016. La Administración Nacional de Seguridad del Tráfico de EE.UU. reporta⁹ que el uso del teléfono está involucrado en el 12% de todos los accidentes automovilísticos en las carreteras del país, y afirma que un total de nueve personas mueren cada día debido a una conducción distraída.

La falta de sueño es también una consecuencia importante. Según datos de la Organización Mundial de la Salud, el 40% de la población duerme mal. Uno de cada cuatro adultos considera que no descansa bien, siendo el insomnio el trastorno con mayor prevalencia. El 40% de los estadounidenses sufre carencia de sueño, y en el último siglo, el niño medio ha perdido 85 minutos de sueño en promedio de cada noche.¹⁰ Además, la falta de sueño perjudica la memoria ya que se nos confunden los sentidos, y afecta a la capacidad de concentración. Como explica J. Hari, en su libro *El Valor de la atención*,¹¹ “Durante el sueño, el cerebro se limpia a sí mismo de los residuos acumulados durante el día. Durante el sueño de ondas lentas, los canales cerebrales de líquido espinal lavan nuestro cerebro y arrastran las proteínas tóxicas al hígado para deshacerse de ellas. También durante el sueño, la energía se restaura y se recarga, ya que la corteza prefrontal es el área del cerebro donde se genera el juicio y que es muy sensible a la falta de sueño”. El 90% de los estadounidenses mira algún dispositivo electrónico que emite resplandor una hora antes de acostarse, lo que también afecta muy negativamente al sueño y por tanto a la salud.

En segundo lugar, afecta a la productividad. Existen numerosos hallazgos al respecto.

Las interrupciones y pérdidas de atención tienen mucho impacto en la productividad. Una investigación en la Universidad de California en Irvine calculó que, en promedio, toma 23 minutos volver a concentrarse después de una interrupción. Otro estudio de la Universidad Estatal de Michigan concluyó que los estudiantes tenían el doble de probabilidades de cometer errores cuando eran interrumpidos, incluso si la interrupción¹² duraba menos de tres segundos. Un tercer estudio de la Universidad Carnegie Mellon sometió a un examen a 136 estudiantes. A algunos de ellos les pidieron que mantuvieran sus teléfonos apagados, mientras que otros los tenían encendidos y recibieron mensajes de texto intermitentes. Los estudiantes que recibían mensajes obtuvieron, en promedio, un resultado 20% peor al del resto de estudiantes. En 2005, una investigación realizada por el Dr. Glenn Wilson en el Instituto de Psiquiatría de Londres encontró que las interrupciones y distracciones persistentes en el trabajo provocaban una disminución del coeficiente intelectual en 10 puntos, el doble que el impacto del consumo de marihuana.

Por ello es normal que en el ámbito laboral,¹³ el 54% de los *millennials* y la generación Z dicen que no estén rindiendo como debieran, que el 50% admitan ser menos productivos, y el 20% deplora que no puede alcanzar su potencial (y muy probablemente su *eudaimonia*).

Esta pérdida de atención también influye en los resultados PISA.¹⁴ En 2022, se registró una caída del rendimiento medio de 10 puntos en lectura y casi 15 en matemáticas, en comparación con los resultados de 2018. Según la OCDE, el 65% de los estudiantes reportan distraerse con el uso de dispositivos digitales en al menos algunas lecciones de matemáticas, y el 45% se sienten nerviosos si no tienen el teléfono cerca de ellos.

08. La Vanguardia. (2018, mayo 6). 'El impacto de la tecnología en la falta de atención y las distracciones digitales'. <https://www.lavanguardia.com/vida/20180506/443286406642/impacto-tecnologia-falta-atencion-distracciones-digitales.html>

09. Forbes. 'Distracted driving statistics'. https://www.forbes.com/advisor/legal/auto-accident/distracted-driving-statistics/#sources_section

10. Hari, J. (2022). 'El valor de la atención'. Planeta.

11. Ibid

12. Mark, G. (2023). 'Cómo recuperar la capacidad de atención'. Editorial Urano.

13. Udemy Research. (2018). 'Udemy in Depth: 2018 Workplace Distraction Report'.

14. OECD. (2023, mayo 15). 'Decline in educational performance only partly attributable to the COVID-19 pandemic'. <https://www.oecd.org/newsroom/decline-in-educational-performance-only-partly-attributable-to-the-covid-19-pandemic.htm>

Esta disminución de productividad se puede reflejar en la economía. La revista *The Economist*¹⁵ estimó que el tiempo que cada trabajador emplea en las redes sociales se cifra en una cantidad de US\$4500 diarios. También drena la creatividad. Si la mente está libre de distracciones, puede pensar en todo lo asimilado y comenzar a establecer nuevos enlaces y conexiones. Sin embargo, al dedicar nuestra energía a alternar rápidamente entre tareas sin concentrarnos, creamos menos.

En tercer lugar, y a veces no tan obvio, la pérdida de atención afecta a nuestra democracia.

Un aspecto crítico del descenso en las democracias a nivel mundial es la decreciente capacidad de los ciudadanos para participar de manera significativa en procesos democráticos. La calidad de una democracia depende en parte de la participación ciudadana informada y comprometida, pero la falta de atención puede debilitar estos principios fundamentales.

Como menciona Johan Hari,¹⁶ “la democracia es una forma de atención colectiva sostenida. No es coincidencia que estemos teniendo la mayor crisis de la democracia en el mundo desde 1930 al mismo tiempo que tenemos esta crisis de atención individual. Una población que no puede prestar atención y pensar profundamente no puede sostener una democracia a largo plazo”.

Cuando la población no presta atención sostenida o se centra en fuentes de información no fiables, es más propensa a caer en desinformación o noticias falsas. Esto es dañino para la democracia, ya que se distorsiona el debate público y nos lleva a decisiones mal informadas. Incluso llegamos a un punto donde tenemos problemas para identificar fuentes fiables y determinar aquellas que merecen nuestra confianza.¹⁷

La falta de atención también deriva en un enfoque superficial a la hora de profundizar en la información. El consumo de contenido breve y rápido debilita la capacidad de los ciudadanos de analizar y debatir temas complejos.

En 2018, Mark Zuckerberg anunció cambios en las normas de Facebook: “Los últimos dos años han demostrado que, sin las suficientes salvaguardas, la gente manipulará estas herramientas para interferir en las elecciones, difundir desinformación e incitar a la violencia”. No en vano, Facebook ha sido acusado de ser la correa de transmisión del discurso islamófobo y odio en Myanmar hacia a la minoría Rohingya y por tanto clave en su limpieza étnica.¹⁸

¿Cuáles son las causas de la pérdida de atención?

Dispositivos tecnológicos como el teléfono móvil pueden ser una fuente de distracción. Según un estudio,¹⁹ la presencia de un teléfono móvil puede afectar negativamente a la cognición. Es decir, que la mera presencia visible de nuestro propio teléfono reduce nuestra capacidad cognitiva disponible. Con el móvil en la mesa, nos concentramos menos.

Nuestra creencia en el *multitasking* o multitarea como algo muy positivo es otra fuente culpable. La científica francesa Barbara Demeneix menciona que “el adolescente promedio cree que puede seguir seis tipos de medios al mismo tiempo”. Para los neurocientíficos, cuando las personas creen que están haciendo varias cosas a la vez, en realidad están cambiando de una tarea a otra rápidamente. Este cambio constante y la consiguiente reconfiguración del cerebro tiene un costo significativo en la atención. Barbara Oakley explica el “attention residue”²⁰ como un residuo de nuestra atención que permanece en la tarea anterior cada vez que cambiamos a una nueva. Este residuo es incluso más fuerte si esa tarea inicial estaba inacabada, lo que contribuye a una distracción parcial que va en aumento cuando más multitarea se realice.

15. Management Study Guide. 'Economic effects of digital distractions'. https://www.managementstudyguide.com/economic-effects-of-digital-distractions.htm?utm_content=cmp-true

16. Ibid

17. Microsoft News. (s.f.). 'En la era digital, la democracia depende de la alfabetización informacional'. Microsoft News. Recuperado de <https://news.microsoft.com/es-xl/en-la-era-digital-la-democracia-depende-de-la-alfabetizacion-informacional/>

18. El País. (2018, abril 12). Actualidad. https://elpais.com/internacional/2018/04/12/actualidad/1523553344_423934.html

19. Ward, A. F., Duke, K., Gneezy, A., & Bos, M. W. (2017). The Journal of the Association of Consumer Research

20. Dahl, M. (2016, Enero 28). 'Attention residue is ruining your concentration'. The Cut. <https://www.thecut.com/2016/01/attention-residue-is-ruining-your-concentration.html>

A pesar de entender estas razones, nos resulta muy difícil aislarnos de las aplicaciones digitales para concentrarnos. Pero no podemos responsabilizarnos individualmente de este fracaso cuando los mejores cerebros están contratados para diseñar algoritmos que continuamente nos roban la atención. Es lo que muchos expertos denominan como la economía de la atención. La atención se convierte en un recurso valioso y escaso, que muchas empresas buscan captar y monetizar. La socióloga Shoshana Zuboff lo denomina “el capitalismo de la vigilancia”²¹. Esta profesora de la Universidad de Harvard describe cómo las grandes tecnológicas utilizan algoritmos sofisticados para capturar y mantener nuestra atención, lo que afecta negativamente a nuestra capacidad de concentración. No es, por tanto, únicamente una responsabilidad individual, sino que en cada paso que damos o en cada herramienta que usamos, estamos rodeados de algoritmos diseñados para robar nuestra atención. James Williams, antaño estratega de Google, recopiló en un ensayo toda la información sobre cómo nos afecta la economía de la atención al usar internet y argumentó que “tenemos que hacer crítica tecnológica en un sentido similar al de la crítica literaria”.²²

Pero, ¿cómo funcionan esos algoritmos?

Para entenderlo debemos conocer varios factores. El primero es cómo funciona la dopamina, un neurotransmisor responsable de transmitir señales entre las células nerviosas del cerebro. Aunque a menudo nos referimos a ella como el neurotransmisor del placer, Robert Sapolsky, profesor de Biología en Stanford, matiza que la dopamina es en realidad el neurotransmisor de la anticipación del placer²³, ya que es esa anticipación de una recompensa la que nos refuerza ciertos comportamientos. La dopamina nos influye en la motivación que se siente al ver fotos en Instagram o nuevas noticias que van apareciendo. Es lo que nos hace adictos, comprometiendo nuestra fuerza de voluntad y finalmente nuestro control de la atención.

El funcionamiento se entiende muy bien con un experimento realizado con monos entrenados para realizar una tarea (apretar un botón) y recibir comida como premio. Se observó que la producción de dopamina aumentaba al detectar la señal de la tarea (apretar el botón) pero disminuía al recibir la recompensa (la comida). Sin embargo, cuando la recompensa se otorgaba solo el 50% de las veces que apretaban el botón, los niveles de dopamina subían muchísimo más, superando incluso los niveles asociados con el uso de cocaína. Esto es denominado por Sapolsky como “la magia del tal vez” y es utilizado también en los casinos, donde las máquinas tragaperras están diseñadas para generar resultados cercanos a ganar el premio mayor, engañando a los jugadores para que crean que tienen más posibilidades de ganar de las que realmente tienen. En el caso de internet, los teléfonos y sus *apps* pueden ser vistos como las tragaperras y la recompensa variable puede ser un email interesante, una gran cantidad de *likes* o nada. Cuando hacemos un *scroll-down* no sabemos qué puede venir después. Estamos esperando la dopamina de lo que puede venir. No en vano, la creación del *scroll infinito* hace perder 50% más de tiempo que sin él.²⁴ Influenciando en el nivel de segregación de dopamina se adiestra a nuestras mentes a reaccionar frente a la idea de recompensas frecuentes y se refuerzan hábitos dañinos del mantenimiento y preservación de nuestra atención. Este capitalismo de la vigilancia funciona como una carrera armamentística para robar nuestro tiempo. Compañías como Googleplex controlan el 50% de todas las notificaciones de nuestros teléfonos.

Además, todos estos algoritmos nos descomponen y conocen muy bien cómo somos, qué nos gustaría tener, qué nos excita, qué nos enfada... Con capacidades de predecir automáticamente lo que probablemente vayamos a hacer. Saben dónde pillarnos. Finalmente, cuanto más tiempo miremos a la pantalla, más dinero ganan. El objetivo es evitar que salgamos de allí.

Otra de las causas es que somos seres sociales y, por tanto, nos cuesta ignorar lo que los demás piensen de nosotros. Existe un deseo de aceptación social

21. Zuboff, S. (2019). 'El capitalismo de la vigilancia'. Paidós.

22. Pérez, M. (2021, febrero 23). The Objective. <https://theobjective.com/further/futuro/2021-02-23/james-williams-tenemos-que-hacer-critica-tecnologica-en-un-sentido-similar-al-de-la-critica-literaria/>

23. Alejandro Martínez Gallardo (2017). <https://pijamasurf.com/2017/10/que-es-la-dopamina-digital-y-como-se-convirtio-en-la-droga-mas-popular-y-adictiva-del-mundo/>

24. Hari, J. (2022). 'El valor de la atención'. Planeta.

que conducimos a través de nuestro avatar digital. Sin embargo, se produce la paradoja de las redes sociales, donde a pesar de estas diseñadas para conectar personas, nos roban la atención y nos conducen a un mayor aislamiento y disminución del bienestar emocional.

Es interesante conocer cómo estos algoritmos también juegan con nuestras emociones. Varios estudios y análisis han demostrado que los titulares y contenidos que evocan emociones negativas como la ira, el miedo o la indignación tienden a generar más clics, *likes* y atención que aquellos con un tono positivo o neutral, por lo que esas noticias son amplificadas y contribuyen a la polarización en nuestra sociedad.²⁵ Es por ello que, según otro estudio del MIT, las noticias falsas viajan a una velocidad seis veces mayor que las verdaderas. Cuando Bolsonaro ganó las elecciones en Brasil, sus partidarios gritaban “Facebook, Facebook, WhatsApp, WhatsApp”.²⁶ Los científicos de Facebook habían concluido que con su aplicación estaban explotando la atención del cerebro a través de la división y la ira.²⁷

Otra de las causas de nuestra pérdida de concentración es cómo afrontamos nuestro trabajo. Se difuminan las fronteras entre nuestra vida personal y laboral. La tecnología nos mantiene conectados las 24 horas del día.²⁸ Por ello es común que, en nuestro tiempo personal, cuando estamos en casa después del trabajo, nos ocupemos de problemas y comunicaciones laborales sin desconectar del trabajo. Según James Nestor,²⁹ “pasamos los días medio dormidos y las noches medio despiertos, tumbados en una zona gris de media ansiedad”.

Podríamos también mencionar otros factores que causan la pérdida de concentración como son la situación económica, la alimentación y algún otro factor, pero se nos escapa al alcance de este ensayo.

¿Tenemos solución?

Al ser un problema sistémico, no podremos encontrar una sola solución, sino que debemos trabajar en muchas medidas y propuestas diferentes. Citaré aquí solo algunas posibles, aun conociendo la limitación de la propia lista.

Muchos países han comenzado a prohibir los móviles en ciertos contextos, especialmente en las aulas para mejorar la concentración de los estudiantes. En Francia, una ley prohíbe desde 2018 el uso de teléfonos móviles en las escuelas primarias y secundarias para alumnos menores de 15 años.³⁰ Suecia siguió el mismo ejemplo en 2019. Desde la sociedad civil, asociaciones de padres y grupos de expertos³¹ abogan por limitar el uso de dispositivos electrónicos en el aula y el recinto escolar.

Surge también el campo de los Neuroderechos, que se refieren a los derechos relacionados con la privacidad y la autonomía mental en el contexto de las tecnologías neurocientíficas. Por ejemplo, en Chile se ha dado un paso significativo en la protección de los neuroderechos al consagrarlos en su Constitución³² (artículo 19), de cara a proteger la integridad mental y la privacidad de las personas frente a los avances en neurotecnología.

También es fundamental aumentar la conciencia sobre la desinformación y fomentar el pensamiento crítico en el consumo de información. Esto permitirá a los individuos analizar y cuestionar la información antes de aceptarla como verdadera, promoviendo una mentalidad más centrada y menos susceptible a la manipulación explicada anteriormente.

Otro de las potenciales medidas es revitalizar y fomentar la lectura en papel. Muchos estudios³³ concluyen que leer en papel ayuda a comprender y a retener mucho mejor la información en comparación con las pantallas, especialmente para textos largos y complejos.³⁴

25. Big Think. (s.f.). 'Negative media headlines skyrocketed'. <https://bigthink.com/the-present/negative-media-headlines-skyrocketed/>

26. Doctorow, C. (2021). 'Fans of Brazil – Facebook, Facebook, WhatsApp, WhatsApp'

27. Horwitz, J., & Seetharaman, D. (2020, mayo 26). 'Facebook executives shut down efforts to make the site less divisive'. The Wall Street Journal. <https://curio.io/publications/The-Wall-Street-Journal/jeff-horwitz-and-deepa-seetharaman/facebook-executives-shut-down-efforts-to-make-the-site-less-divisive>

28. American Psychological Association. (2021, Enero 15). 'Speaking of Psychology: Why our attention spans are shrinking', with Gloria Mark, PhD [Archivo de audio]. APA. Recuperado de <https://www.apa.org/news/podcasts/speaking-of-psychology/attention-spans>

29. Nestor, J. (2020). 'Breath: The new science of a lost art. Riverhead Books'.

30. La Vanguardia. (2018, junio 8). 'Francia prohibirá los móviles en los colegios a partir de septiembre'. <https://www.lavanguardia.com/internacional/20180608/444207686744/francia-moviles-colegios.html>

31. ORM. (2024, mayo 30). 'El grupo de expertos recomienda no usar dispositivos electrónicos en colegios antes de 5º de Primaria'. <https://www.orm.es/noticias-2024/el-grupo-de-expertos-recomienda-no-usar-dispositivos-electronicos-en-colegios-antes-de-5-de-primaria/>

32. Somos Iberoamérica. (2021, octubre 20). 'Neuroderechos en Chile: Consagración constitucional y regulación de las neurotecnologías'. <https://www.somosiberoamerica.org/tribunas/neuroderechos-en-chile-consagracion-constitucional-y-regulacion-de-las-neurotecnologias/>

33. Phys.org. (2024, Febrero). 'Screens and paper are equally effective for absorbing and retaining information'. <https://phys.org/news/2024-02-screens-paper-effective-absorb-retain.html>

34. BrainFacts.org. (2020, Julio 28). 'Reading on paper versus screens: What's the difference?' <https://www.brainfacts.org/neuroscience-in-society/tech-and-the-brain/2020/reading-on-paper-versus-screens-what-is-the-difference-072820>

En Francia también existe una iniciativa donde los trabajadores tienen un “derecho legal a desconectarse”, es decir, tienen un horario de trabajo definido y un empleador no puede comunicarse con ellos fuera de ese horario. Buscan con ello generar un descanso para poder recargarse en un mundo donde las fronteras personales y laborales se han difuminado. Aunque es una medida eficaz probablemente sea difícil de aplicar en muchas organizaciones con idiosincrasias y visiones diferentes.

Existen también muchas medidas de carácter más individual como establecer rutinas para mejorar una concentración profunda. Descansar adecuadamente para restaurar nuestras funciones cognitivas. Hacer deporte. La actividad física es una de las actividades que mejor recargan nuestra concentración y atención. Solo un paseo de 20 minutos por la naturaleza nos puede ayudar a relajarnos significativamente. Incluso puede ayudarnos a producir muchas más ideas, ejercitando el pensamiento divergente. Por último, fomentar la meditación y una buena respiración, son prácticas estudiadas³⁵ como muy beneficiosas para, entre otras cosas, mejorar la atención.

Fomentar la Atención Plena hacia la 'eudaimonía'

Es urgente poner este problema aún más en la agenda pública, explicando adecuadamente todas sus aristas. Afecta a personas de todas las edades, pero especialmente a nuestros jóvenes.

Solo así podremos alcanzar la *eudaimonia*, es decir, concentrarnos para dar lo mejor de nosotros mismos, tanto a nivel individual como colectivo y así llegar a ser quienes queremos ser.

Necesitamos profundizar en la complejidad sin distraernos, conversar más con amigos y familiares prestando atención a sus palabras y emociones, sin mirar los móviles, descansar mejor y aprovechar plenamente nuestro tiempo de reposo.

Debemos evitar perder el tiempo en trivialidades y retomar el hábito de la lectura profunda, más allá del segundo capítulo de nuestro siguiente libro. Así, volveremos a disfrutar de obras clásicas como las de Shakespeare, y quizás, al abrir ese mismo libro que devoraste, quizás reflexiones diferente: “Estar o no estar, esa es la cuestión”.

35. Público. (s.f.). 'Meditación mejora la atención y el autocontrol'. <https://www.publico.es/actualidad/meditacion-mejora-atencion-y-autocontrol.html>

LAS GALERÍAS CUBIERTAS DE PARÍS COMO TEMPLO DEL CAPITAL MERCANTIL DETENTE EL SIGLO XIX

2ND PRIZE

FACULTY & STAFF

Agustina Lezcano [ARG]
Senior Advisor / Student Services

Una de las características del estudio materialista de la historia es la identificación del alcance que tiene el proceso de mercantilización en la sociedad moderna. Dice Sacristán: “Lo característico de la sociedad moderna, de la sociedad más alienadora [...] es precisamente la mercantilización general de la vida, la conversión de toda realidad en mercancía”.¹ El proceso de mercantilización presenta la posibilidad de ser abordado en estudios urbanos, arquitectónicos y culturales. En esa línea, este ensayo se propone estudiar a las galerías cubiertas de París por ser una tipología arquitectónica que nace como producto de la actividad de intercambio de mercancías y se convierte, tal como la define Walter Benjamin, en un “templo del capital mercantil”.² Con ese fin, este escrito se estructura en los siguientes cuatro puntos:

01. Sacristán, M. (1983) M. 'Sobre Marx y marxismo'. Barcelona: Icaria; p. 279.

02. Benjamin, W. (2005). 'Libro de los Pasajes'. Madrid: Akal; p. 72.

I. La arquitectura y la mercancía

II. Las galerías cubiertas de París como producto de la sociedad burguesa

III. Las galerías cubiertas como productoras de nuevos tipos sociales

IV. Ruinas de la burguesía

A continuación desarrollaré cada uno de estos puntos desde una perspectiva de análisis que me permita pensar en las galerías cubiertas como representaciones de poder que toma la clase burguesa parisina durante el siglo XIX.

I. La arquitectura y la mercancía

Según Benjamin, de manera análoga al siglo XVII cuando las ciencias se liberaron de la filosofía, en el siglo XIX el desarrollo de las fuerzas productivas impulsó una emancipación de la creación formal de la esfera del arte. Benjamin menciona cuatro casos en particular: el primero es el caso de la arquitectura, que se convierte en una labor de ingeniería; el segundo es el caso de la observación de la naturaleza, que se vuelve a la fotografía; el tercero es el caso de la imaginación creativa, que se traduce en dibujo publicitario; y el cuarto, la creación literaria, que se convierte en folletín. Y afirma: “Todos estos productos están a punto de entregarse al mercado como mercancías”.³ Para el autor, el siglo XIX es un período de transición en el cual las disciplinas artísticas se mercantilizan. De modo que la arquitectura, al igual que las demás producciones culturales, es parte del proceso de mercantilización de la época moderna.

03. Benjamin: op. cit. p.49.

Dentro de este contexto, se pueden identificar varios símbolos urbanos y arquitectónicos que han estado al servicio de este proceso de mercantilización: Estaciones de ferrocarril, pabellones expositivos y nuevos trazados urbanos son, probablemente, una constante en todas las capitales europeas. Sin embargo, son las galerías cubiertas de París las que constituyen un ejemplo paradigmá-

tico del proceso de mercantilización antes mencionado. Según Walter Benjamin, en las galerías “habita el último dinosaurio de Europa, el consumidor. En las paredes de estas cavernas prolifera la mercancía como una flor inmemorial que experimenta, como el tejido ulceroso, las más irregulares conexiones”.⁴ Por ello las describió como el “molde en donde se vertió la Modernidad”⁵ y las convirtió en objeto de estudio para su obra incompleta *Libro de los Pasajes*.

II. Las galerías cubiertas de París como producto de la sociedad burguesa

En el siglo XVIII París era una ciudad aún medieval en cuanto a su urbanismo. Sus calles eran laberínticas.^{Fig 1-2} En ese contexto, de manera espontánea, los parisinos usaban ciertos pasajes como atajos para desplazarse por la ciudad. Esos pasajes eran espacios vacantes que existían entre los patios de las casas que se conectaban con las calles de la ciudad. Podríamos decir que el primer objetivo de estos espacios era transitar por la ciudad velozmente. Con el advenimiento del vidrio y el metal –producto de las revoluciones industriales– los mismos vecinos comenzaron a techar esos pasajes.⁶ La cubierta vidriada de los pasajes protegía a los transeúntes de la lluvia y la nieve y permitía instalar lámparas de aceite en los muros. Muy pronto, estos atajos se convirtieron en lugares de refugio y de paseo. La velocidad disminuyó y esos espacios se volvieron una oportunidad de comercio. Los mismos vecinos convirtieron a estos pasajes en espacios de comercio convirtiendo los fondos de sus casas en locales comerciales.⁷ Luego, la construcción de las galerías se convirtió en asunto de los grandes comerciantes de la ciudad: se compraban numerosas viviendas, se las conectaba y se creaban nuevos pasajes o galerías que sirvieran de paseo comercial. En la planta baja se instalaban los comercios y bares, y en las plantas superiores se creaban viviendas.

Es interesante que el proceso de separación entre ingeniería y arquitectura que mencionaba Benjamin como producto de la mercantilización de la técnica y el arte puede apreciarse en estas galerías. Ambas disciplinas están reunidas en la galería pero conviven de manera perfectamente diferenciada: la ingeniería crea la cubierta de vidrio y hierro, mientras que la arquitectura resuelve todo lo que está debajo de esa cubierta. La arquitectura funciona como un ropaje de ornamentación que recubre suelos y muros y convierte al espacio en un símbolo de poder burgués.^{Fig 4}

Durante la primera mitad del XIX París llegó a tener más de cien galerías. Eran un espacio de lujo, comercio y ocio. En aquel entonces, la *Guía ilustrada de París* las describía como pasajes que atravesaban edificios enteros, iluminados naturalmente durante el día y mediante lámparas de aceite por la noche y repletos de tiendas y bares en el perímetro de sus muros. Esa misma guía llegaba a afirmar que “semejantes pasajes (eran) una ciudad, e incluso un mundo en pequeño”.⁸

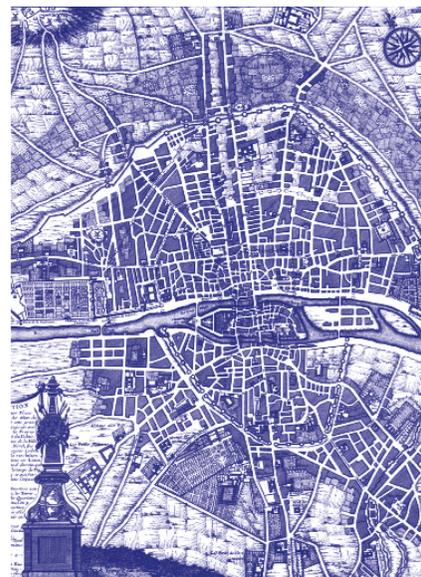
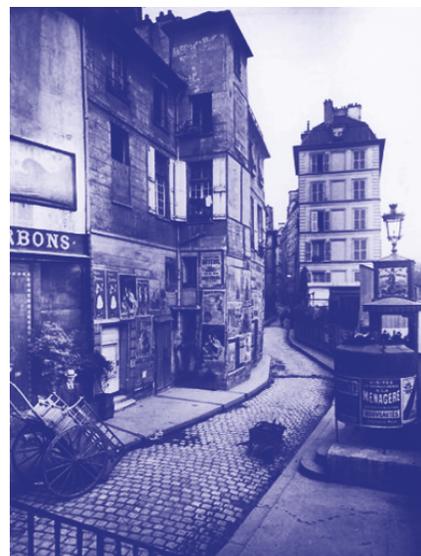
Podríamos interpretar el nacimiento de estos espacios como una necesidad de comercio surgida por los propios parisinos que luego, al juntarse con las posibilidades técnicas de la época y la avidez de comercio de grandes inversores, se convirtieron en lugares de ocio y comercio. Por ello, las galerías son consideradas por Benjamin como el reverso del comercio.⁹ Son uno de los signos culturales de la propia mercancía.

III. Las galerías cubiertas como productoras de nuevos tipos sociales

Hasta el momento hemos descrito a las galerías como producto de la actividad comercial, como un sitio donde se intercambiaban las mercancías. Sin embargo, al estudiar estos espacios, Benjamin identifica el carácter influyente que tiene la arquitectura sobre quienes los habitan. Las actividades arquetípicas que las galerías generaron y que Benjamin estudia son: la *flânerie* y la prostitución. Pero estas actividades no son ajenas a la mercancía, al contrario, pueden ser entendidas ellas también, como un proceso derivado del fetichismo de la mercancía.

04. Benjamin; op. cit. p. 866.

05. Benjamin; op. cit. p.866.



06. Los términos “pasaje” y galería cubierta” son sinónimos, la diferencia entre estos términos suele radicar en que las galerías cubiertas son pasajes con mayor ornamentación.

07. Un ejemplo de esta primer proceso de construcción de galerías es el Passage du Caire construido en 1789. Ver Fig. 3.

08. Benjamin; W. (2005). 'Libro de los Pasajes'. Madrid: Akal; p. 37.

09. Benjamin; op. cit. p.59.

El fetichismo de la mercancía genera que aquello que es una creación humana, el valor, empiece a funcionar con una dinámica en la sociedad capitalista que hace que el valor se nos presente como si fuera una propiedad de las cosas en la realidad.¹⁰ Lenin definía a la mercancía como una cosa u objeto que, por un lado, satisface una necesidad humana y, por otro, es cambiada por otra cosa.¹¹ En ese proceso de cambio, los hombres equiparan entre sí sus trabajos. Decía Lenin: “El valor es, como dijo un viejo comunista, una suma relación entre dos personas; pero debió añadir simplemente: relación encubierta por una envoltura material”.¹²

Estamos ante una especie de perversión en la cual aquello que pertenece a la realidad humana se convierte en algo que pertenece a la realidad de las cosas. En el apartado anterior, definimos a las galerías como el templo de estas mercancías, pero además ello, decíamos, este proceso de encubrimiento o ilusión operaba también en los habitantes de las galerías, que según Benjamin, hace que se conviertan ellos mismos en mercancía.¹³ Y todo esto ocurre de un modo velado, casi imperceptiblemente, siendo este ocultamiento parte del propio sistema social. Dice Eduardo Alvarez: “[...] Se trata de una apariencia producida por el propio sistema, que encubre la relación esencial que existe entre capital y trabajo”.¹⁴

Como evolución de este proceso de fetichización, Benjamin nos describe, de manera inversa, dos actividades donde la vida humana se vuelve mercancía. La primera actividad, la *flânerie*, es ejercida por el hombre burgués que vagabundea la ciudad. Embriagado por el absenta y el tabaco se sumerge en la pesadez del tiempo que ofrecen las galerías y en lugar de ser el comprador de esos objetos expuestos en vitrinas a cada cada de los muros de las galerías, termina por convertirse él mismo en mercancía. Benjamin lo define del siguiente modo: “Comercio y tráfico son los dos componentes de la calle. Pero resulta que el segundo ha desaparecido en los pasajes [...] es solo calle ávida de comercio, que únicamente se presta al despertar de los apetitos. [...] el *flâneur* sabotea el tráfico. Tampoco es un comprador. Es una mercancía”.¹⁵

A su vez, ese despertar de los apetitos mocionado por Benjamin no es otra cosa que la prostitución. Sabemos por los registros históricos, que las viviendas con las que contaban las galerías en las partes superiores se convirtieron en los sitios donde se ejercía la prostitución. Ese proceso podría ser justificado por la coincidencia de que a principios del siglo XIX, cuando las galerías comenzaban a construirse, el rey Luis Felipe había prohibido el ejercicio de la prostitución en los jardines del Palacio Real. Esta prohibición y la cercanía de los pasajes con los jardines habría generado que la prostitución comenzara a practicarse en aquellas galerías cubiertas. Sin embargo, Benjamin interpreta filosóficamente el ejercicio de la prostitución y lo relaciona con la idea de mercancía a la que es sometida la imagen de la mujer en el ejercicio de la prostitución.¹⁶ Según Benjamin, la mujer que se prostituye es tanto vendedora como vendida, es persona y objeto, es fetichismo de la mercancía. Dice Benjamin: “El amor a la mujer que se prostituye es la apoteosis de la empatía con la mercancía”.¹⁷

De modo que las galerías cubiertas, además de ser el escenario de intercambio de las mercancías, se convierten ellas mismas en las generadoras de un proceso de mercantilización de la vida humana. Tanto el *flâneur* como la mujer que se prostituyen, se convierten, según Benjamin, en mercancías. Podríamos pensar entonces, en un doble proceso de perversión, por un lado la fetichización de la mercancía y, luego, la mercantilización de la propia vida humana que vemos reflejada en la imagen del *flâneur* y de la mujer que se prostituye.

IV. Ruinas de la burguesía

De las más de cien galerías cubiertas que existían en París a inicios del siglo XX solo alrededor de una decena de ellas perduran en la actualidad. La demo-



10. Álvarez, E. (2021). 'Las ideas filosóficas de Marx'. Madrid: Tecnos; p. 183-184.

11. Lenin, V. I. (1975). 'Marx y Engels'. Moscú: Progreso; p.36.

12. Lenin; op. cit. p. 38.

13. Benjamin; W. (2005). 'Libro de los Pasajes'. Madrid: Akal; p. 201.

14. Álvarez, E. (2021). 'Las ideas filosóficas de Marx'. Madrid: Tecnos; p. 184.

15. Benjamin; W. (2005). 'Libro de los Pasajes'. Madrid: Akal; p. 77.

16. Benjamin; op. cit. p. 507.

17. Benjamin; op. cit. 511.

lición de esa gran cantidad de galerías fue producto, paradójicamente, de la misma burguesía que antes las había construido.

Nuevamente, hay dos maneras de leer esta historia. Una narración lineal de los hechos podría ser la siguiente: las galerías fueron creadas durante el reinado de Luis Felipe, “el rey banquero”, como producto de la avidez comercial de los grandes empresarios de París que vieron en la forma laberíntica de la ciudad medieval una oportunidad para crear espacios de comercio. Luego, cuando Napoleón III se convirtió en emperador y emprendió su gran reforma urbana de París mediante la obra del barón Haussmann, esas galerías fueron vistas por la sociedad como parte de ese tejido medieval que expresaba retraso. Se demolieron las galerías junto con la eliminación del antiguo trazado y, en su lugar, se construyeron los nuevos bulevares. El reemplazo directo de las galerías fueron los grandes *halls* donde la mercancía se exhibía en pequeños *stands* dentro de una gran cubierta que cobijaba todo el espacio expositivo. Esos *halls* y bulevares fueron también un símbolo burgués de la época y a través de su ornamentación expresaban los valores de modernidad tal como, años antes, lo habían hecho las galerías.

Sin embargo, es preciso recordar las siguientes palabras de Engels: “[...] Allí donde en la superficie de las cosas parece reinar la casualidad, esta se halla siempre gobernada por leyes internas ocultas y de lo que se trata es de descubrir esas leyes”.¹⁸ Benjamin no confía en la casualidad de los hechos históricos y, en cambio, interpreta la demolición de estas galerías como parte de la misma naturaleza capitalista de la sociedad.

Según el autor, esta aceleración es propia del devenir de esta sociedad capitalista: “Con la conmoción de la economía de mercado empezamos a reconocer los monumentos de la burguesía como ruinas, antes incluso de que se hayan derrumbado”.¹⁹ De modo que la destrucción de las galerías es también producto de todo este proceso histórico moderno que caracteriza a esta sociedad burguesa del siglo XIX. Por ello las galerías pueden ser estudiadas como un espacio arquetípico de esta sociedad donde podemos apreciar el siguiente proceso: nacimiento como producto del intercambio entre mercancías, conversión de estos espacios en símbolos de la burguesía, transformación de las actividades interhumanas en mercancía, destrucción y reemplazo de estos espacios por parte de la misma burguesía.

Considero que el estudio que hace Benjamin de las galerías pone de manifiesto las tensiones culturales y materiales que existen entre la arquitectura y la sociedad de la cual ella emerge. Estos espacios arquitectónicos deben ser comprendidos desde el complejo proceso de mercantilización que caracteriza a la sociedad capitalista. Porque ella es reflejo de ese proceso, es un agente activo de modificación de las relaciones interhumanas y también resultado de esa actividad comercial intensa que en ella se produce.

Las galerías cubiertas de París son un símbolo del complejo proceso de mercantilización general de la vida moderna. Por ello, estudiarlas puede convertirse en una clave de acceso a algunos de los mecanismos modernos que siguen operando hoy en día en nuestra sociedad.

18. Engels, F. (2003). 'Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana'. Córdoba: El Cid Editor; p. 20.

19. Benjamin, W. (2005). 'Libro de los Pasajes'. Madrid: Akal; p. 49

Bibliography

Álvarez, E. (2021). 'Las ideas filosóficas de Marx'. Madrid: Tecnos.

Sacristán, M. (1983). 'Sobre Marx y marxismo'. Barcelona: Icaria.

Lenin, V. I. (1975). 'Marx y Engels'. Moscú: Progreso.

Engels, F. (2003). 'Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana'. Córdoba: El Cid Editor.

Benjamin, W. (2005). 'Libro de los Pasajes'. Madrid: Akal.

HOMO INVENTOR

3RD PRIZE

FACULTY & STAFF

Juan Ortín [ESP]
Professor / IE Law School

El *Homo sapiens* es supuestamente un homínido sabio; sin embargo, considero que son probablemente las capacidades de inventar y de crear la que más nos distinguen del resto de los animales, que, por otro lado, parecen saber todo lo que necesitan para subsistir. Las creencias compartidas han moldeado nuestra sociedad, constituyen los fundamentos de nuestra cultura y han contribuido de manera decisiva al continuo desarrollo de la civilización. Por ello, podríamos decir que los humanos modernos nos encontramos en un orden de los primates distinto: el homínido que inventa, al que llamaremos *Homo inventor*.

Los inventos que aquí nos interesan son tan relevantes para la sociedad como lo han podido ser la rueda, la bombilla o el láser, y, sin embargo, son intangibles. Se trata de entes inventados con un determinado propósito que, por el hecho de ser compartidos, se transforman en realidades con influencia plena en nuestras vidas. Todas las organizaciones en general, los países, las empresas, las marcas, los partidos políticos, las ideologías, las instituciones... son reales, no son ficticios, forman parte de nuestro acervo cultural, han contribuido a nuestro nivel de desarrollo, han dado forma al mundo en que vivimos y en muchos sentidos lo han ordenado, dotándolo de estructura y organización. Pero los entes inventados no son ideales abstractos, atemporales, perfectos ni irreversibles. Puesto que son instrumentales y han nacido para cumplir un propósito, la medida de su validez nos la debería proporcionar el bienestar –entendido en los términos más amplios– que proporcionan a la sociedad en su conjunto.

Saber y crear

Según el diccionario de la RAE, saber es “tener noticia o conocimiento de algo”, mientras que crear es “tener algo por cierto sin conocerlo de manera directa o sin que esté comprobado o demostrado”.

En el momento en que el ser humano empezó a relacionarse y comunicarse con otros a través del lenguaje, pudo acceder a información sobre eventos o sucesos que no podía saber o conocer de manera directa porque no los había percibido con sus propios sentidos. Al procesar la información transmitida por otros en relación con objetos que no percibíamos directamente, nuestro cerebro hubo de operar con representaciones mentales o generalizaciones y establecer categorías. Además, el lenguaje permitía estructurar mentalmente conceptos abstractos y transmitirlos a otros. La combinación de lenguaje y abstracción no solo amplía infinitamente los horizontes de conocimiento sino que también permite crear realidades. Para ello es suficiente la poderosa fuerza de la palabra compartida siempre y cuando los receptores del mensaje tengan por cierta la información recibida sin necesidad de una experiencia directa, es decir, si creen.

Puesto que crear realidades compartidas precisa de una alta capacidad de abstracción y lenguaje, crear en entes inventados parece una capacidad propia-

mente humana. Sin estas sofisticadas habilidades, la vida del resto de animales está seguramente condicionada por las circunstancias (elementos objetivos, como las condiciones meteorológicas o la disponibilidad de alimento) que les rodean y que pueden percibir de manera directa. En esas condiciones su comportamiento viene determinado por lo que saben y lo que ignoran o temen respecto de su entorno y lo mismo cabe decir probablemente de nuestros ancestros: “Sé que tenía frío a la intemperie y sé que en esta cueva en la que me adentro obtengo calor y refugio, pero la oscuridad del lugar me inquieta y mi cuerpo está alerta...” podría ser la reflexión de un *Australopithecus*. Sin duda, sabían lo que necesitaban y lo que debían evitar, ya que sin ese conocimiento en parte innato –algunos lo llaman instinto⁻¹ nuestra especie y todas las que nos precedieron no se habrían perpetuado y, por lo tanto, no habríamos llegado hasta hoy.

La mayoría de los *Homo inventor* del siglo XXI tenemos un menor conocimiento de nuestro entorno y estamos menos preparados para sobrevivir en esas condiciones, mantenemos similares temores, probablemente anclados en nuestros genes², si bien podemos imaginar el futuro y tratar de anticiparnos –con todo lo que ello implica, para bien o para mal– y, gracias especialmente a los avances científicos, sabemos otras cosas. Pero lo que ha crecido de manera exponencial es la realidad que hemos inventado y en la que creemos. Al “yo soy yo y mis circunstancias” el hombre moderno podría añadir “y mis creencias”.

En un futuro próximo será más complicado identificar el conocimiento susceptible de ser sabido, ya que ni siquiera nuestros sentidos serán fiables. Gracias o por culpa de la IA, no podremos volver a confiar en aquello que históricamente nos ha proporcionado conocimiento directo, ya que podremos percibir imágenes, sonidos o sensaciones sin poder estar seguros de si son reflejo de una realidad objetiva.

Si esa capacidad de simulación alcanza el nivel de perfección necesario para hacer indistinguible el original de la copia, las consecuencias pueden ser disruptivas. En una sociedad en la que no podríamos estar totalmente seguros de nada, los sucesos serían susceptibles de ser creídos, pero no de ser sabidos. Como consecuencia, es razonable suponer que crecerá el nivel de escepticismo, pero también que lo hará de manera sesgada. Del mismo modo que tendemos a creer aquello que se ajusta más a nuestros propios prejuicios, tenderíamos a ser más escépticos con aquello que se ajuste menos. Si nada puede conocerse con certeza, lo que no encaje con nuestras ideas podrá ser calificado de bulo o *fake news*, objeto de un justificado escepticismo o simplemente ignorado.

Un tipo de nombre propio

Algunas de las ideas o creencias, producto del intelecto humano, se extienden y son compartidas (por distintos motivos y cauces) por la mayoría de los individuos que conforman la sociedad del momento. Asimismo, las propias agrupaciones de individuos que se unen en torno a esas ideas o creencias y que no se conocen entre sí dan lugar a “organizaciones”, entes igualmente intangibles dotados de un nombre y una identidad propia que trasciende a los miembros que la conforman. Estamos tan acostumbrados a estos entes que es fácil olvidar que, en origen, fueron constructos mentales; los entes inventados no son “subjetivos” ni entes imaginarios³, pero sí son creaciones de la mente, cuya subsistencia depende del nivel de confianza que generan entre la colectividad. Esa creencia compartida por una pluralidad de individuos –generalmente porque cumplen una función– es la que los dota de entidad.⁴ Una vez que forman parte de la consciencia colectiva, su existencia trasciende incluso de las personas concretas que creen en ellos –siempre y cuando sean una mayoría suficiente–.

Una de las propiedades de los entes inventados es que no existen en tanto en cuanto no se les asigna un nombre. La teoría del lenguaje suele distinguir entre nombres propios y comunes, y entre estos se sitúan los nombres concretos y

01. Según la definición de la RAE, “pautas de reacción que, en los animales, contribuyen a la conservación de la vida del individuo y de la especie”. Ignoramos si la RAE contempla al *Homo sapiens* dentro de los animales.

02. Sustituamos la palabra cueva de la reflexión anterior por la palabra oficina y parecerá la metáfora de una estresante jornada laboral.

03. Los entes imaginarios suelen ser ilusiones individuales e, incluso cuando se trata de ilusiones compartidas (como los personajes de cuentos), existe un consenso casi absoluto sobre su naturaleza ficticia, no son reales.

04. Yuval Noah Harari considera que los fenómenos intersubjetivos forman un “orden imaginado”. ‘Sapiens. De animales a dioses’.

los abstractos. Entre los nombres propios encontramos aquellos que designan personas (antropónimos), nombres que designan lugares concretos (topónimos) y otros. En ese cajón de sastre se encuentran la mayoría de los entes inventados. Estos entes tienen una naturaleza totalmente distinta al resto, pero, quizá porque tradicionalmente no se les ha dado ninguna denominación específica, es fácil atribuirles por error características similares a las de los objetos concretos, los entes abstractos, las personas o los lugares.

Diferencias con los entes abstractos

Los entes abstractos son ciertamente intangibles, pero no son un producto de nuestra mente. Los conceptos matemáticos o el tiempo son intangibles pero –sin entrar en hipótesis radicales– la mayoría de nosotros admitimos que no son ilusiones mentales. Aunque nadie en la Tierra creyese en las matemáticas, dos más dos seguirían siendo cuatro.

Incluso conceptos abstractos subjetivos, interpretables o relativos como maldad, justicia o belleza, probablemente han estado siempre ligados a nuestra experiencia consciente, desde que estamos dotados de la capacidad de lenguaje.

En un último estadio de abstracción podemos situar conceptos metafísicos y religiosos como el ser, dios, alma o infinito, que suponemos que intriguaron a los primeros individuos que tomaron conciencia del futuro y de su propia finitud... son conceptos que se encuentran en el límite de lo que puede ser sabido y que, en esencia, encierran preguntas más que respuestas. Han merecido distintas aproximaciones, desde la mitología, la superstición, la ciencia o la religión, y las posibles respuestas que se han planteado en muchos casos generan a su vez otras preguntas. No obstante, parece muy dudoso que se trate de invenciones creadas en un determinado momento o para un determinado propósito: creemos que se trata de interrogantes universales y atemporales que no han dejado de acompañarnos y probablemente su propio planteamiento nos define como seres humanos conscientes. En este sentido, estamos siendo testigos del nacimiento de una inteligencia artificial, no humana, que puede almacenar información, distinguir objetos reales, seguir algoritmos –entes inventados–, incluso puede inventar, pero, mientras no sea capaz de hacerse preguntas existenciales no podrá, a nuestro juicio, calificarse de consciente.

Por ello, sin pretender aquí atribuir a los entes abstractos la naturaleza de entes reales arquetípicos y representativos de la esencia de los entes sensibles, al estilo de las ideas platónicas, si consideramos que se trata de conceptos unidos estrechamente al pensamiento consciente: cualquier persona, ya viva en una bulliciosa ciudad o en la isla más remota, en el siglo XXI o en los albores del pensamiento abstracto, ha podido cuestionarse o reflexionar sobre ellos en algún punto de su existencia y ha buscado, casi siempre, una palabra –abstracta– con la que designarlos.

Contexto de los entes inventados

Las sondas Voyager lanzadas al espacio en 1977 son los objetos inventados por el hombre más lejanos a la Tierra. Siguen vagando por el espacio sideral y transportan en su interior mensajes grabados en discos de oro que retratan la diversidad de la vida en nuestro planeta por si en un lejano futuro cayeran en manos de una inteligencia extraterrestre. Entre su contenido se encuentran imágenes de hombres y mujeres, animales, plantas, planetas, células, aeropuertos, trenes, grabaciones de saludos en distintas lenguas, piezas musicales –de Bach y de Beethoven, pero también de Chuck Berry–, mapas, fórmulas matemáticas y demostraciones de acciones, entre otras, comer y beber.

Así, las mentes científicas más brillantes del momento consideraron que una inteligencia no humana podría llegar a comprender el significado universal de las matemáticas, apreciar la complejidad de un ser vivo o la avanzada tecnología asocia-

05. Estamos seguros de que esa inteligencia no humana compartiría los interrogantes más profundos sobre el origen del universo y el sentido de la vida, aunque no haya una mención en los discos.

da a una gran construcción, incluso quizá podría admirar la belleza o la armonía de la *Quinta Sinfonía*. Todos los conceptos contenidos en los discos de oro se designan con nombres comunes, son objetos concretos o entes abstractos⁵, pero no encontramos ningún ente inventado. No contienen ninguna mención a Estados Unidos, la NASA, la Reserva Federal, Nike o el dólar, y es que cabe asumir que no tendría ningún sentido hacerlo. No podríamos trasladar ningún tipo de mensaje directo a un alienígena, por muy inteligente que fuera, con esas referencias.

Los entes inventados tienen significado en un contexto. No son conceptos universales, difícilmente pueden replicarse fuera del mundo en el que vivimos y el motivo es que identifican entes intangibles inventados por decisión o conveniencia de una persona o grupos de personas en algún lugar y momento concretos.

Utilidad de los entes inventados

Los entes inventados han resultado de enorme utilidad para el desarrollo de la civilización ya que responden a representaciones mentales compartidas por un número ilimitado de individuos, más allá de las personas con los que tenemos contacto directo y por ello sirven para unir voluntades a gran escala y ayudar a perseguir objetivos comunes: todas las organizaciones, en general, los países, las empresas, las marcas, los partidos políticos, las ideologías, las instituciones... son reales, no son ficticios, forman parte de nuestro acervo cultural, han contribuido a nuestro nivel de desarrollo, han dado forma al mundo en que vivimos y, en muchos sentidos, lo han ordenado, dotándolo de estructura y organización. Esa estructura ha permitido un intercambio de ideas que es el verdadero motor del progreso.

Pueden ser sujetos con capacidad jurídica, con derechos y obligaciones, gozan de un enorme valor simbólico y sentimental y tienen mucho más impacto en nuestras vidas que casi cualquiera de los elementos objetivos que nos rodean. Y ello a pesar de que son puro resultado del ingenio, no están ligados a nuestra naturaleza como humanos ni dan respuesta a preguntas existenciales, no se encuentran en la naturaleza, ni tan siquiera como entes abstractos. Sorprendentemente, se trata de entes intangibles con consecuencias absolutamente tangibles.

Contingencia de los entes inventados

Por definición, todos los entes inventados son contingentes, es decir, son teóricamente prescindibles, ya que hemos vivido sin ellos en algún momento y son instrumentales, ya que fueron inventados para servir un propósito. Sin embargo, la repercusión de los entes inventados en la rutina de nuestras vidas ha alcanzado tal magnitud que en ocasiones se presentan, equivocadamente, como un fin en sí mismos, ideales, abstractos, inmutables, perfectos e imprescindibles.

En esas condiciones, es fácil caer en posturas dogmáticas para las que cualquier discusión sobre sus atributos se considera un síntoma no ya de herejía sino de locura. Además, como hemos visto, el propio ente inventado tiene instrumentos a su alcance para defenderse. Puesto que los entes inventados necesitan que la sociedad crea en ellos para subsistir y son sujetos con poder y derechos, pueden promover y premiar a quienes con más fuerza y convicción confían en ellos, en un proceso que se retroalimenta.

Como consecuencia de lo anterior, en la sociedad del homo inventor abundan los entes inventados y sujetos con alta capacidad de inventar, crear y hacer creer. En algunos casos, este proceso puede llevar a la idealización del ente inventado.

Supervivencia de los entes inventados

Al igual que los memes,⁶ las unidades teóricas de información cultural transmisibles de un individuo a otro, los entes inventados existen porque en un

06. Richard Dawkins define los 'memes' como unidades culturales autorreplicantes que son capaces de evolucionar. 'El gen egoísta'.

momento determinado fueron útiles para un determinado propósito, generalmente vinculado al desarrollo de una determinada organización, y han pasado a formar parte de nuestra cultura.⁷ No parece casualidad que la explosión de crecimiento económico y desarrollo demográfico, junto con la mejora en los indicadores globales de calidad de vida experimentados en los dos últimos siglos haya coincidido con la proliferación de entes inventados. Una parte importante del mérito de esta mejora debe atribuirse a las invenciones técnicas -entes objetivos y tangibles- proporcionados por los avances científicos,⁸ pero no debemos obviar que esos avances habrían sido imposibles de alcanzar sin la organización que proporcionan los entes inventados. La cooperación a gran escala es la responsable de casi todos los grandes logros de la humanidad alcanzados desde la revolución industrial. El más brillante de los científicos en una isla desierta e incomunicada no sería capaz de crear por sí mismo ni el más básico de los componentes del más primitivo de los artilugios tecnológicos... ni tendría motivos para hacerlo.

Sin perjuicio de lo anterior, conviene tener presente que el hecho de que un ente inventado perdure demuestra esencialmente que su propio diseño favorece su perdurabilidad, como cabe predicar de los *memes* -y de los genes-, pero ello no es garantía de perfección. Al igual que la herencia genética y de manera mucho más notoria, ya que se multiplican con mayor velocidad, resulta tautológico afirmar que sobreviven los *memes* o ideas que mejor se replican, pero de ello no cabe concluir que se replican necesariamente las mejores ideas.

Gigantes o molinos

Como hemos apuntado, el hecho de que el *Homo inventor* sea capaz de inventar entes que proporcionan una utilidad o contribuyen al intercambio de ideas o a mejorar el nivel de vida es indiscutiblemente provechoso, y cabe confiar en que siga siendo así, ya que su crecimiento acompaña al de la civilización. El problema reside en la idealización del ente inventado, olvidando su función, cediendo al autoengaño o cayendo en el fanatismo y atribuyéndole atributos como necesidad, irreversibilidad, objetividad o inmutabilidad.

Resulta pertinente recordar qué puesto que ningún ente inventado es irreversible, es necesario un esfuerzo por proteger aquellos que benefician a la sociedad y están amenazados. El ejemplo más claro es la democracia, una invención genial que proporciona el mejor marco conocido de convivencia y que puede deteriorarse si nos limitamos a confiar en la inmutabilidad propia de entes abstractos. Esta confusión es más perniciosa en un momento en el que son necesarias altas dosis de realismo para hacer frente a los retos globales a los que nos enfrentamos: desastres nucleares, crisis climáticas, nuevas pandemias o los retos de la IA, son riesgos reales, no inventados, que constituyen una posible amenaza para la humanidad en su conjunto. Por ello, necesitan respuestas globales que difícilmente resultarán eficaces si no están basadas en algún tipo de consenso, sustentado en interpretaciones mínimamente racionales y compartidas de la realidad.

Veámoslo con algo de perspectiva. Mientras la ciencia nos ha ayudado a conocer el mundo que nos rodea y mejorar nuestro nivel de vida, la mayoría de los conflictos que tienen lugar hoy en el mundo a gran escala no tienen, en esencia, una justificación objetiva. Nuestros ancestros probablemente luchaban entre sí por el acceso a comida o al territorio. Actualmente, lejos de las peores previsiones malthusianas, el número de personas con las necesidades básicas cubiertas es el mayor que haya conocido la historia de la humanidad, de modo que los motivos para la guerra deberían haberse reducido. No obstante, los conflictos continúan y la mayoría hunde sus raíces en creencias en entes idealizados que, cuando se utilizan como ariete, dan origen a sentimientos identitarios excluyentes, luchas de clases o de razas, extremismos o ideologías radicales. Probablemente estas creencias han provocado enfrentamientos tribales

07. Se ha dicho de la cultura que es "el conjunto de la información no genética". Lotman, J. y Ja, 'Semiótica de la Cultura.'

08. Probablemente el descubrimiento más importante del pensamiento científico es que hay cosas que no sabemos.

desde antiguo, pero en un mundo hiperconectado solo contribuyen a construir muros -tangibles o intangibles- cada vez más visibles.

Cuando dos entes inventados luchan entre sí, las víctimas son personas reales. Incluso cuando una persona lucha contra un ente inventado la única víctima posible es la persona, como le ocurrió al pobre Don Quijote en la “espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento” y en otras andanzas hasta casi el final de sus días.

No obstante, justo antes de morir, se recobró de su locura, abominó de “historias profanas” y exclamó que tenía ya “el juicio libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia”.

En un mismo proceso, sabedores de que todos los seres humanos son dignos e iguales, conceptos abstractos pero no inventados, es posible que en el futuro los *Homo inventor* crean más en las personas y en sí mismos y dejen paso definitivo al homo sapiens.

CLUMSY

2ND PRIZE STUDENTS & ALUMNI

I am a clumsy girl
I fall head-first
Into pot holes
And plot holes
Into love
And into friendships

I stumble over my own feet
Over guilt
For not trying hard enough
To do everything that
needs be done

I trip on plans of road trips
And reading by warm tea
While ships rock the sea
I lose myself in streets
And song repeats
And pipe-dreams

I cough up laughter
Cough up anger
Cough up fear, but not
surrender
I mourn for lives I have not
lived yet
That I claim I am so dead
set
To go out and achieve
(I know not what I'm doing

Not more and not less
Than anyone else

So I just keep trying
To build myself
Some wings for flying

But wax melts easy
And the sun's so close

Ljubica Ognjenović [SRB]
Bachelor in Communication
and Digital Media

3RD PRIZE STUDENTS & ALUMNI

Stefanie Ries [ITA]
Master in Business
Administration

The fall back down is grandiose

I enjoy the view
Of the world spinning

While I stand frozen in a spot)

CLARITY

There is beauty in the shadow
Thus there is none without light
Symbiotic and codependent
Inevitable and compulsory
Mutable and inconsistent
The beauty lies in the unknown
Portrayed in all the shades of what could be
And all the forms that will be
Resigned deep inside with something that once was

There is beauty in the shadow
Beauty in the darkness
Thus without it there can't be light
There is beauty in the unknown
Endless possibilities
There is beauty even when thought there is none
There is beauty inside
Projected through the shadows by the light
There is beauty and there will always be
All one has to do is want to see

HAPPENSTANCE

1ST PRIZE

FACULTY & STAFF

María Eugenia Marín [USA]
Vice Dean of Global Academic
Partnerships / Office of
the Provost

With every breath,
I search for you.
Restless,
I shout your name
to the winds
and summon the gods
to reveal you.
In silence,
I see you
in the depths of the sea
In a butterfly's wing
In my own reflection.
You are there, I know
As sure as the moon
dances among the stars.

STARDUST

2ND PRIZE

FACULTY & STAFF

Álvaro Navarro de Andrés [ESP]
Professor / IE Business School

Will I die
with my life still in me?
Will I walk
broken, face down, as if pulling a plow?
Will I drive
nowhere, aimless, with my foot on the brakes?

Or.....

Will I dare to stand tall,
as my best friend and companion?
Will I embrace every instant,
and savor every second, as if it were the last?
Will I follow my lead,
chin up, shoulders back, marching into the future full of
hope?

Come on, wake up, you fool!
Look yourself in the mirror!
You are made of Stardust!
What else do you need,
to speak your truth,
to shout out loud,
to sigh in silence,
full of wonder?

THE OCEANS OF THIS

3RD PRIZE

FACULTY & STAFF

Meag Gardner [USA]
Content Creator / Content
Marketing

oh impersonal sea
and for free in the end
how I critique your feeling
and make sure you are you
why is the tide of the
world in a bit more than a
year or two
ambivalent waters
are a good place to start
the oceans of this of this
of this
are the only ones I know of
that are not used.
dip your toe in the end of
the season and take a look
at the same dream.
let it swim
unnamed
in peace.

SHORT STORY

STUDENTS & ALUMNI

1ST THE SACRIFICE OF ISAAC
Aaliya Mithwani

2ND HYPERTHYMESIA
Sophia Klonis Casanova

3RD THE ORCHIDS
Gergana Papazova

FACULTY & STAFF

1ST SEVITA SINGS
Ashton Lewis

2ND COVENANT
Ashton Lewis

3RD SWEET RELISH
Jorge Cortes

P. 90

THE SACRIFICE OF ISAAC

1ST PRIZE

STUDENTS & ALUMNI

Aaliya Mithwani [USA]
Bachelor of Laws

Isaac is laid on the stone, hands dutifully behind his back and crossed at the wrist. He doesn't need to be shackled; he feels the weight of his father's need, knows the necessity of staying easy and pliant. He is a good son, his father is a good man. He forces his trembling to ease, to soften this impossible task for his father.

The truth, though he would never speak it, is that he does not want this. He does not want his father's sharpest knife to press into his skin, to make a warm, ugly home for itself inside of his body. If there was a choice, if there was any choice at all, he would turn to face his father and beg. He wants his father to save him.

Is it a sin for a boy to need his father?

Isaac's eyes close. It isn't his place to wonder.

The bottle smashes into the wall and shatters, sending glass cascading to the floor. Isaac hides his wince and keeps his breaths steady. Their eyes meet across the room.

Dad freezes, deer in the headlights, and he opens his mouth but it snaps right back closed without so much as a breath in between. There's nothing to say, nothing that could soften the blow.

Isaac gets down on his knees to pick up the bigger pieces, bare hands careful around the edges. He cradles the shards and tosses them right into the trash. Blood runs down his left leg, dirty, warm, wet. It's stopped up easy with a paper towel and he's sure that he can't even feel the sting of it. He can't feel a thing.

He mops after sweeping, because you really can't be too careful with broken glass. He cleans it well. He fixes what's broken.

Dad doesn't come home until the early hours of the morning, and Isaac can feel the moment cracking with pressure. He should have slept. He should have left the glass where it lay and locked his bedroom door for the night. But he waited up *like a good son* and he's stuck waiting in the living

room when Dad stumbles in. He smells like alcohol and stale sweat. He's heavy on Isaac's back when he loses his footing and Isaac has to catch him.

His eyes are closed the second he falls into bed, maybe sooner. It's up to Isaac to bend down and grasp each shoe from the back. He pulls them off roughly, doesn't bother to unlace them. His little rebellions. This earns only a soft grunt for each shoe. He strips off the socks, too, leaving Dad's feet pale and vulnerable on the old sheets.

The belt comes off. The jeans. He'll sleep comfortably through the day, Isaac makes sure of it.

The sun rises around them. Isaac hasn't felt so awake in years. He sits on the edge of his father's bed and watches the walls turn golden, then stark white. He picks at the scab on his left knee until it bleeds.

A hand on the back of his neck, pushing him down. Dad pulls his head back by the hair, hand tangled in thick curls, and the knife meets the skin of his neck.

In that moment, Isaac is saved.

A lamb's blood is spilled in his place. He is saved. Tears run down his father's face when he sees the miracle. His son is saved. All this violence, and only the lamb lies on the stone with its small head tipped back, soft neck open and exposed.

Isaac wants to cling to his father, to beg for comfort. But all he can do is curl in on himself on the floor. He's alive. He has to walk home a step behind his father. He has to live with this.

He will never be able to look into his father's eyes again.

A hand on the back of his neck, pushing him down. Dad doesn't mean to do it. And then the pressure lets up, he is released, and Isaac feels himself come to life again.

Dad leaves the room. Isaac can hear him pattering around downstairs, grabbing a beer from the fridge and turning on the TV. Isaac isn't ready to stand up yet, so he doesn't. He shouldn't have stayed. All these years, weeks, the morning, he shouldn't have stayed. He wonders what it would feel like to walk out.

Years of his life down the gutter. Spitting in the face of family, of the father he loves, the memory of his mother. (She didn't know how to walk out either.)

He doesn't walk out, because it was never really an option in the first place. He has always been here, and he will always be here.

He sits up and rubs at the bruises on his knees, 'cause no matter how long it takes his body just doesn't want to forget. The day was wasted after Dad had slipped into the house, and now the dark, dusky light filters through the half-drawn curtains.

Isaac pulls himself together and goes downstairs. He grabs himself a beer from the fridge. He sits on the living room floor with his back to the sofa so he won't have to look at Dad. They don't speak. It's easier this way.

There's nothing more to be said.

HYPERTHYMESIA

2ND PRIZE

STUDENTS & ALUMNI

Sophia Klonis Casanova [COL/PRT]
Dual Degree in Philosophy,
Politics, Laws and Economics
& Data and Business Analytics

*Hyperthymesia: Highly superior autobiographical memory (HSAM)

"We are only as blind as we want to be." —Maya Angelou

Prologue

They say it's human nature to turn a blind eye to what frightens us. To tuck it away in a pocket like a crumpled piece of paper, only to open it up again when we think it won't be as scary anymore.

When confronted with an inconvenient reality, your first instinct is to retreat to your own perfect world, a makeshift shelter that protects you from crippling anguish. When you know something others don't, you carry a burden. When what the world wants to hear doesn't correspond with your truth, it will go to great lengths to silence you. But here's the funny thing about the truth: as much as you may try to keep it buried, it always claws its way back up.

Chapter 1

July 27, 2001. The wallpaper is green. No, orange. Orange with green stripes. It is rough to the touch and leaves dusty debris on your fingers. 'Sweet Caroline' is blasting from dad's record player in the kitchen while mom cooks lentil soup. This is our vacation home in the suburbs of Lisbon, it's the day before my seventh birthday.

"Maeve? Are you with me? Earth to Maeve!" Sonya's strident voice jolts me out of my trance.

I was first brought to Sonya's clinic when I was eight, a few days after mom's passing. My earliest memory of this place was reading the words "Dr. Novakis | Psychiatrist," engraved in bold on the door. I remember my body being rooted to the spot, gripping tightly at the handle, lingering at the threshold in silence. My dad is next to me, but he doesn't push or prod. Instead he waits, I wait, we wait.

"Was that another flashback?" she asked.

I nod.

"What triggered it this time?"

I point to the painting nailed to the wall behind her. A Monet replica, *Sunset in Venice*. It is a strange piece of art, a peculiar choice for a therapist's office. Too colourful. It wasn't there the last time I came— I had become far too used to

staring at the plain white wall. But I liked it that way, it helped my mind stay all white too.

She turns around, giving it a cursory glance. “The new painting?”

“Yeah, I’m pretty sure it’s the orange and green strokes,” I reply.

“Ah, of course. Apologies for the sudden change, I forgot to let you know I was redecorating,” she said, her voice tuneless.

Ever since she divorced that bald Tony guy, Sonya’s world seems to have dimmed slightly. I’ve noticed alterations to her routine, trivial yet greatly revealing details; lately, she’s taken to twirling her pen in small circles on her lap while she speaks to me, a dance of anxiety. Just two weeks ago, she positioned her favourite mug—the one with the chipped rim and faded floral pattern—so that its handle faced directly towards me, where she had before always been particular about placing it facing her left side. Three sessions ago, she’d even gone so far as to ask what I’d eaten for dinner, a deviation from our usual topics. And now, this latest redecoration effort is clearly an attempt at redecorating her life, a fresh start. To understand adults, you must pay attention to the details. And I remember them all.

“That’s alright. It was a nice memory anyway. So, Sonya, how’ve you been doing recently, you know, with everything?”. This is a risky question. There is a chance she will notice what I’m doing.

Sometimes I feel bad for her. I’ve never been in love, but surely that’s what it must feel like, rose tinted lenses distorting your perception of reality. You’re in the eye of the hurricane, where time stands still while the rest of the world is engulfed by chaos. My brief romance with Marco from the fourth grade hardly qualifies— that was a pragmatic alliance, not love. In exchange for letting him tell all his friends he had a girlfriend, I received a daily supply of tootsie rolls. But true love, I imagine, is something more profound, and it aches when it’s gone.

“Well, it’s been difficult”, she starts, her eyes fixating on a dark spot on the carpet. I can tell she is speaking but I can no longer hear. My mind has gone elsewhere, I think of the orange and green striped wallpaper of my childhood home.

“But such is life, and things never go the way you want them to”, her voice emerges from the vacuum.

I find it amusing how, most of the time, it is me who does the counselling. She hates it when I analyse her, but asking me not to is akin to asking me not to think of a pink elephant. People are like translucent containers; it takes minimal observation to see that most are empty, going about their days mechanically, their movements devoid of intention. Templates of each other. Some, the odd case, are like glass fogged with breath: opaque, distant, impenetrable. I have a hard time understanding those.

“I can only imagine how hard things must be for you, I’m sure coming to work every day to listen to people blabbering about their problems doesn’t really help much...”

Her expression changes, and I can feel her grave eyes puncture mine. She finally notices, and tries to regain control of the derailed conversation. “Enough of that. I didn’t get a doctorate in psychiatry for a clever thirteen-year-old to use reverse psychology on me, did I?” Sonya likes rhetorical questions. “No, I did not”. She also likes answering them.

“We’re off schedule, open your portfolio and take out two sheets of paper. We’re doing Colour Jotting today”.

I think I’d label Colour Jotting as “most despised” in the list of activities Sonya makes me do when I come here. It involves using various coloured markers to map out the shape of my memories on large sheets of paper. Each emotion, each sound, and each taste associated with a memory is represented by a specific colour, and Sonya says visualising it in this way helps keep my intrusive visions in check. My brain does this weird thing sometimes where it mistakes colours for smells and smells for colours, or shapes for sounds and sounds for shapes. They call it “synesthesia”, and apparently it’s also common in people that suffer from the same disease I do. Its name is long, I never bother to spell it all. I’m also not supposed to refer to it as a disease, but I really don’t see why not; it’s a fitting word for it. I don’t want to remember everything, I just do. Sonya says I’m a clinical miracle, but it all feels so patronising, so condescending. What do they know? We’re only 12, and in moments like these, the loneliness attached to this number becomes too palpable.

I can’t ever focus my mind on one thing. As I jot, my mind wanders to the day I was first brought here. I can still feel how I did when I first tasted the damp air in the room, the air molecules heavy with the stench of stale coffee and fancy perfume. At some point, I eventually mustered the courage to let go of my dad’s flank and step into the room, sit on that peeling bonded leather couch, and look Sonya in the eye for the first time. Except for a few wrinkles here and there, she looked exactly the same. The first she heard of my voice was when I asked her why I was here and what was expected of me. The words that came next were nothing unsurprising, more of the habitual when you grow up with such a rare and puzzling condition: “You are here because your mind doesn’t work the same way as mine. Or any other person, for that matter,” she had said. “Your brain doesn’t dispose of trivial memories like a normal brain does. Your dad tells me you’ve been having nightmares, you’re often lethargic, and you can’t sleep. As you can understand, You need my help to harness those memories, filter them so they don’t consume you. The only way to do that is if you talk.” What had changed, I wondered? My freakish self had existed on this planet for eight complete years, and not once before had the questions about my queer mind been met with medical intervention. Perhaps it was because my mom was gone, and she was the only one to keep me safe from the rest of the world.

I finish jotting and show Sonya my drawing. She notices the heavy use of green and orange and exploits it. “This memory you had when you came into the office earlier. What kind of memory was it?”. I don’t want to respond, I’m bored.

It used to irritate me how Sonya was always so determined to get me to speak, turning me inside out like a used sock. In the past, sessions would start with her interrogating me about progress, recent triggers, depression, thoughts of death. Then, half way through, I’d find a way to turn the conversation around, circumventing that façade of professionalism. I notice that’s been working less and less recently. The divorce clearly hardened her. “Like I said, a good one. My mom was in it.”

Some days, I am brought back to moments I would rather forget. Others, I am transported to tender snippets I would love to return to. Memories that seem so distant, like they belong to somebody else. At night, the sad memories come to me all at once, like a powerful torrent. It’s almost as if my life were a television screen, but the remote is broken.

“Sonya, is it okay if I leave now? I’m sorry, but I have other things to do. And I think we can both agree that I’m helping you more than you’re helping me right now”, I say.

“You’re not God, Maeve. You’re gifted alright, but you’re not some omniscient, all-knowing entity that has seen it all”. Sonya’s stare hardens.

This is not a gift. I’d trade it anyday. But if I can make a self-deprecating joke out of it, I might as well.

“Well, with my perfect memory, I might as well be God”.

To be different is to live in a different world, one in which most of your time is spent swimming in irrational thoughts, day after day. Like a blind person who develops incredible hearing, existing in this way can be likened to developing a sixth sense entirely. You interact with the world differently, and you become more closed off. The imagination becomes your only comfort, sometimes at the expense of sanity. It’s the old cliché: it feels like I’m trying to walk, run, but I’m tethered to the spot by an invisible string attached to my waist. Hard as I may try, my feet are heavy, and I feel disoriented, like I’m losing a sense of direction. It’s like I’m wearing an astronaut suit, it doesn’t let me breathe properly and it doesn’t let me move. Or a treadmill, running as hard as I can to reach the end of it, but there is no treadmill when I look down. I no longer know which direction is up, which is down, right, or left.

I drown in a puddle of my own thoughts sometimes.

To be continued.

THE ORCHIDS

3RD PRIZE

STUDENTS & ALUMNI

Gergana Papazova [BGR]
Bachelor in Philosophy,
Politics, Law and Economics

The air is sweet with the bloom of spring. Between the packed metro and the winding streets of the centre, I find peace in my day when I hear a familiar voice, ringing like golden bells on the other end of the phone: “Good Afternoon!”. My mother’s smiling face on the opposite end of the call. It’s also spring in Bulgaria, so the growing heat makes her skin glow. We talk about everything and nothing at all. How did my day go? Fine. I have a lot of work. I love my Legal Philosophy class: today we talked about freedom of expression. I bought a new book. How was hers? Also fine. She had a lot of work. The dog went to the groomer’s and looked so cute. She’ll send me photos. The car needs to be washed again, pilates is going well and she walked past the old bakery today; the one from when she was a bustling teenager. I miss her, she misses me too. Then we stay like this, silent for a while. You can enjoy someone’s company over the phone, albeit that their warmth isn’t actually there for you to embrace. She begins to tell me a story, a funny thought that crossed her mind. She was buying flowers for a birthday and came across pots of orchids, her favourite flower. When I was around one or two years old, I was a living nightmare. I would hunt down those pretty blossoms and dig my fingers into their sharply scented soil, spraying it all around the living room. Pluck the soft petals and crush them between my chubby fingers, babbling as I continued to stomp around. Right then and there she vowed she would never bring another one of those pots home. Now, almost twenty years later, she has bought herself her very own orchid to nurture. I am laughing and we talk for a little bit more before ending the call.

As I go about the rest of my day there is something that nags me; not too different from a stiff nylon tag inside a shirt. The shirt itself fits fine; perhaps slightly starchy from being washed, and yet the tag begins to prod after years of going unnoticed. I’ve always admired my mother’s love for the flower, and yet it was never unremarkable to me. The absence of scent. The slim vines. Yes, it was pleasing to look at, but nothing more. Orchids are decorative pieces placed in a hotel reception to be fawned over by guests. Nowhere near comparable to lilacs, whose sweet aroma beckons the early days of June. Certainly nothing like the Bulgarian rose; the Damask whose rich oil is sought after. Flowers in their entirety resemble nothing more than a cliché and bear no more fruit than the joy of being received for a birthday or Women’s Day. Their symbolism is so overdone it’s almost a bore. They are a pretty, lovely thing to have and nothing more. So why is it that this particularly plain one lingers in my thoughts after an ordinary call on a normal spring day?

Later that night I am applying my retinol. I use it for acne but apparently it has anti-aging benefits. God-forbid a wrinkle appears on my oval forehead. I am a woman, and on the outside must remain a pretty, lovely thing myself. For as long as people may view my face. Someone outside is playing the accordion and suddenly I am brought back to spring break, recalling how I had left my perfume in Spain. It was too large for my carry-on. Fumbling through my mother’s bottomless bags of creams and serums, my fingers had closed on a

cologne bottle. Tom Ford's "Black Orchid". I shrugged at the scent, sprayed it on, and turned my head as my mother walked through the door. That was your grandmother's. Take it, I hardly use it these days. My throat bobbed. Grief has a funny way of squeezing your shoulders as a sharp reminder of its presence on the days it is tired of simply holding your hand. That same day, I recall, we had repairmen in the house to fix the boiler. It was leaking downstairs. I had to shower at my aunt's house. The guest bedroom is at the entrance, and I had made my way to the spare bathroom intending to finish quickly. As I turned to place my toiletries on the floor, I started. Lined up in front of the window were two rows of purple and white orchids. My aunt waters them regularly. They receive good amounts of sunlight, I could tell by the way their petals curled in a playful manner.

I close my balcony door and shut out these thoughts, returning to my bedroom. Turning off the lights and rolling over, I feel the agitating prodding once more. To hell with this stupid tag. The lights flicker back on and I open my phone. Safari: *What does the Orchid represent?* I am cringing at myself. But I find this queasiness resides after clicking on page after page and seeing the same three words repeated. Strength, Determination, Power. This is what those wily roots are supposed to hold. I have spent the majority of my life studying the women who I hail from fiercely, praying to develop even a morsel of their dignity and resilience. Much of what I know about my femininity is owed to their quiet lessons. The orchid is living proof of their potent power. They tend to this vine. They water their gardens.

There is nothing unremarkable about growing unshakeable roots. There is nothing plain about budding thriving petals. Each one is a fruit of strenuous labour which leaves a dent in life as we know it. Meals, banded wounds, fresh sheets stretched over a bed. Doctors, teachers, lawyers. Mothers, creators, saints. Flowers are a cliché, but celebrating the line of caretakers who throw themselves into nourishment is a far cry from one. The orchids appear every now and again. They are a reminder that wherever I may go, I owe it to those who held me as I took my first steps and braided my hair to be good. To embrace. To create art and grip tightly the kite of my ambitions. To preach my mother's constant reminder: Knowledge is the one splendour that cannot be taken away once possessed. When we neglect the callouses on our women's hands, we neglect our humility. It only takes one person to smear their pride all over the branches of a willow. It takes a line of women to follow and gently remove the stains which remain.

SEVITA SINGS

1ST PRIZE

FACULTY & STAFF

Ashton Lewis [USA]
Coordinator / Campus Life

It was late in the evening when I first came to *Los Niños Perdidos*, an orphanage just outside of Santiago. My mother had insisted I leave the city, on account of all the unrest ripping our country apart, and so I got a job as the groundskeeper in the crummiest orphanage I'd ever seen. I was met at the gate by Padre Manolo, the head of the orphanage, who brusquely greeted me and explained my duties as we walked towards the outbuilding that I was to share with Adolfo, the general handyman of the orphanage and an all-around slacker.

After Padre Manolo left me to acclimate myself to my new home, I lay down and tried to shut out the snoring I could hear coming from the opposite side of the room. I was just on the edge of sleep, in that place between worlds, when I heard a noise wafting in through the window. It was a song, I thought, subtle and low. *Muy bella*, I thought, beautiful, but it unnerved me. I couldn't put my finger on it, but I swore I'd heard it somewhere before. Sleep found me then, and all thoughts of that strange song were driven from my head by morning. Everything, in fact, was driven out of my head that morning. That's the first time I saw *her*.

It was the way the silver crucifix crested her breasts, the way it framed them perfectly, that made me fall in love with her. That and her light brown, twinkling eyes that offset the dreariness of her habit, and her kind, wry smile. It was what I didn't see, what lay beneath the surface of that calm sea that intrigued me, captivated me.

It was the hottest summer anyone could remember, and I'll never understand how Sister Sevita could stand it, being smothered under all that dreary, starchy black cloth, a living mummy embalmed in piety and vows I hoped she wouldn't keep. The other nuns at *Los Niños Perdidos* orphanage dressed in the same way, a flock of sheep for their shepherd, but Sister Sevita was different. She was young and beautiful, smart too, and one time I had the nerve to ask her why she was willing to throw her life away to be a nun in a crummy orphanage outside the capital.

"*Por el amor de Dios*, Guillermo, for faith," was all she'd replied, her hoarse voice never rising above a whisper, and I realized the candles I would light every Sunday for Mass were nothing compared to the torch I was seemingly destined to carry for her.

She'd always wanted to be a singer, she told me, and see the world outside of her tiny coastal village. She said people told her she'd had the voice of an angel, and she even made it as far as the *Teatro Municipal*, the grandest theatre in all of Santiago. It was her accident, Sevita said, that snuffed out those dreams like a candle in the breeze, stripping her of everything she'd ever had and everything she'd ever wanted, all in the blink of an eye.

Unable to sing, she retreated into the arms of her faith and devoted her life to God. I wasn't sure exactly how long she'd been at *Los Niños Perdidos* before I arrived, but I didn't think it long. None of the children seemed to know her very well, and those that did always seemed to regard her with a mixed sense of awe and nervousness. I assumed it was because of her youth and her beauty, evident even under her habit and in such strong contrast to the other sisters at the orphanage.

Sevita never told me what caused her accident. She always changed the subject as soon as I brought it up and unconsciously put her hand up to her throat, so I took it upon myself to ask Madre Rosarita, the head sister at the orphanage.

"Oh that poor girl, *muy lamentable*, such a sad story. It's best not to bring it up, Guillermo. For some, the grief is still too near."

Nobody at *Los Niños Perdidos* seemed to want to talk about Sister Sevita, and even during Mass she seemed to occupy a dark corner all by herself, content to pray in her own little world the rest of us didn't seem to belong to. Her stand-offishness made me even more attracted to her, and instead of being a turn-off, her complete dedication to what she believed in fascinated me. Sister Sevita always prayed at the same time every morning, and I'd often stop in on my way to cutting the grass or trimming the hedges.

"Don't you get tired of praying so much, of always being on your knees?" I'd ask her, sometimes jokingly, sometimes serious. I liked to watch her pray, but I was always disconcerted about why she did it. God, to me, seemed about as important as fake money, a currency that I couldn't spend and a waste of space in my pocket.

She'd always tell me she didn't pray enough, that she was nowhere near where she should be in her faith. I'd always thought she was the most devout person I knew, but I guess doubt eats away at everyone. Some people can make guilt an art form, can even make it into a saint, and I got to witness its canonization firsthand every day.

It was a strange time for all of us. Altamirano had just led his coup and the country itself was changing into something none of us had the experience to deal with. The world outside of the orphanage seemed a place fraught with peril and change, but inside the walls the world seemed to stop and slow down. On certain days, I could swear I'd hear the trees growing right outside of my window, whispering to each other and waiting for the world to end. As the groundskeeper I didn't relish extra foliage, but Padre Manolo always told me that God wanted me to work, that idle hands were up to no good.

Life was quiet there, and Sister Sevita and I would always find time to walk together under the trees every evening. She had to know that I was in love with her, I put hints into every single word I spoke to her, but she never let on. Maybe it was God, maybe it was her, but I resented both for repressing what I knew she felt, somewhere underneath all the cloth and oaths and rosaries. Several times I considered leaving, just running away and not looking back. It seemed easier than being reminded every day of what I would never have, of being a slave to a desire that was driving me mad.

On the night I finally decided to leave, exactly a year to the day that I'd arrived, everything changed. The unrest in the capital had spilled out into the outlying areas, right to the foot of the mountain that loomed over *Los Niños Perdidos*. We heard gunshots and yelling, first in the distance but gradually coming closer. Many of the children were frightened, and Sister Sevita and the other nuns attempted to calm them down. Adolfo and I occupied our time by smoking cigarettes behind the rectory.

"*Qué onda?* Do you think they're going to come in here, Guillermo? Those *cabrones* have been shooting at each other for the past week, there's no telling how long we're going to have to listen to this noise."

"*No sé*, Adolfo, I don't know, but I doubt there's anything in here that anyone could want. That's the whole point of an orphanage. No one wanted these kids, so who is going to come and try to take them now? We don't have money or valuables here, and that's our problem. This place is falling apart."

It turns out I was wrong. None of us remember what faction decided to grace us with their company, but around nine o'clock at night a harsh, echoing knock was heard throughout the orphanage, and angry voices emanated from the other side of the gate. Padre Manolo was livid, shouting about the sanctity of the orphanage and how no one had any respect for the clergy anymore. I came up to the gate with him, curious as to what he would do in the face of angry militants. He didn't disappoint, screaming until he was red in the face. His spit-flecked tirade fell on deaf ears, however. He had stopped to catch his breath when the leader of the militia hit him square in the face with his side-arm, and Padre Manolo flew back, a stream of blood erupting from his face.

Guerillas streamed into the orphanage, impregnating our peaceful space with their noisy, aggressive presence. Padre Manolo lay on the ground, cradling his nose. Adolfo and I were herded along towards the central building where the nuns and children were cloistered, praying to be delivered from whatever evil these men had planned for us. They were haggard and obviously desperate. They forced all the nuns and children into the central courtyard and lined us all up, keeping their guns pointed at us and glaring with their cold, hard eyes.

Amid all the crying, praying and yelling, Sister Sevita walked right through the group of men like Moses through the Red Sea. Like everyone else but me, all the men seemed unnerved by her presence. The man who struck Padre Manolo, the man who I thought was going to kill us all, went white as a sheet when he saw her, and his mouth hung open in a sort of silent scream. Her veil still covered her hair, but her throat was bare and I could see a large, angry red scar that zigzagged its way across her skin. I couldn't hear what she was saying to the man, I didn't want to know, but she started walking towards the grove of trees next to the chapel, a strange grove that never seemed to catch much light, and he seemed compelled to follow her.

I could never say what happened in the shadows under those trees, but the leader of the militia never came back out. Whether he left another way or stayed there, in the grove, is only known to God and Sister Sevita. She never mentioned him afterwards, didn't even acknowledge the night had ever happened, but I saw something in her eyes when I tried to bring it up, a strange mix of triumph and pain. The man's soldiers, sensing something was wrong, had left almost immediately after he went into the trees, slinking back through our gate like so many dogs with their tails between their legs.

Several of the nuns helped Padre Manolo get to the infirmary, while others ushered the children back to their beds. No one talked about what had happened, but I heard many hushed prayers and a slight look of fear in everyone's eyes. I stayed waiting in the courtyard for Sister Sevita to come out, but she didn't. I wasn't going into those trees, so I stayed there a while, until the night got to be too much for me to bear and I returned to my quarters. An already snoring Adolfo occupied the cot across the room, and as I drifted off to sleep, I swear I heard something like a song floating through the night, the faint sound of a woman's voice carried on the breeze.

I saw her the next morning during the early prayer, in her usual prostrated position. The other nuns prayed with her, but as usual none seemed overly in-

clined to have much interaction with her. When the prayers were over, they left quickly and without a word to her or to each other. I found myself alone with her, and she smiled when she saw me.

“*Buenos días*, Guillermo. I’m glad you made it to the prayers this morning. I’ve noticed you haven’t been coming to them lately.” She didn’t mention the previous night, so neither did I, though it weighed heavily on my mind. My eyes went to her throat, now covered by her veil. I could still see the angry red scar there, burning its way through her throat and my memory. Somehow, knowing it was there made her even more beautiful to me. It explained a lot, I suppose, things we couldn’t say out loud but that mattered anyway. I excused myself to go start work and left her there to her own devices.

That year passed like they always do, over before you even have time to think about them. The orphans came and went, some to new homes and some thrust into the world on account of their age. The new children, like the old, always seemed to shy away from Sister Sevita, acknowledging her while keeping their distance.

I didn’t mind. Being alone with her as often as possible was my only motive. She said that the other nuns would frown on us spending time alone, but they never seemed to care. If we passed them on our walks together, they’d always cross themselves and look slightly abashed, but they never interfered with us. We were a world apart, and that’s how I preferred it.

It’s easy to get complacent when things are going the way you want them to, but that’s exactly what I did. I accepted things the way they were, and fooled myself into thinking that Sister Sevita was one day going to fall in love with me, to abandon her vows and live in the fantasy world I had designed for us. Every time she told me her religion was the most important thing in the world to her, I wanted to run the opposite way and never look back; but every time I looked into her eyes, light brown and twinkling whenever they caught the light, I resolved myself to stay, to spend eternity pushing a rock up a hill I would never reach the top of.

On the first anniversary of the night the guerrillas had invaded the sanctity of our orphanage, I heard a strange sound floating through the air as I was walking back to my quarters. It was haunting and beautiful, and made the hair on the back of my neck rise. It sounded like a million sad things transfigured into sound and thrown into my ears, an elegy for life as I had known it and an apology for life as I wanted it.

I followed the sound to that dark grove by the church, the one Sister Sevita and the militia leader had disappeared into that night a year ago. It had always been quiet and dark, but since that night we’d all avoided it. Still, I was compelled to walk into the trees, so beautiful was the voice I heard. It was a woman’s voice, I realized as I drew near, clear and strong and sad, the dying of autumn leaves and the melting of winter snow put together in one amazing voice.

As I crept closer, I recognized the outline of a nun’s habit, soaking in the dark and becoming a part of the night. I couldn’t make out her features, but I intrinsically knew it was Sister Sevita by the way my heart seemed to try to jump out of my chest and onto the ground.

Her voice –it was her voice– seemed entwined with the night, caressing the darkness and cutting through it. I could see the notes, floating through the air like fireflies, little stars burning brightly before fading out. I stood, spellbound, hearing a voice that shouldn’t have been singing, that hadn’t been heard in a long time.

I don’t know how long I stood there, listening to her sing. There was an otherworldly quality to her voice, like it didn’t quite belong in this world, if any. I pulled myself away, somehow; I felt that if she caught me there listening to her, she’d somehow disappear and I’d never see her again. I made it through the trees and was on the path to the outbuilding when I ran into Padre Manolo. We looked at each other, and I could tell he’d heard the song as well.

“*Padre...*” I started, but he cut me off before I could ask him anything.

“No, Guillermo, *no preguntas*. Sometimes it’s better to accept what we don’t understand with faith, rather than to question it. Sometimes knowing takes away from meaning. Learn to accept that and your life will be much easier, *mijo*.”

He left me standing there, feeling stupid and confused. I got back to my room and opened the bottle of *aguardiente* that Adolfo and I kept in reserve. Adolfo kept me company, and I drank enough to be able to block out the faint sound of singing I could hear coming in through the window. He didn’t seem to notice, but he rarely ever noticed things like that. The magic in the world seemed to escape him, just as I was trying to escape it now.

It was morning when I woke up in the chapel, just as the sun began to stream through the windows. I felt like a vampire about to be set on fire. The bitter taste of *aguardiente* and regret were on my tongue, and my head felt like there was a war going on inside it.

“*Hola*, Guillermo!” I looked up and Sister Sevita was standing there, smiling at me, her eyes sparkling.

It was her eyes, really, that captivated me most of all. Those eyes made me fall in love and then held me there, unable to move, unable to breathe. It had ceased to matter to me that we could never be together the way I wanted us to be together. Her religion, her songs, I ceased caring about everything. I was in love with her, inescapably, and I was content to walk around the orphanage with her forever, through everywhere but that one dark grove I never entered again.

Ashton Lewis [USA]
Coordinator - Campus Life

“Who here has never spoken in tongues?”

Brian’s hand shot up before he even thought about it, and he regretted it by the time he’d halfway scanned the room to see who else had been stupid enough to do the same. In a room of about ten preteen boys, it was only him and a tall, sleepy-faced boy with hair like black macaroni who had outed themselves.

“Okay, why don’t ya’ll come up to the front,” said Mr. Wells, the leader of that night’s youth group. The room was small, but each step to the front seemed to take a thousand years. He could feel the eyes of all the other, smarter boys on the back of his neck, boring into the back of his head. Why couldn’t he have stayed quiet?

Brian and the sleepy-faced boy both dragged their feet, trying to will the walk to the front to last until the main church service ended and their parents would come collect them. If Brian could have convincingly moved backwards and out the door he would have, but Mr. Wells wasn’t going to let anyone off the hook so easily.

“C’mon, boys, don’t be shy. The trumpet will have sounded twice by the time ya’ll get up here if ya’ll keep moving like that.”

And there they were, finally, standing facing towards the back. The room full of boys stared at them, eyes wide, a few smirks here and there among the cooler ones, a tense stillness from the more devout.

“Now I want all of you boys to close your eyes and lift your voices up to the Lord. Pray for these two, that they’ll be baptized in the fire of the Holy Spirit.”

All eyes dropped down, the devout murmuring in prayer and the smarter ones squinting through semi-closed lids to see what would happen to Brian and Sleepy-Face. Mr. Wells and his two helpers, all three of them men Brian’s father’s age, closed in on Brian and his mumble-mouthed companion, forming a tight ring around the two boys.

Brian could smell the men’s sweat and cheap cologne, the kind that came in a dark green bottle, and he could smell the bad breath barely masked by Certs and Tic Tacs. He felt the sweaty hands being laid on his head, gently pushing it back but not allowing him any way to straighten himself out. Fifteen plump fingers were pressed on his head, and through the tangle of limbs he could see Sleepy-Face being similarly overwhelmed by God’s legion of basketball coaches and car salesmen.

“Lord, we ask you to enter these two young men, to give them the gift of Tongues...” Mr Wells’ voice was quickly muddled by the droning of the other

two men, and Brian tried to pray along with them, to ask God to set him on fire with the Spirit. He could hear Sleepy-Face doing the same, half-heartedly, and for an instant their eyes met through the arms holding them there in that circle of flesh and spirit.

It seemed to Brian that Sleepy-Face winked at him, his right eye drooping even lower than normal, just for an instant. Then he closed his eyes completely, let his head be pushed back even further and let the two junior men, both built like high school gym teachers, lower him to the floor. Sleepy-Face started loudly speaking gibberish, alternately babbling like a homeless person and ululating like a maiden aunt at a desert wedding. His body shook, twisting and gyrating, looking like an epileptic fighting against the light.

This caused the three men to pray louder, their own voices speaking languages and making sounds unrecognizable to man. The two stockier men knelt by Sleepy-Face, a look of triumph and ecstasy on their red faces. Mr. Wells continued to push Brian’s head back, babbling as loud as he could, but his attention was clearly on Sleepy-Face. Brian felt the hand pressing on his forehead ease up slightly, and as he half-heartedly begged God to enter him he was able to twist around to see what was happening on the floor next to him.

Sleepy-Face had entered a fugue state, disassociated with what was happening around him. He was having a full seizure, his head and limbs repeatedly attacking the floor beneath him, and he foamed at the mouth like a horse being ridden to death. The other boys in the room were staring at him, horrified, any thoughts of prayer forgotten. One or two were crying, their red faces scrunched in terror.

Mr. Wells let Brian go completely and bent down over Sleepy-Face, pushing his beefy assistants out of the way. “Lord, please-” he choked, his voice hoarse and strained. He tried to restrain Sleepy-Face, but he might as well have tried to saddle and ride the wind.

“Mr. Hansen,” he said, taking the beefier man by the shoulder, “you better go and get the nurse quick.” He was speaking English now, all pretense of prayer forgotten. Mr. Hansen seemed to still be somewhere between two worlds, and Mr. Wells shook him harder.

“Condravius,” Mr. Wells shouted at one of the bigger boys, one of the ones who were smirking before the praying started. He wasn’t smirking now. “Go run quick and get Mrs. Petty; she should be in the sanctuary, in her usual spot by the sound booth.” Condravius was fully in the terrestrial world and didn’t need to be told twice to leave. He jumped up, crossed the room and was out the door before Brian could take two steps back towards his seat.

Mr. Hansen was starting to regain control of himself now, a fearful look in his eyes. Mr. Hurley, the third man, was crying as he tried to put a sweater under Sleepy-Face’s head, which was still rapping on the floor like a woodpecker’s beak. Mr. Wells kept wiping foam from the boy’s mouth, muttering softly in what Brian guessed was a prayer for help. Brian heard Mr. Hansen mutter something about “going to call for an ambulance,” then he hoisted his large, beefy frame up and staggered out of the room, his cheap dress shirt soaked through with sweat.

Mr. Wells looked back at the boys, seeming to remember they were there for the first time since the praying started. “You boys pray now, you pray good and hard for Alonso.” The boys looked at him, looked down at Alonso and then at each other. No one said a word, except for a small boy sitting next to Alonso’s empty seat.

“Alonso’s mamma gave him his epilepsy pills before we came, they in his pocket. Auntie Jada said if he starts to feel dizzy, to take one of them pills before he catches a fit.”

Mr. Wells and Mr. Hurley looked at each other for a split second, then Mr. Wells started digging through Sleepy-Face’s pockets. Brian didn’t wait to see what happened; as Sleepy-Face’s cousin was talking he had inched towards the back of the room, past the enraptured, horrified boys, and slipped out the door.

He was walking along the carpeted hallway when he heard shouting and running coming his way. He quickly ducked into an alcove and watched as Condravius ran past, followed by Mrs. Petty and a few other people. He continued until he came to the church’s foyer, empty except for the skinny receptionist and sweaty Mr. Hansen, who were looking worriedly out the window, waiting for whatever help God could send their way.

Brian slipped out a side door and walked around towards the back of the building, the cool night air a welcome change from the steamy, noisy inside of the church. He listened to the cicadas until they were drowned out by the sound of sirens, and the flashing lights of the ambulance out front cut around to even the back of the building.

It was about an hour later when his parents finally found him, and no one spoke during the long ride home. Finally, his mother turned around and looked at him, her sad eyes peering back into the darkness of the back seat. “We should say a prayer for your poor friend.” Brian wanted to say that they weren’t friends, but she had already turned around. He could hear his parents up front, murmuring under their breaths, and as the car gently swayed back and forth across the road he found himself falling into a deep, peaceful sleep.

SWEET RELISH

3RD PRIZE

FACULTY & STAFF

Jorge Cortes [USA]
Project Coordinator / Executive
Education, Lifelong Learning

“Ugh” gasped Gilbert softly, taking in the situation. Poor reception, typical on this stretch of the 605 freeway. 10mph stop-and-go traffic, trudging ‘south-bound’. But this was all ordinary to him, everything in place for a Friday afternoon -except for the video conference; an unwelcome addition. It was important for him to wrap this meeting and be left the hell alone on this highway with those other thoughts he had neglected through the heavy work week.

A few seconds later, the videoconference was now suddenly pristine on his phone screen. A relaxed voice surges, “... that the user experience glitches in the last 12 hours needs to be resolved by QA and PM. Our CS team is saturated. Moving forward, I’ve escalated this to development so they can take their turn on it, but I don’t expect...” Just as quickly, sound and image are lost. Gilbert motions methodically like a bobblehead, in acceptance. A few more minutes it should be over. Seventh meeting today. The previous meetings all touched in some manner or form on the same problem. This final one was presented as a “must-solve”. He knew solving this problem didn’t apply to him. It’s not for his department to solve. It’s just informational, making sure everyone knows the severity of the problem and what’s to be done about it. He had been dutifully tolerant of the regurgitation of information but didn’t need to listen a second longer, especially on Friday at 4pm. He took the exit on Alondra Blvd, making his way to his ex’s apartment. His former pad.

As he inched closer to the apartment, the neighborhood seemed old and worn to him. Like the clothing you’re wearing while you go shopping and you’re trying on a new outfit. You glance through the full-size dressing room mirror at these older clothes before trying on the new threads. You always wonder how it was you once liked these old rags. He’s glad he’s no longer living there. This place always produces the same low-grade jitters. Yet it’s not wholly an aberration. It held something special for him once, but the discomfort was now ever-present... everything in place for a Friday afternoon.

As he is arriving at the bungalow, the reception on his cell pops back in perfectly with pristine image and sound. The meeting just wrapped with no clear resolution other than slightly mitigating measures. Gilbert signs off: “Thanks dudes, keep me posted.” They can let it churn in their heads through the rest of the day, he thinks. For him, it’s Aubrey and the Dirtbags now.

Finding parking in this high-density neighborhood is like winning the Powerball draw. Not happening. Cars seem to have multiplied in this area since he last lived there. He blocks the driveway and honks the horn with a short, quarter-second tap.

“Hola Gilberto”, he is startled by Serafina in the front yard. “She’ll be right out. She knows you’re here. She heard your Ranfla turn the corner.”

“Shit”, he thought. He hadn’t seen her at all. He did not expect her outside, in such proximity. The ex, with water hose in hand, limp and at low pressure - like a drunk taking a leak in a dive bar parking lot – trickled water upon succulents and late-spring flowers....and it wasn’t a Ranfla he was driving. The opposite you could say; his car was an EV. If anything, she heard tires rolling. A unique sound when unaccompanied by a combustion engine.

He forced a smile, looking away though he enjoyed her sarcasm. He didn’t care to look at her mirthless face, (much like his through all of this.) Have it jolt him into old places, situations, what not. He will wait patiently. Small talk only if instigated. This was his mantra with her, post-divorce. Today she said nothing else. Serafina was content with her plants - and he was fine with that. And he kept thinking: how quickly did Aubrey really notice he arrived?

“Hey Dad,” says Aubrey (without looking at her father) as she scurries down the porch steps to the driveway.

“*Hola, Mija!* Let’s scam, the dirtbags are waiting for us.”

She rolled her eyes, plopped into the front seat, blowing a kiss to her mother who waves her free hand slowly, dejectedly. They return the wave goodbye with more vigor, excited about this outing, together.

The Long Beach Dirtbags, college baseball team, was a new thing for them. It was an escape from their old lives. As a family. It was now just the two and not the three. These were newer circumstances but somehow, they had to make it work now, with some glitches here and there. Nearly two years now since the separation, 6 months since the divorce. Adjustments were being made.

They sat behind first base. She, with arms folded, he, drinking a beer and sending some final texts to the team, unrelated to his previous conference call. Typical behavior to the annoyance of Aubrey. He promised a last text - wrapping up the week for his own tech team. The bothered bothering - an endless cycle.

“Is Artie coming by, after all?” he asked, watching the first pitch.

“Maybe. He’s got a lot of studying to do, I think.”

Can’t be midterms, you are all too young. What’s he studying so much for?”

“Well, let’s see... good grades?” She says in condescension. “He wants to get into MIT, become a techie like you. I told you all this.”

He nods in acceptance.

Gilbert liked Artie but felt he didn’t know him well enough. He saw them both getting more serious, and he was hoping he’d make it to the game: A chance to probe him, ever so slightly, without setting off Aubrey’s consternation. He tried to compare his high school relationships to see if Aubrey and Artie’s seemed similar, but his thoughts always drifted to later relationships though: college, post-college, Serafina. Then little made sense and he’d stop thinking about it.

The game progressed quickly. Pitcher’s duel. Many strikeouts, easy ground-outs and scoreless at the bottom of the fourth. Gilbert grabbed another beer mid-inning and observed Aubrey as he walked back to his seat. She was texting vigorously.

“Everything ok?”

Yes. She stopped abruptly.

The tension must be with Artie. She really wanted him to come. Aubrey didn’t need to say anything. He usually read her well; He saw himself in her, refusing to talk about those strong emotions, left in an inner sanctum that never see the light. Bottled up. And he knew to leave it be.

Just as quicky as he sat down Aubrey blurted out “I’m hungry.”

“Sorry, *Mija*, I should have asked you when I grabbed the beer.”

“Yes, you should have.”

“Sure, everything is ok?”

“Yes. I am just going through famine. Can I get a hot dog, please? I want to get up for a bit anyway.”

“Of course, *Mija*,” said Gilbert.

They make their way up to the concession stand, passing bored Dirtbag fans who have taken in nearly an hour of a scoreless game. The organ player tries to stir up the crowd, but it falls flat. The mascot flails its fins and displays its mouthful of sharp teeth, scaring a few, smaller children in the front row. The announcer calls up the first batter for the bottom fourth. The Right fielder for the dirtbags with a .217 batting average. No applause.

Gilbert was now craving one too. He bought two dogs. Standing at the condiments station Gilbert piled on the works. Ketchup, mustard, onions, jalapenos, and atop all that, some sweet relish.

“Here, have some relish, always good with a dog”

“No way.”

“Have you tried it?”

“Dad, why would you eat something that looks like regurgitated pickle. It’s disgusting. I mean who is responsible for it? How can anyone enjoy that? Seems like a punishment, like oatmeal or grits. Makes me feel sorry for your childhood -Forcing this stuff on you. Abuelita let you eat this?” She was getting worked up in that funny way I remember myself doing, some time ago.

“Well, I always liked it, especially at your age. And Abuelito let us eat it, behind Abuelita’s back.”

“Besides, I thought you were born after 1950. Would you like some Jell-O with that?”

He smiled at the comment. “You don’t want any, fine, but watch me enjoy it.” He pumped a generous portion from a gallon container onto the 8-dollar hot-dog as Aubrey looked away making a fake gagging reflex. He did know she disliked relish. It was all a tease, to get a rise out of her. To engage with her. To exchange emotions with her, whatever they may be.

Back in the seat Gilbert tilted his head and takes a large bite from one end of the dog. A small clump of relish slides off, falling on Aubrey’s lap. She is visibly upset, feeling that it was almost intentional. Oh God she says looking away. He looks perplexed and genuinely sorry. He knows she really is disgusted now.

“So sorry, *Mija*. I think I overloaded this dog with too much crap.” He tried to clean the relish but its staining, he can tell. Her jean shorts absorbing the liquid, and that glucose smell, well...

He saw her tear up. It can't be the relish, he thought.

“It's Artie isn't it? That guy, I don't know. C'mon Aubrey, He is self-absorbed, is that what you want?”

“What?” she said, mouth agape, “So, he's not ambitious now? I thought you liked him?”

He rolled his eyes. “I'd like him more if he didn't make you cry.”

“I'm not crying for him. Artie is great. He isn't like those...” pausing, looking for a word “...dirtbags at school... I was thinking about you.” She looked away, towards the right outfield.

“Me?” He doesn't read her well, he thought. Now the situation involved him. Front and center.

Dating, marriage, the birth of his daughter, divorce, dating again. All these experiences rushed through his mind at warp speed. As if his brain was sifting through algorithms to try and find out what about his being - made her cry. Was it a specific incident? Bad father? Bad husband? Bad ex-husband? Bad person in general? He didn't know what to say but some words did come out of his mouth and he hears himself say it in a shaky voice.

“I'm sorry I've put you through all this, *Mija*. I um...” he couldn't say more.

“I'm fine, *Papi*. Really, I am. What about you? Things ok with Angelina? I would really like to finally meet her. I know it may be too soon for you, but you tell me. You tell me when.”

She's nice, *Mija*. I will tell you when. His mind is overloaded. This is learn-as-you-go parenting. He chuckles nervously as his next thought is: when isn't it?

They look at each other for a moment. First real eye contact since they met today. He pats her back. Both smile.

Its bottom of the fifth now. The short-stop is batting. He hits a line drive to left with man on second base. It's an RBI double. The Dirtbags are up 1-0 and everyone is standing, cheering. Gilbert plays the part. He doesn't want Aubrey to sense that his mind keeps running; that he wonders what in hell just happened. Is she really ok? Is she worried about me? He takes quick unassuming glances at Aubrey while watching the game. She is back to normal as if nothing happened. Oh, she is like him he thought again.

The Dirtbags squeaked out a win in the bottom of the 9th. A homerun by the catcher puts them over the top, 2-1.

Gilbert drives back up the 605 northbound. Aubrey is texting, giggling as she writes. His thinking is lucid now, well beyond the drone of some of his meetings, driving on LA freeways, and the mild depression that has stunted him for several months now.

“So next Friday, how 'bout you come to my place for dinner? I'll invite Angelina, if she's not busy.”

“Artie and I are going to that Goya exhibit at the Norton Simon next Friday. Can we try the following week?, I'd really like that.”

“Oh.. yeah. Let's do that.” Gilbert says casually.

Everything in place for a Friday afternoon.

SHORT ESSAY

STUDENTS & ALUMNI

1ST A CASE FOR CHANGE
Lara Güven

2ND DESERTING THE IVORY TOWER: A PERILOUS MOVE
Zyad Feddi

3RD MAZEFLECTION
Janghoon Choi

FACULTY & STAFF

1ST THE DOGS OF WAR
Ibrahim Al-Marashi

2ND TRAVELS IN A NEW LANGUAGE
PaIlavi Aiyar

P. 112

A CASE FOR CHANGE

1ST PRIZE

STUDENTS & ALUMNI

Lara Güven [AUT]
Bachelor in Philosophy,
Politics, Law and Economics

It is commonly believed that every individual that was over the age of 16 during the September 11 attacks on the World Trade Center and US Pentagon in 2001 remembers where they were, when they heard the news. My mother, for instance, recalls that she was working in the hospital in Vienna, Austria at the time, six months pregnant with me. She remembers driving home that evening, worrying, what kind of world she was bringing me into. What a world could this be, in which people intentionally perform large scale acts of violence, in the name of ideologies, picking their victims at random, without regard to the humanitarian tragedies that should follow from this? Could such an individual ever be reformed? Are we not to believe that once someone is a terrorist, he¹ will always be a terrorist?

Identity rarely, if ever, exists in a vacuum. Identity is dependent on groups: (1) the group that fits the same identity (2) the group that opposes this identity, for one defines themselves not only through what he is, but also through what (and whom) he is not. According to state theorist and NS-supporter Carl Schmitt the Friend-Enemy dichotomy is not only desirable, but essential to the creation of a sense of political unity, and every such unit lives off of the desire to combat the enemy. He writes that he who categorizes the world into “die Guten” (“the Good ones”) and “die Bösen” (“the Bad ones”), necessarily believes himself to be part of “the Good ones”, which will one day win this battle and “pacify life on Earth”². Similarly, Plato instructs of the involuntariness of wrongdoings, which is but a result of ignorance. By this argument we understand that what moves an individual to commit a terrorist act, is not a strong belief in evil, but a strong belief that what they are doing is good, and what their opponents perceive to be good is in reality evil. To deradicalize such an individual entails then not only to convince one of disengaging with the organisation or movement, but to change one’s fundamental beliefs of what is good and what is evil. This begs the question: Is man capable of fundamentally changing?

Indian economist and nobelprize winner Amartya Sen found that the root of all evil lies in the lack of alternatives.³ We become who we become, the person committing the acts that we commit, because we have had no other way laid out to us. We are products of circumstances, whose actions are mere reactions to the world we have known.

In his 1914 work *Meditations on Quixote*, Spanish philosopher Jose Ortega y Gasset wrote “I am I in my circum-

01. In this essay I will be using masculine pronouns when referring to this “sample terrorist”.

02. Schmitt, C. (1950). ‘The Nomos of the Earth in the International Law of the Jus Publicum Europaeum’.

03. Sen, A. (2002). ‘Poverty, Evil and Crime’. In N. Benhabib, M. O. E. Sen, & I. Shapiro (Eds.), ‘Identities, Politics, and Rights’ (pp. 41-57). Oxford University Press.

stance and if I do not save it, I do not save myself.” If we are to take the example of a terrorist so as to explain this statement, let us note the following: I, here refers to the mind, for it is the mind which brings forth all action which my body then performs. “My circumstance” here refers to the body, which is but a vessel for my actions. In the case of the terrorist, the “I” (mind) has developed ideas, ideology and convictions the results of which it wants to translate out onto the physical world, for which it requires the body. The body has become a vessel for acts of terror which the mind instilled, approved of and deemed just. While one cannot outgrow this circumstance, that is the body which has performed acts of terror (the vessel remains unreformed), I (the mind) can most certainly outgrow the self that has made this vessel perform acts of terror.

How do we know that the mind is capable of change?

Take the Sapir-Whorf hypothesis of linguistic relativity for instance. The latter theorizes that the language one speaks, and thereby thinks in, influences the way one perceives reality⁴⁻⁵. Studies conducted by professor Boaz Keysar suggest that the ability to speak multiple languages increases moral reasoning and improves memory as well as one’s ability to deal with uncertainty. Upon the evidence of this research, we can understand that to learn a new language, entails learning a new way of thinking. The individual that has learnt a foreign language is a reformed one, for he has learnt a new way of thinking, suggesting that indeed, the mind is capable of change. Of course the man who learns a new language rarely forgets the language he already knew before, but through the habitual exercise of this new language, the reformed mind establishes itself more and more solidly. While of course the mental reformation one undergoes when learning a new language is not the same as those undergone during a deradicalization process, nor does it take up the same efforts, but it does suggest that the human mind can change.

Now that we have established that humans well have the ability to change, let us explore how such change may be brought forth. Three aspects seem crucial: (1) Education, (2) Desire, and (3) Community.

The word ‘education’ stems from the Latin “educere”, meaning to ‘bring out’ or ‘lead forth’. To educate is precisely that, the act of leading one toward knowledge, toward enlightenment. The effectiveness of education as a means to combat terrorism has been proven effective by cases such as the Saudi Arabian “Rehabilitation and Building Program”, which has often been criticized as being too lenient, but ultimately reports a reoffense rate of 0%.⁶ Amartya Sen writes that if we want a man to better himself, he requires broad access to information and education, for this will render him capable of freely choosing his life. For Sen, what qualifies as evil, is the life determined from above, be that religion, the state or customs. Good stems from the free mind, which chooses upon its own accord. This leads us to the next point, desire.

There is no more effective driver for human action than desire. In order to do something, we have to want it, or the associated benefits that come from it. According to psychological findings, the human reward mechanism is structured in a threefold way: what we are exposed to must be wanted, liked and reinforced, thereby activating learning. If we do not want or like what we are exposed to, we will have no motivation to continue pursuing it. Thereby, a terrorist must either want to deradicalize for the sake of deradicalization itself, or for what deradicalization brings with it / entails. One may argue that the latter cannot truly lead to deradicalization, but would merely inspire disengagement. Whether this is the case or not, disengagement is already a step forward. Returning to the factor that is desire, what is most significant here, are push and pull factors. Push factors refer to those aspects related to an individual’s experiences while involved in terrorism that drive them away. Pull factors are outside influences that lure individuals to a conventional social role.

04. Kay, P., & Kempton, W. (1984). 'What is the Sapir-Whorf hypothesis?'. *American anthropologist*, 86(1), 65-79.

05. Cibelli, E., Xu, Y., Austerweil, J. L., Griffiths, T. L., & Regier, T. (2016). 'The Sapir-Whorf Hypothesis and Probabilistic Inference: Evidence from the Domain of Color'. *PLoS one*, 11(7), e0158725. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0158725>

06. RCC (Regional Cooperation Council). (n.d.). 'Why Saudi Arabia's deradicalization program is successful'. Retrieved from <https://www.rcc.int/swp/news/198/why-saudi-arabias-deradicalization-program-is-successful>.

The former create a desire to exit the terrorist organization, while the latter create a desire to enter ‘conventional’ society. Push factors include, among others, unmet expectations, loss of ideology, burnout, and inability to cope with the levels of violence. Pull factors include among others employment and educational opportunities, relatives and the desire to form a family, financial incentives and competing loyalties. For any deradicalization programme to be successful, it must offer attractive opportunities to the individuals entering, thereby creating and reinforcing the desire to reenter regular society. Deradicalization programmes offering educational and professional opportunities, a strong community engaging in proactive dialogue and interaction with individuals of moderate beliefs, and benefits after completing such a programme have been proven to generate higher success rates than those which do not take these initiatives.

During the deradicalization process, it is necessary to keep in mind why individuals join a terrorist organization in the first place. While there are a wide array of reasons which are all personal to each individual, one that is often cited is the feeling of belonging and the community one gains from entering a terrorist organization. In Maslow’s *Hierarchy of Needs*,⁷ “Love and belonging” are third on the pyramid, suggesting the salience of interpersonal connection when it comes to leading a fulfilling life. An individual will be more incentivized to leave a terrorist organization, if a replacement community exists, and meets them with understanding. Primo Levi writes, when confronted with an evil, “we may not understand it, but we can and must understand where it springs from”. This brings us back to Plato, to whom evil is a result of ignorance. If we do not seek to understand, we are complicit in evil.

From here we may draw that while terrorism is indeed a pressing issue which instills fear upon a great deal of individuals and threatens everyday life, reformation is possible. Such a task lies however not with the terrorist alone, but with us too. Our capacity to forgive reflects our capacity to understand. The radical exclusion, imprisonment, and absolute social rejection of a person is no sign of great virtue, but of an intellectual shortcoming, a lack of faith in one’s own human nature. He who cannot understand another, locks him in a cage and seeks to silence his challenging beliefs. If one listened to the challenger, sought to understand and meet them with compassion, one might be astonished to recognize his humanity too. Change is possible, and, for the sake of humankind and faith alone, we must allow change to happen. If I were not granted the permission to even the possibility of change, what incentive would I have to change at all?

07. Maslow, A. H. (1943). 'A theory of human motivation'. *Psychological Review*, 50(4), 370-396.

Bibliography

Cibelli, E., Xu, Y., Austerweil, J. L., Griffiths, T. L., & Regier, T. (2016). 'The Sapir-Whorf Hypothesis and Probabilistic Inference: Evidence from the Domain of Color'. *PLoS one*, 11(7), e0158725. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0158725>

Kay, P., & Kempton, W. (1984). 'What is the Sapir-Whorf hypothesis?'. *American anthropologist*, 86(1), 65-79.

Maslow, A. H. (1943). 'A theory of human motivation'. *Psychological Review*, 50(4), 370-396.

RCC (Regional Cooperation Council). (n.d.). 'Why Saudi Arabia's deradicalization program is successful'. Retrieved from <https://www.rcc.int/swp/news/198/why-saudi-arabias-deradicalization-program-is-successful>

Schmitt, C. (1950). 'The Nomos of the Earth in the International Law of the Jus Publicum Europaeum'.

Sen, A. (2002). 'Poverty, Evil and Crime'.

In N. Benhabib, M. O. E. Sen, & I. Shapiro (Eds.), 'Identities, Politics, and Rights' (pp. 41-57). Oxford University Press.

DESERTING THE IVORY TOWER: A PERILOUS MOVE

2ND PRIZE

STUDENTS & ALUMNI

Zyad Feddi [MAR]
Bachelor in Business
Administration

The Sumerian Creation Myth: The Archetypal Narrative



“When in the height heaven was not named, and the earth beneath did not yet bear a name, and the primeval Apsu, who begat them, and chaos, Tiamat, the mother of them both, their waters were mingled together, and no field was formed, no marsh was to be seen [...] Apsu opened his mouth and spake, and unto Tiamat, the glistening one, he addressed the word: ‘Their way... by day I can not rest, by night I can not lie down in peace. But I will destroy their way, I will...’ [...] Apsu was laid waste [...] Evil she (Tiamat) wrought against the gods her children. To avenge Apsu, Tiamat planned evil [...] And unto Marduk, – their first-born they spake: ‘May thy fate, O lord, be supreme among the gods, to destroy and to create; speak thou the word, and thy command shall be fulfilled. [...] They give him an invincible weaponry which overwhelmeth the foe. ‘Go, and cut off the life of Tiamat, and let the wind carry her blood into secret places.’ [...] Then advanced Tiamat and Marduk, the counselor of the gods; to the fight they came on, to the battle they drew nigh. [...] He overcame her and cut off her life; he cast down her body and stood upon it.”

– *Enuma Elish*, L.W. King Translator (1902)

In his landmark 3-volume history of religious ideas, Mircea Eliade shows how the foundational narratives of mythological traditions congregate around common archetypal motifs. Despite geographical and precultural disparities – the initial spark of creation from undifferentiated nothingness, the male and female primordial divinities (Apsu & Tiamat) symbolizing the interplay between chaos and order, and the birth and triumph of the hero-son (Marduk) to assert and consolidate the act of existence away from the threat of its chaotic origin – make for quasi-universal depictions that unite across most enduring cultures.

The above excerpt follows a typical structure: a primordial state of paradoxical and disordered unity, the spontaneous emergence of an ordering principle, followed by the establishment of a moral order showcased in an antagonistic face-off between the now opposing forces.

The story, however, only reaches its climax – with the victory of Marduk against the degenerating forces embodied in Tiamat – after a multitude of well-meant but vain attempts on the part of lesser divinities. The figure of Marduk is thus set apart as the symbol of a transcendent power. Through his “all-perceiving eyes” and ability to speak the “magic word”, he asserts dominion not only against the threat of destruction but also over his fellow deities, who all proceed to bend the knee before him. The symbolic message is clear: it is only through the power of effective speech and properly informed perception, that we might preserve the cohering order our being depends on.

2ND

DESERTING THE IVORY TOWER: A PERILOUS MOVE

S&A

When Marduk Falls Quiet: Our Ambivalent Perception of the Mind’s Faculty

For all the might of his victory, Marduk’s journey is nonetheless depicted as a hard and tedious process. Despite emerging virtually unharmed from his battle, it still took the failure of an entire pantheon and a promise of subordination for him to deploy his salutary powers. One could view it as a testament to our fundamentally ambivalent attitude towards speech, and perhaps in wider terms, the abstract conceptual faculty we most commonly associate with it. Both sacred and feared, history has proven a reliable witness to attest to the enthralling power of thoughtful and articulate speech – a power alternately wielded in the service of our benevolent progress and the incitement of our darkest and most destructive impulses. The mind might reign supreme, but it is not above struggle.

Thoughtfully composed and skillfully delivered, words can and often do acquire mysterious reification – not unlike what old prophets, alchemists, and other adepts of esoteric practices would ascribe to magical influence. Speeches can tip nations into prosperity and perdition. Myths can inspire the rise of physical and cultural monuments that withstand the trial of millennia. Imaginary musings can stir and calm the most ferocious emotional storms. Indeed, our ability to deliberate and speak produces manifestations on a scale and scope hardly deducible from their seemingly trivial function in our dealings.

In the modern climate, however, the pursuit of such far-reaching questioning appears to meet tighter resistance than it did for our garment-wearing ancestors. The well-spoken intellectual inspired by the knowledge-seeking enterprise is hailed as a cultural hero; yet attempts to emulate him by the starry-eyed youth are often met with contempt and mockery. The rational ideal is hailed as the West’s most prideful achievement; yet we accuse it of undermining our sensibilities by reducing human experience to a cold and heartless search and processing of facts. We praise the virtues of life-long learning and a wide-spanning erudition; yet we scorn the intellectually sensitive as a “nerdy” pretentious dabbler.

From my perspective as a fresh business graduate, I can certainly attest to the rising tide of anti-intellectualism as it more and more pervades the common discourse. One is to prioritize “hands-on experience” and sneer at anything bearing semblance to “high-flown theorizing”. Market trends, competitive pressures, economic fluctuations, logistical challenges, etc. – problems are numerous and require decisive action. What counts is real-world results, not to be hampered by sterile philosophizing. One should learn to do and learn by doing.

It remains, however, as my one-sided friend Pascal says in his *Pensées*: “It is to philosophize than to mock philosophy!”. For all the people who deny the value of arguments and logic – arguments and logic still come in handy to speak for the case. Before surrendering the battle for the intellect to self-refuting rhetoric of that sort; let us stop for a moment and examine the tenants behind this trend.

If the reader will allow me a few preliminary statements – Due to its wide-reaching scope, this work will take the form of an interdisciplinary journey across a variety of fields and will not shy from occasional forays into seemingly alien disciplines. To preserve the exposition from falling into an aimless outlay of disjointed arguments is always a challenge with pieces of this sort. While I did my best to keep it free from irrelevant sidelines and factual inaccuracies, my effort was largely guided by an esthetic purpose and the resulting essay should – consequently – be read primarily for enjoyment. With that, let us now embark on our first destination, in the land of our Hellenistic precursors, on a journey between thought and action, to understand our place in the cosmic struggle between celestial form and material substance.

Early Greek Philosophy: Parsing Between Matter & Spirit

Away from the Fertile Crescent, the ancient Greek philosophers Thales, Anaximander, Anaximenes, and Heraclitus made the first documented attempt to describe the nature of reality outside the realm of mystical speculation. Jonathan Barnes, specialist of the Pre-Socratic era, describes the Ionian Physicists' approach as a form of pre-scientific reductionism. His description emphasizes a recurring attempt to understand observed phenomena via the study of their constituent units, to isolate the most primordial substrate of existence. The correspondence with our modern scientific method is not difficult to establish – with a dedication to freedom of inquiry, the focus on empirical observation, and the attempt to grasp the structure of reality down to more elementary components – as opposed to some holistic heavenly principle. To tie their analogy with our investigation – the spirit rises from matter, but it does not transcend it.

While bound to the primitive technology of their times, the Ionians can still speak to some notable achievements, with Thales's successful – although debated – prediction of a solar eclipse in 585 BC. Although the detail of their arguments falls outside of our scope, we can note an overall adherence to a unified set of premises: there is such a thing as reality, perception can inform us of its nature, and knowledge of it is possible and valuable to pursue.

Farther west – from the coast of modern-day Naples – it is the outright rejection of these claims that the Elatics put forward. Their chief members – Parmenides, Zeno, and Melissus advanced, here in simple terms, a doctrine that essentially rejected the validity of sense experience to the benefit of an early form of rationalism, claiming that knowledge is only possible through the application of logical principles on “sound premises”. The “Way of Truth” (*aletheia*) is set in opposition to the “Way of Opinion” (*doxa*), not unlike the relativist premises that the later Sophists would come to adopt. The Eliatic school, in effect, stood against the primacy of external perception and posited subjective experience as the essential basis for existence.

The subsequent contributions of Democritus, Anaxagoras, and Empedocles made some more or less integrated attempts at synthesizing the progressively opposing trends. For our purpose, it is perhaps the set of ethical prescriptions that grew out of their descriptive and metaphysical claims that better illustrates subsequent intellectual developments. As for their legacy, we can mention the surviving collection of aphorisms by Democritus, the soundness of which I will leave for the reader to judge.

Facts, Knowledge & Ethics: Flow Direction

Centuries went by. Socrates drank from the cup and set the foundational myth of Western philosophy. His successors Plato and Aristotle went on to enact a discussion that is not without semblance with their respective Elatic and Ionian ancestors. The former's theory of forms asserted that our world is nothing but the mere imperfect reflections of a transcendent reality – the “world of ideas”. The latter upheld the virtue of empirical investigation and developed wide and intricate systems to describe the physical and logical basis of our world. The moral systems that each prescribed grew somehow organically from their metaphysical and epistemological positions.

Does reality follow a reliable set of principles? Or is it nothing but a chaotic mishmash of unpredictable dictates? Are human beings up to the quest for truth? Or are they intrinsically beneath it? Should reality stand in support of man to achieve a transcendent ideal? Or should he subordinate himself to self-immolating doctrines? It is perhaps only in response to these questions that one can rule between Plato's philosopher king and Aristotle's ideal of individual and communal virtue.

If reality cannot be described in objective terms, if knowledge of it is impossible, and if human life holds no intrinsic value – to conclude against the possibility of intellectual progress, for the depiction of man as a sacrificial object, and the establishment of a rule by force by the few who do not suffer under the delusion behind the quest for meaning – is not an implausible verdict. If human existence is nothing but a misuse of cosmic resources, then nothing shall be wasted on its contemptible schemes. If any answers to these questions are to be found, it is only in the deepest layers one can probe into.

Form & Substance: Historical Proceeding

“The history of philosophy can be summed up as a duel between Plato and Aristotle.” The phrase, often attributed to Alfred N. Whitehead, can be interpreted along the following lines: the “seed” of modern intellect blossomed in Ancient Greece – first in myth, with Hesiod's Theogony and the Homeric epics – then in back and froth discussion between formalist and materialist doctrines – only for the cycle to repeat, with the advent of Christianity and its subsequent developments. Stoics and Epicureans; Sceptics and Neoplatonists; Franciscans and Dominicans; Idealists and Materialists; Realists and Empiricists; Holists and Reductionists – the body would grow and split, shift and adapt – but the same fundamental antagonism would go on, with two sets of opposing ideas whose interplay would go on over centuries.

While it would be misleading to reduce the entire course of Western philosophy to such a Manichean divide, to probe into fundamental premises necessarily reduces the complexity behind its various postulates. The questions of whether truth is a meaningful construct, and whether intellect is a reliable guide to it – can only be answered in the absolute. Only then can we ascertain the validity and purpose of existence, the definition of which we shall proceed with.

A Metaphysical & Epistemological Interlude: The Original Split

The principle of *identity*, historically coined by Aristotle, defines existence as an act of separation between what is and what is not. To claim *existence* is to claim *differentiation*. A is A; nothing else; and nothing in between. Following this mandate, the three above notions can be seen as a necessary precondition for the diversity of categories. The fact is hardly avoidable: if existence could be expressed equally in a term and its opposite, it could only result in self-annihilating interference. It is not simply that nothing would exist. It is the very framework along which existence can be defined that would be ruled out. Apsu can only emerge from Tiamat, but Tiamat could not “exist” without Apsu. Tiamat is the primordial substrate, Apsu the elementary form, the initial *split* between the possibility of being and its converse.

The possibility for existence can be thus set as the basic premise behind logic – the art of non-contradictory identification. Applied to our case – implicitly or explicitly – if a man is to posit existence apart from the “undifferentiated mass” – it is the ruling one makes on the nature of reality and their corresponding place in it that comes to inform their initial value structure – the content of which setting in turn the direction of their teleological experience. The statement of what to pursue and what to avoid; to pursue along the path of differentiation, or to regress into the primordial substance.

There lies perhaps the most fundamental expression of our case, and perhaps a statement on the nature of opposition itself. Between body & soul, form & substance, value & fact, unity & diversity, order & entropy, creation & annihilation, “*To be or not to be*” – logical, material, human, communal, universal – at every layer of complexity, the unfolding and quest for existence is primarily an act of value – to transcend, to preserve, or to regress. The underlying questions can thus be restated: Is there something real? Is knowledge of it possible? When



combined, our interrogations yield a two-by-two matrix, with each configuration leading to a concomitant philosophical posture.

Nihilistic Solipsism (-;-) & Optimistic Realism (+;+)

In embodied form, to answer both questions in the negative translates into *nihilistic solipsism*: nothing matters, values are arbitrary, and life holds no intrinsic meaning. One can shoot an old lady and smile at the spectacle. Although passionately opposed to nihilistic doctrines, we can refer to the widely popular novel of Albert Camus – *L’Etranger* (1947) – as a telling illustration of this dual negation. The interested reader may find a more explicit argument for the nihilistic statement in the exposition of the Marquis de Sade – whose descriptions gave rise to the term “sadism” – for his attempt to carry the perspective to its fullest expression. The conception stands for the conscious and deliberate negation of existence, the foundation of evil.

Conversely, the affirmative dual-take leads to what we could associate with a form of *optimistic realism*: the validity of existence can be stated beyond dispute, and a criterion of valence can be applied to the evaluation of its subservient phenomena. Part and whole stand in support of their mutual growth and richness, in an ergodic exploration of their respective potential. I have found in my recent discovery of the *Dune* saga by Frank Herbert (1920–1986) a compelling and richly layered exhibition of this archetypal premise – of a balanced interplay between actuality and potential. A non-fictional take on the position can be found in the works of Gottfried Wilhelm Leibniz, whose work I hold in similar esteem. It is the set of propositions we posit when enacting the good in its most universal conception.

Transcendent Idealism (+;-) & Empirical Materialism (-;+)

The *transcendent idealist* position states the existence of an objective reality but denies man’s ability to apprehend it. The value framework flowing from this view is most accurately described by its chief representative Immanuel Kant. In his terminology, reality exists as a *noumenal* substrate that informs our perceptions by imprinting on our *phenomenal* interface. Reality speaks, human listens. The notion of *categorical imperative* is a mere prescriptive translation of the previous dictum. What reality prescribes; humans must unconditionally deliver.

Empirical materialism makes for perhaps the most puzzling outlook – one can know... nothing. In effect, the doctrine has been expressed in a fittingly paradoxical description. If there is nothing – no distinction can be made, no framework of identity can be defined, and no value criterion can be stated. All that remains is the primordial substrate, forever bound to an undefined state of uniform disintegration. Whatever identity rises is to be ruled as an anomaly, and to be hammered back in place. The reader may have identified the tenants of the Marxist doctrine, whose illustrative parallel in communist implementation – with the chief emphasis on radical egalitarianism – echoes its metaphysical and epistemological roots to an almost uncanny degree.

Due to their internally conflictual postulates, neither doctrine is capable of producing a consistent set of criteria from which a moral code would otherwise follow. The consequence is a rule of moral grayness that precludes any delineation between good and evil. Insofar as people would need a coherent hierarchy of values to guide their endeavors and a reliable framework to regulate their interactions, their specification would have to be left outside the rational discourse. It is perhaps in these descriptions that we can most accurately locate the contemporary manifestations. The abdication would go on to unfold, with consequences that – ironically – would not discriminate between practical and intellectual.



		REALITY?	
KNOWLEDGE?	Transcendent Idealism (e.g, Kant) -;+	Optimistic Realism (e.g, Leibniz) +;+	
	Nihilistic Solipsism (e.g, Sade) -;-	Empirical Materialism (e.g, Marx) +;-	

Hume Throws in the Towel: The Turning Point

David Hume severed the last remaining thread between self and reality in his *Inquiry Concerning Human Understanding* (1748), asserting that knowledge was impossible, that no principle could be derived from experience, and that senses were inherently misleading.

Western philosophy would go on to produce a new breed of offshoots based on his epistemological account. His successors in the English-speaking world would straight up abandon the quest for truth. Bentham and J. S. Mill would rescale the ambition of human existence down to a pragmatic game of utility maximization. Wittgenstein would “solve all the questions of philosophy” by reducing the discipline to the analysis of linguistic propositions and prescribing silent omen for anything beyond the mere witnessing and conveying of sensory input. His pertaining school, analytic philosophy, would borrow from mathematical rules and symbols to underpin the study of logic and propositions down to the small minutiae. The act would culminate in 1971, when John Rawls would pull his “veil of ignorance” on the entire knowledge-seeking enterprise.

In the old continent, the German idealists would surrender the mind to an unknowable reality whose dictates were to be heeded without question. Nietzsche would indirectly proceed to identify this transcendent edifice in the name of his “will to power”, for the basis of a passionately incisive but ultimately less congruent set of views. Continental philosophy, as opposed to its analytic counterpart, would flourish in the expression of the existentialist and postmodern doctrines, all based on premises underscoring the primacy of subjective experience.

The time would also witness the rise of the modern social sciences: psychology with S. Freud decreeing that man was not the master in his own house; sociology with E. Durkheim who transposed the understanding of human dynamics to a social superstructure acting through retroactive influence; anthropology with F. Boaz, who introduced the idea of cultural relativism, holding that a culture could only be evaluated in relation to its own values and rejecting the legitimacy of transcendent reference points in their classification.

Even though the tone might suggest otherwise, none of the above statements is to besmirch the contributions of these figures. One does not besmirch Hume, Freud, and Nietzsche in a mere paragraph and presume their entire legacy to be unworthy of study. Their works are deep, valuable, illuminating, and well worth the time one can dedicate to their understanding. It remains, however, as I hope this work has clarified at this stage, that the fundamental underpinning of their various postulates – the impossibility of reconciling value and fact – has been largely dictated by the discordant premises of their predecessors. Premises that, as we have seen, could simply not fulfill the moral prescriptive role that a civilization normally counts on as part of its philosophical foundation.

The progression from Kantian Idealism to the rule of our lives by an unfathomable unconscious/social structure/class-gender-culture-race consciousness – is not difficult to identify. In similar fashion, Hume’s inductivist knowledge forbidding musings are not without parallel in today’s quasi-mystical reverence for all things data-related and their scouring that substitutes the effort of causal understanding for a search of blind “correlations”. Explanations are of no use; all one can do is predict and react to whatever is taking place.

Just as the above conclusions flow from their premise, most of the complexity underlying the development of worldly issues – from politics, culture, industry, education, and art – can be traced back to the influence of a few decisive intellectual moves. “It may work in theory, but it would fail in practice” we got from Plato. “I cannot say why but I know it’s true” we got from Kant. “No one can know anything for sure” we got from Hume. “I could not help it, no one is

perfect” we got from Saint-Augustine. “Look on the bright side. It could have gone worse”, we got from Bentham. “Down with the patriarchy!”, we got from Derrida. All these utterances find their root in acts of intellect; acts that go on to dictate the entire proceeding of our existence as individuals and communities.

A philosophical doctrine is the primary ground from which the cultural edifice can grow. It is not an inconsequential game of circular reference, as so often presumed. Philosophy determines not only the content of basic intellectual discourse but the entire flow of theoretical and practical endeavors proceeding, from constitutional norms to ear-catching sound bites. All the way downwards, the politician gets it from the philosopher. The industrial gets it from the politicians. The worker gets it from the industrial. And society either thrives or suffers the consequences.

Fashionable Nonsense & Modern Corporate Culture: The Modern Climax

The high priest walks into the edifice. A helper ignites the fire. Monks and novices are nervously pacing around the temple. Bearers are anxiously waiting in their quarters. Friars, priors, and abbot are engaged in a strange ritual called a “meeting”. The monastic order has been up all night. All must wear the habit – scapular, cincture, and for friars upward, a peculiar air-restraining collar called a “necktie”. The ceremony must begin. The all-mighty “customer” has been wronged. The gods demand retribution. A helper displays the sacred figures – “KPI metrics”; “Financial forecasts”, friars and priors recite the incantations: “We must stand by the standard procedure”; “Our communication plan for data-breach events has been rolled”; “Ongoing PR monitoring”; “Media-coverage and market-sentiment report”. The meeting is adjourned, for now...

While it is certainly tempting to go on this humorous undertone against my soon-to-be collaborators, it would be admittedly dishonest to dismiss the case of the corporate world with such a laughable sleight of hand. Outside the spheres of policymaking, industry and academia are arguably the places where most of our collective endeavor congregates and offers perhaps the most striking embodiment of the mind-body split as the pattern has been recurrently applied along our survey. For the wealth of historical and factual developments it provides, management – as in the art of coordinating collective efforts and resources to get a task done – will be the initial focus of our discussion. In that respect, a brief exposition of the main theoretical contributions that gave rise to the field appears to be due.

Our story begins in early 20th century America with Frederick Taylor, a trained engineer and spiritual father of the management discipline. In his chief account, published in 1912 – *The Principles of Scientific Management* – he defined the manager’s role in the efficient handling of workers, as carriers of processes to optimize. According to his thesis: roles were to be clearly specified; redundancies eliminated; and no worker was to stray from their assigned duty. Measures of productivity had to be captured in quantifiable metrics and output predicted with numerical formulas. The worker was depicted as a material tool whose value and purpose could be reduced to one set of dimensions.

Suited to the need for effective and cost-efficient production, many practical and theoretical developments would proceed from his ideal of framing management in rigorous standards – from ability-based recruitment, assembly-line work, the division of labor, the supervision of employees, and the enforcement of standardized methods and procedures – many of which still underlying the mainstream practices of modern corporations.

“You’re not paid to think. Shut up and do your job”. While it has grown somehow fashionable for modern commentators of corporate practices to start their customary rejection of Taylorism by summoning this quote, the statement does illustrate the procession from its implicit postulate. The manager speaks; the worker executes; Kant and Bentham smile through the veil.

In the 1930s, Elton Mayo, psychologist, and sociologist, proceeded on the opposite tangent, speaking of the necessity for organizations to cater to the human dimension of their workforce. The common welfare was to be set as the necessary and sufficient criterion for a successful productive enterprise. Beyond consideration of individual attributes and contributions, his theory frames the labor force as a unified whole whose understanding could only occur at the collective scale. Under the influence of his humanistic precepts, the focus of organizational dynamics would progressively morph into a peculiar hybrid of traditional efficiency-driven norms and more human-centered cooperative models. While he advanced the notion that employee satisfaction improves productivity, by emphasizing the human dimension primarily in terms of its utility to organizational outcomes, Mayo’s work merely repackaged the split.

The following quote by Matthew Steward, a philosophy graduate who turned to the management consulting profession, provides an insightful description of the outcome in a workplace setting:

“Talking in this way had become easy for me. As a consultant, I’d picked up the habit of talking—just talking, endlessly, from whatever point of view would keep the conversation going. The longer we talked, the more we billed. Sometimes when I talked it felt like an out-of-body experience, as if someone else were doing the talking. It was as if my mind had turned into a blow-dryer: with a flip of the switch, hot air and noise spewed out of my mouth, while the rest of me walked away” — Magic words indeed...

Bibliography

Aristotle. 'The Complete Works of Aristotle: The Revised Oxford Translation'. Edited by Jonathan Barnes, Princeton University Press, 1984.

Barnes, Jonathan. 'Early Greek Philosophy'. Penguin Classics', 2001.

Barnes, Jonathan. 'The Presocratic Philosophers'. Routledge, 1982.

Bentham, Jeremy. 'An Introduction to the Principles of Morals and Legislation'. Dover Publications, 2007.

Boas, Franz. 'The Mind of Primitive Man'. Macmillan, 1911.

Camus, Albert. 'L'Étranger'. Gallimard, 1942.

Derrida, Jacques. 'Of Grammatology'. Translated by Gayatri Chakravorty Spivak, Johns Hopkins University Press, 1997.

Durkheim, Émile. 'The Rules of Sociological Method'. Free Press, 1982.

Eliade, Mircea. 'A History of Religious Ideas, Volume 1: From the Stone Age to the Eleusinian Mysteries'. University of Chicago Press, 1978.

Freud, Sigmund. 'The Ego and the Id'. W. W. Norton & Company, 1960.

Herbert, Frank. 'Dune'. Chilton Books, 1965.
Hume, David. 'An Enquiry Concerning Human Understanding'. Oxford University Press, 2007.

Kant, Immanuel. 'Critique of Pure Reason'. Translated by Paul Guyer and Allen W. Wood, Cambridge University Press, 1998.

King, L. W., translator. 'The Seven Tablets of Creation: The Babylonian and Assyrian Legends Concerning the Creation of the World and of Mankind'. Luzac & Co., 1902.

Leibniz, Gottfried Wilhelm. 'Philosophical Essays'. Translated by Roger Ariew and Daniel Garber, Hackett Publishing Company, 1989.

Mayo, Elton. 'The Human Problems of an Industrial Civilization'. Macmillan, 1933.
Mill, John Stuart. 'Utilitarianism'. Batoche Books, 2001.

Nietzsche, Friedrich. 'Beyond Good and Evil'. Translated by Walter Kaufmann, Vintage, 1966.

Plato. 'The Complete Works'. Edited by John M. Cooper, Hackett Publishing Co., 1997.

Rawls, John. 'A Theory of Justice'. Harvard University Press, 1971.

Russell, Bertrand. 'A History of Western Philosophy'. Simon and Schuster, 1945.

Sade, Marquis de. 'Justine, or the Misfortunes of Virtue'. Grove Press, 1965.

Saint Augustine. 'Confessions'. Translated by Henry Chadwick, Oxford University Press, 1991.

Stewart, Matthew. 'The Management Myth: Why the Experts Keep Getting it Wrong'. W.W. Norton & Company, 2009.

Taylor, Frederick Winslow. 'The Principles of Scientific Management'. Harper & Brothers, 1911.

Wittgenstein, Ludwig. 'Philosophical Investigations'. Translated by G. E. M. Anscombe, Basil Blackwell, 1953.

The words “Go back to your country!” hung in the air, sharp and cutting, echoing around me. As they resounded in my ears, a mix of emotions washed over me, a forced smile crept across my face, masking the confusion that welled within me. It wasn’t the first time I had encountered such an expression, but its impact was always accompanied by a haunting uncertainty, a nagging reminder of the ever-present question, “Where am I truly from?” On that chilly evening in Ann Arbor, Michigan, in the middle of an intramural soccer game, I found myself lost in a cold, tangled space within my mind. It was a place I had grown all too familiar with, a labyrinth of emotions and introspection that I had navigated countless times throughout my life. In that frozen moment, with the winter wind biting at my skin, I traversed the complex maze of my thoughts. It was a place where the complexities of identity intertwined, where questions of belonging and self-discovery were engraved upon every twisting path. The chilly air felt like uncertainty wrapping around me, prompting deep reflection, especially considering the words that hurled from the opposing team as part of their trash-talking strategy.

Born into a South Korean family but raised in the vibrant embrace of Latin culture in Honduras, I have constantly found myself caught between two worlds, suspended in a perpetual state of “Who am I?”. Growing up, I navigated the harmonious blend of *kimchi* and *frijoles*, effortlessly moving between my Korean heritage and the colorful traditions of my Honduran community. Yet, standing there in the middle of the soccer field, I couldn’t help but question where I truly belonged. The persistent uncertainty continues to trouble my mind, raising the question: Who am I in this complex interplay of cultures? The search for my authentic self despite this captivating clash of identities has become a lifelong journey, an exploration that challenges me to redefine my place in the world and uncover the essence of my being.

This labyrinth in my consciousness, a place of uncertainty which I call the *Mazeflection*, is an ethereal realm, an abstract space where the boundaries of identity blur and intertwine. This inner landscape, filled with broken thoughts and emotions, is a place where the lines between past, present, and future converge, creating a tangled web of memories, aspirations, and insecurities. The air in this strange place is thick with unanswered questions, each one a thread that draws me further into the intricate depths of my mind. Here, the echoes of societal expectations clash with the yearnings of my heart, further entangling the delicate strands of “Who am I?”. I find myself torn between conflicting roles, struggling with the expectations others place on me and the longing to create my own path. Each turn I take has led me to a different facet of my being, unveiling layers of complexity that challenge the aspiration of a singular, cohesive self. In this surreal state of mind, the mirrors along the halls show broken pieces of myself. They twist my reflection, making me question the image I see.

One of the first memories of *Mazeflection* goes back to when I was about 8 years old in elementary school. From time to time, I remember being punished, made

to stand in the corner of the classroom with my hands raised, after getting into fights with my classmates. “I am Korean, not chino!” I would defiantly shout, my frustration and anger boiling over. Sometimes, my protests would escalate, and I would even think of throwing Lego pieces at those who used the term against me. I remember an occasion when I sneakily pushed a Star Wars spaceship, which my classmates had carefully built over several weeks, off the table. At that moment, it seemed like the only way I could defend myself and demand respect. But was I always this defiant? No, not in those early elementary years. According to my mom, who would occasionally receive calls from the principal, I was once a tearful child. She would rush to the school, finding me inconsolable and deeply hurt by the incessant name-calling. The teachers, to calm my mom’s worries, assured her that my classmates meant no harm by using the word “chino” and that they had taught lessons on why it was wrong to label me in such a way.

However, the years of my early elementary school experience were transformed into a period of newfound joy, as the collective consciousness of my friends became aware of the forbidden nature of the word “chino”. It held a mythical status like the *You-Know-Who* of the *Harry Potter* series, as if it was collectively vowed to never say the prohibited word. With this unspoken agreement, the atmosphere seemed to glow with harmony. No longer did I find myself in tense battles with my classmates. The once frequent fights became relics of the past, fading into distant memories as understanding and empathy took root. The school teachers and principal, no longer burdened by the need to reach out to my parents, saved money on phone bills.

In the wake of this newfound harmony, my early childhood bloomed into a tapestry of shared celebrations. Birthday parties became vibrant affairs, filled with laughter, *piñatas*, and colorful confetti. Within the school walls, my friends sang the timeless melody of “Happy Birthday” in both Spanish and English. And then, the *mordida*, a playful tradition where my friends would make me take a bite of the cake, leaving my face adorned with sweet, sticky remnants while their stomachs remained empty of the sugary delight. These moments of shared laughter and cake-fueled delight created bonds that erased the boundaries of lingering past misunderstandings. The smiles we displayed said it all, showing how strong friendship is and how much we can change and develop. To this day, the bonds forged during my early school years remain unbreakable, exemplified by the enduring friendship I’ve nurtured with several classmates from that cherished time. In those innocent days of youth, we would satisfy our thirst with fruity *Capri Suns*, savoring the sugary nectar. And now, as time has passed, we find ourselves sipping on cold beers after reuniting back home or meeting on vacation trips.

It felt like I was nearing the exit in *Mazeflection* during my high school senior year. I believed that I had finally narrowed down the essence of my identity, especially since I had found a community where I felt a sense of belonging. I thought I had at last discovered the answer to the eternal question of “Who am I?”. However, as I prepared to embark on the next chapter of my life at university, I realized that this maze is not a static entity. It is not like navigating through an IKEA store, where you eventually find your way out. Nor is it similar to getting lost in Disney World, where you can consult a map or seek guidance from others to reach the roller coaster you’ve been yearning to experience. The layout of this labyrinth is ever-changing and inconsistent, transforming at an unpredictable pace. Just when you think you’ve found the exit, you find yourself lost once more, wandering through uncharted corridors of self-discovery.

As I stepped into the small college town of Ann Arbor, Michigan, I was filled with a mixture of eagerness and nervousness to meet new people and forge connections. During the orientation events, I found myself immersed in a whirlwind of emotions. As the final event ended and I descended the stairs, I overheard a

group of students conversing in Spanish. Intrigued, I decided to approach them and introduce myself. I vividly recall the moment when each member of the group greeted the others with a warm “mucho gusto” in Spanish, followed by a polite “nice to meet you” directed towards me in English. However, as soon as I responded in Spanish, their faces twisted into expressions of confusion and shock. Some even continued to address me in English, likely questioning whether they had misheard my fluent Spanish. In that instant, I found myself once again navigating through the labyrinth of *Mazeflection*, the layout having transformed into an entirely new configuration. Just like my experiences in elementary, middle, and high school, I was faced with the challenge of meeting new people while grappling with the question of which background I should align myself with. Should I seize this opportunity to form a group of Korean friends with whom I could frequent karaoke bars and indulge in late-night ramen? Or should I simply embrace the Latino community and immerse myself in the vibrant rhythms of *reggaeton*, *bachata*, and *salsa*?

Reflecting on my college years, they were pivotal in forming lasting relationships with others while naturally drifting away from some old ones. Throughout this period, *Mazeflection*, a recurring theme, played a significant role in shaping my personal growth. During one of the elective courses, I encountered the philosophical ideas of Martin Heidegger, a German philosopher known for his exploration of human existence. Heidegger emphasized how our sense of self is influenced by our interactions with the world – our relationships, cultural background, and experiences.

As I looked back on my own experiences, Heidegger’s concepts seemed to explain a lot. They helped me understand how our identities are fluid, shaped by the environments we inhabit and the people we encounter. Reflecting on this, I realized how much my own identity has been molded by diverse cultural influences and the connections I have made. Heidegger’s philosophy provided a framework for understanding the ongoing process of self-discovery amidst the complexities of cultural identity. Balancing my Korean heritage with the vibrant Latin culture I was immersed in presented its challenges. Yet, Heidegger’s ideas offered insight, suggesting that this struggle is part of a broader human experience. We are all, in essence, individuals constantly engaging with the world, influencing it as it shapes us.

Initially, finding myself in the abstract world of the labyrinth felt daunting. Feeling lost, experiencing a sense of not belonging, or being pressured without knowing the source left me anxious to find an escape route. However, as I reflect on my journey, I’ve come to see being lost in this maze as an opportunity for growth. It is a space where I continually explore and confront discomfort. As I navigate through the ever-evolving landscape of my identity, I have realized that I also hold the power to shape it. My *Mazeflection* isn’t solely influenced by external factors; I can actively alter and design it according to my desires. I become the architect of this abstract space, capable of carving a direct path for straightforward answers or challenging myself with obstacles to foster growth. The complexities and uncertainties of the *Mazeflection* are not constraints but rather avenues for self-discovery and understanding, an ongoing journey with endless possibilities. With each twist and turn, I not only discover new aspects of myself but also embrace the beautiful intricacies of the human experience.

THE DOGS OF WAR

1ST PRIZE

FACULTY & STAFF

Ibrahim Al-Marashi [GBR]

Professor / IE SPEGA

Since time immemorial humans have weaponized dogs, along with other animals such as horses and elephants. They are also collateral victims of war. In Ukraine, the war has killed or maimed domesticated dogs, as well as cats and zoo animals in zoos.

Dogs and political violence fall into two categories, dogs deployed for war and domesticated dogs suffering as a result of war, including stray dogs who find themselves losing access to food during conflicts.

Collectively they are victims of what I term “animal-based violence,” meted out by one animal, humans, against other animals, dogs, whether inadvertently or deliberately. Both animals, humans and dogs, suffer from post-traumatic stress disorder (PTSD). Unfortunately, animal welfare has yet to be incorporated into international humanitarian law during conflict.

Dogs Deployed for War

Dogs have been weaponized since antiquity, for at least the last 3,000 years, conscripted from the ancient Egyptians to Sarmatians (roaming the lands of what is Ukraine today), to the Romans.

Dogs were used as scouts, sentries, trackers, and even executioners. After 1492 Spanish conquistadors used dogs to project animal-based violence against other humans, as a tactic to kill native Americans in the Caribbean and Mexico, with a mastiff named Becerrillo emerging as a terrorizing weapon of war, eventually killed by poison arrows.

From training sessions at Camp Pendleton in San Diego county, close to 400 to 500 dogs were deployed at one point in Afghanistan and Iraq to sniff out improvised explosive devices. They suffer intensely when an explosion goes off due to their sensitive hearing, at times dying when caught in the line of fire. Rebecca Frankel, who documented how dogs were deployed to Mahmudiyya, Iraq, an area known as the “triangle of death,” also chronicles the difficulty a war dog she adopted had transitioning to civilian life. Just like veterans and civilians, both civilian and combatant canines too are the victims of war, suffering PTSD.

Domesticated Dogs Suffering from War

During the summer of 1939, just before World War II, the British government formed the National Air Raid Precautions Animals Committee, which issued a pamphlet warning of rationing and food shortages, leading to owners euthanizing 750,000 pets in just one week. The government failed to realize that pets would become key to the war effort, providing emotional assistance and

helping people to survive, particularly during the German aerial bombardments during the Battle of Britain.

The weaponization of dogs goes in two directions. Just as the conquistadors used dogs as weapons, invading Russian forces during the war in Ukraine have deliberately killed dogs. Throughout history animals have been slaughtered during war, to deprive the enemy of its food supply and income. During the invasion of Ukraine killing support animals is an act of psychological warfare. Russian soldiers in retreat from the Kyiv region left behind executed cattle, horses, goats, and even domesticated dogs, while animal shelters have been bombed and animal rescue volunteers have been killed.

The problem is that animals are excluded from treaties governing warfare like the Geneva and Hague conventions. This International Dog Day is a reminder that animal welfare should be included in international humanitarian law, that the “human” in “humanitarian” should refer to acting “humanely” to both humans and animals as citizens and civilians.

In Ukraine, a half-breed corgi with shrapnel wounds could not even drink water because it spilled through a wound in his neck. It surely suffers from its actual wounds and mental ones. Human health and animal health, in wartime and peacetime, are a continuum. Both will need each other to overcome PTSD.

George Packer of *The Atlantic* reminds us, “War has nothing to do with the world they inhabit. In their consciousness it has no meaning, not even the meaning of evil.”

War can serve as a reminder to appreciate the role dogs place during peace. In Iraq, where dogs were historically considered ritually “unclean,” they eventually grew in popularity during the post-2003 chaos as a means of Iraqi security forces to sniff out ISIS bombs, and protecting families during the numerous blackouts. Caninophiles emerged in Iraq, embracing dogs as loved pets that are parts of the family. The Ukraine war is not dogs’ fault, yet that they are key to healing during and after conflict.

Dogs are victims of war, just like the Ukrainians or any people who suffer due to decisions made by politicians who will never be held accountable for their actions. As a historian these deaths inspired me to advocate for a new emphasis in university education. There are plenty of university-level courses and programs on the history of war, but none specifically on the “Victims of War.” There is a greater history of soldiers and civilians who have died or endured trauma and PTSD, internally displaced peoples and refugees, child soldiers, the victims of gender-based violence during conflict, those maimed by landmines and amputees, many reliant on prosthetics, landscapes poisoned by depleted uranium, to war horses and dogs killed on the frontlines.

TRAVELS IN A NEW LANGUAGE

2ND PRIZE

FACULTY & STAFF

PaIlavi Aiyar [IND]

Professor / IE Business School

My Spanish teacher, who had until now had that practiced look of language instructors around the world – feigned interest in the grammatically mangled, pedestrian utterances of their students – was startled. “Mahatma Gandhi was a what?” she asked, eyes wide. “An avocado,” I repeated, more hesitantly this time, tipped off by her reaction that I must have said something odd. Again.

I had meant to say “lawyer,” or “abogado” in Spanish, but had ended up saying, “aguacate” or “avocado,” no doubt tricked by the French that lingered subterraneously in my linguistically overcrowded brain. “Avocat” referred to both lawyers and the fruit *en français*.

In my mid-40s I am a serial learner of languages. Not one of those gifted polyglots who effortlessly inhales new tongues as though languorously sucking on a flavoured hookah. I’m more akin to a seriously out of shape marathon runner, huffing and hurting, but always with a long way still to go.

I had grown up bilingual, speaking Hindi and English, the type of child who participated in debating contests. So far, so glib. My problems began when I met Julio while at university in London. He was from Spain, had gone to a French school and later, a British university where he’d studied Chinese. We fell in love and my fate as a nomad was sealed. I spent the next quarter of a century in various countries around the world: China, Belgium, Indonesia, Japan and Spain- trying to learn enough of the local languages to avoid embarrassment. Unfortunately, embarrassment is essentially a synonym for learning a new language.

But after years of ordering lawyers when I wanted an avocado salad, I realized that embarrassment was not the most important aspect of the story. The real value of learning a new language isn’t gaining new vocabulary or syntax but acquiring empathy for vulnerability and a realization of the privilege bestowed by having access to the right words.

The inability to say interesting things, not think them or know them, but to express them with casual felicity, is an automatic demotion in your perceived value. Lacking the right words strips you of the cultural capital that allows those well-endowed with it to inhabit the world with confidence. Instead, you become diffident, refraining from offering your opinions, not because you don’t have them, but because you are ashamed of your pronunciation.

Learning a new language means that you know what it is like to hesitate and stutter on the sidelines while others hold center stage. It is to understand the truth that people who cannot speak “well” can still be worth listening to. That by making the effort to understand someone who is struggling to express themselves you do more than a mere kindness to them, you open yourself up to the possibility of learning. The privilege of words may be less obvious than material privilege, but it is equally distorting.

I am clumsy in several languages, Spanish only being the most recent. But clumsy trumps illiterate, which is what I found myself to be when I moved to China back in 2002.

Even daily routines I felt I had mastered held undiscovered terrors. For example, I had regularly been taking bus # 928 from SOHO to the Beijing Broadcasting Institute (BBI) for over a month without a hitch, when one day I boarded the bus as usual only to discover it zooming past the university and entering the expressway that led straight out of the city into Hebei province.

I asked around desperately if anyone spoke English, but my query was met with silent bemusement. I was unable to ascertain why we hadn't stopped at BBI, where we were going or whether we would ever stop, the bus seemingly speeding on forever as we left the university further and further behind. The bus did eventually stop, and I took a cab back to BBI. It cost me an arm and a leg, and I was woefully late for class but most of all I felt shook up by how helpless I had been, disempowered by my lack of Chinese, literally without voice.

It transpired that bus #928 had two route services: the standard one that I usually took and an express one that went directly, with no stops, to the city's outskirts. The latter was marked by a special character clearly visible at the front of the bus, but being illiterate it had held no meaning for me."

In the event I learned to speak Chinese with a modicum of intelligibility, although I never shed the tendency to sound like an adolescent boy whose voice was breaking. My tones could veer alarmingly and inexplicably up and down, and I often ended up ordering soup (*tang*) when I wanted sugar (also *tang* but in a different tone), although I suppose at least both *tangs* were taxonomically related, unlike lawyers and avocados.

Language learning leads to the epiphany that making a mistake is an act of bravery, and the people making them should be patted on the back, not sniggered at. This does not mean however, that we can't enjoy the glorious comedy of mistakes

In France a woman I was traveling to interview in Bordeaux, sent me a text message saying that she would wait for me at the train station holding up "a big shit with my name on it." Luckily, she had meant *sheet* (of paper).

Another time, I had a Spanish friend tell me proudly about how his father had been to jail in the U.S. And it was while I was struggling to articulate an appropriately sympathetic response while wondering why my friend was looking so proud about his progenitor's criminality, that I realized he must mean "Yale," as in the university, not jail, as in Alcatraz.

There was also the time that I went to a pharmacy in Madrid to look for some cream to moisturize my dry skin. The pharmacist peered at me and asked if I'd "heard of hell?!" For a moment I thought she expected me, an obvious heathen, to fall down on my knees and accept Christ into my heart before it dawned that she was only offering me an emollient gel.

A final example: Last year, in the aftermath of my mastectomy I visited a physiotherapist; my shoulder was giving me trouble. But I began the session by explaining that I had a problem with my husband, "hombre," when I meant, shoulder "hombro." He must have thought I'd confused physiotherapy with psychology.

Luckily, it's in the mistakes that the magic happens, and one falls in love with the world. Learning a new language is like traveling in a foreign country. Lots of surprises and the occasional shock, but also growth and expansion – a new lens through which to understand ourselves.

PHOTOGRAPHY

STUDENTS & ALUMNI

1ST CHRONONAUT
Albert Strauss

2ND LIGHTING TREE IN PARIS
María Eugenia Ramos

3RD REMEMBER THE FIRST FALL OF SNOW
Zelin Huang

FACULTY & STAFF

1ST WATER IS...
Juan Alcalde

2ND JUST WAITING
Goyo Romero Carretero

3RD CONNECTED
Kyle Vincent Rosario

P. 133

CHRONONAUT

1ST PRIZE

STUDENTS & ALUMNI

Albert Strauss [DNK]
Bachelor in Communication
and Digital Media



LIGHTING TREE IN PARIS

2ND PRIZE

STUDENTS & ALUMNI

María Eugenia Ramos [ESP]
Bachelor in Communication
and Digital Media





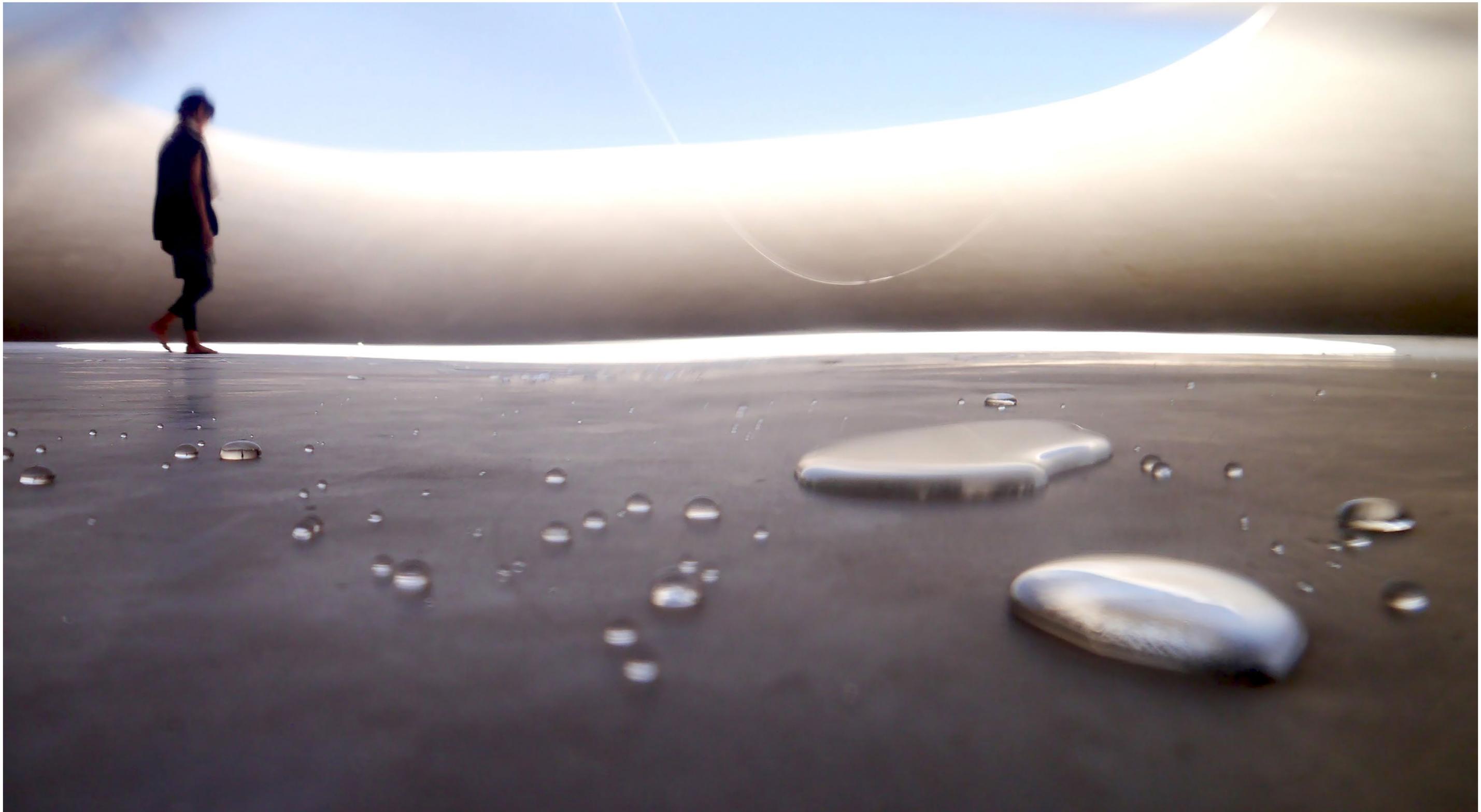






PHOTO SERIES

STUDENTS & ALUMNI

1ST SOVIET BACKACHES
Nutsa ZedeIashvili

2ND WE WALK AMONG MIRRORS
Albert Strauss

3RD DORÉ
Santiago Vivanco Valero

FACULTY & STAFF

1ST MADRID, VISUAL POETRY
Javier Vallas

2ND WONDERLAND
Helena Reyes Yensen

3RD THE POWER OF "JUST" DANCING
María Bravo

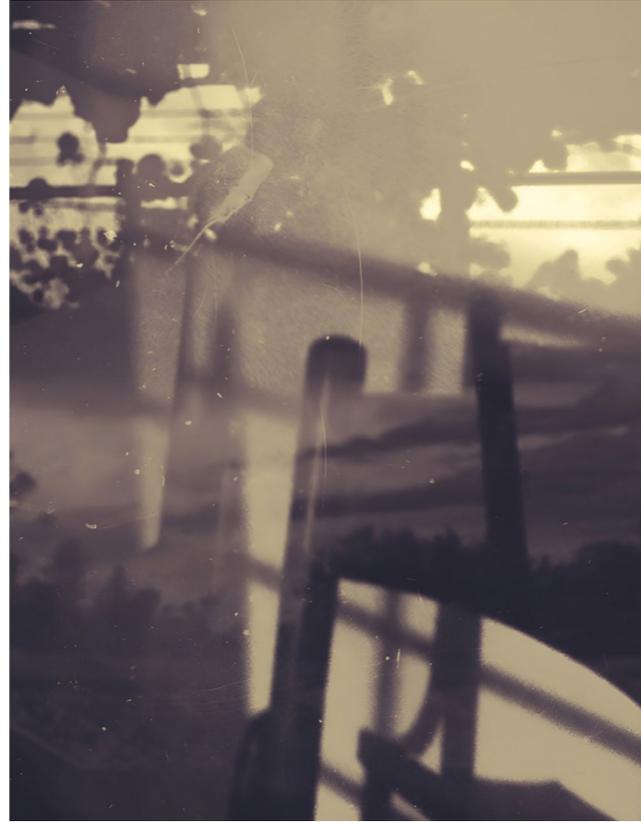
P. 145

SOVIET BACKACHES

1ST PRIZE

STUDENTS & ALUMNI

Nutsa ZedeIashvili [GEO]
Bachelor in Philosophy, Politics,
Law and Economics



WE WALK AMONG MIRRORS

2ND PRIZE

STUDENTS & ALUMNI

Albert Strauss [DNK]
Bachelor in Communication and
Digital Media



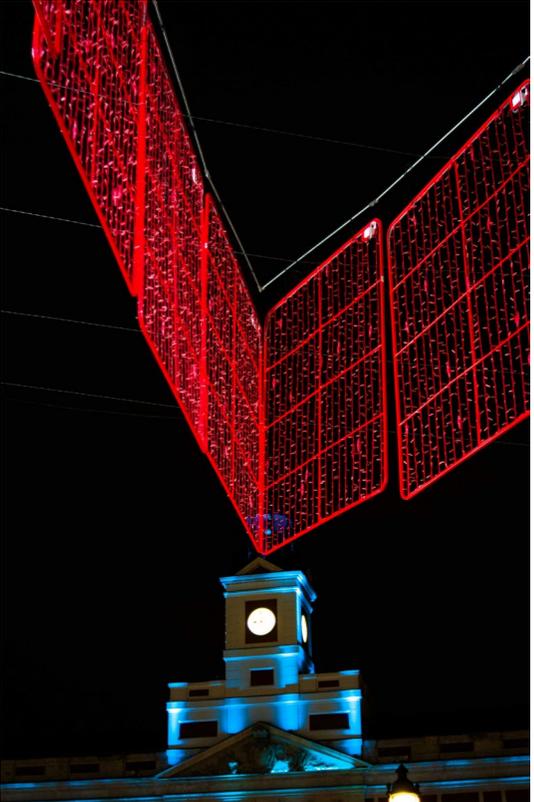


MADRID, VISUAL POETRY

1ST PRIZE

FACULTY & STAFF

Javier Vallas [ESP]
IT Audiovisual Project Manager /
IT Department

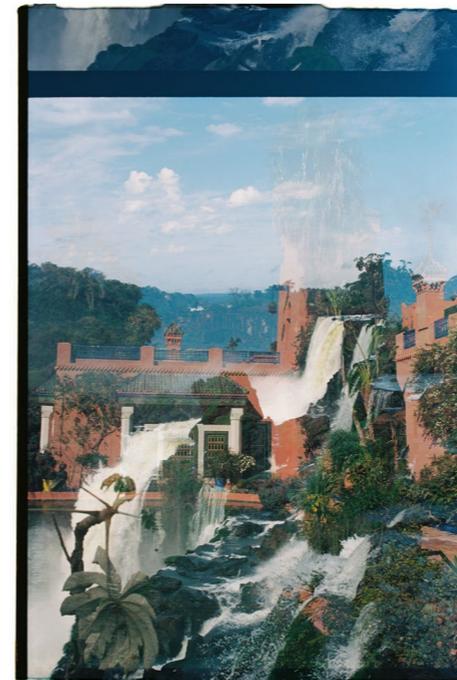
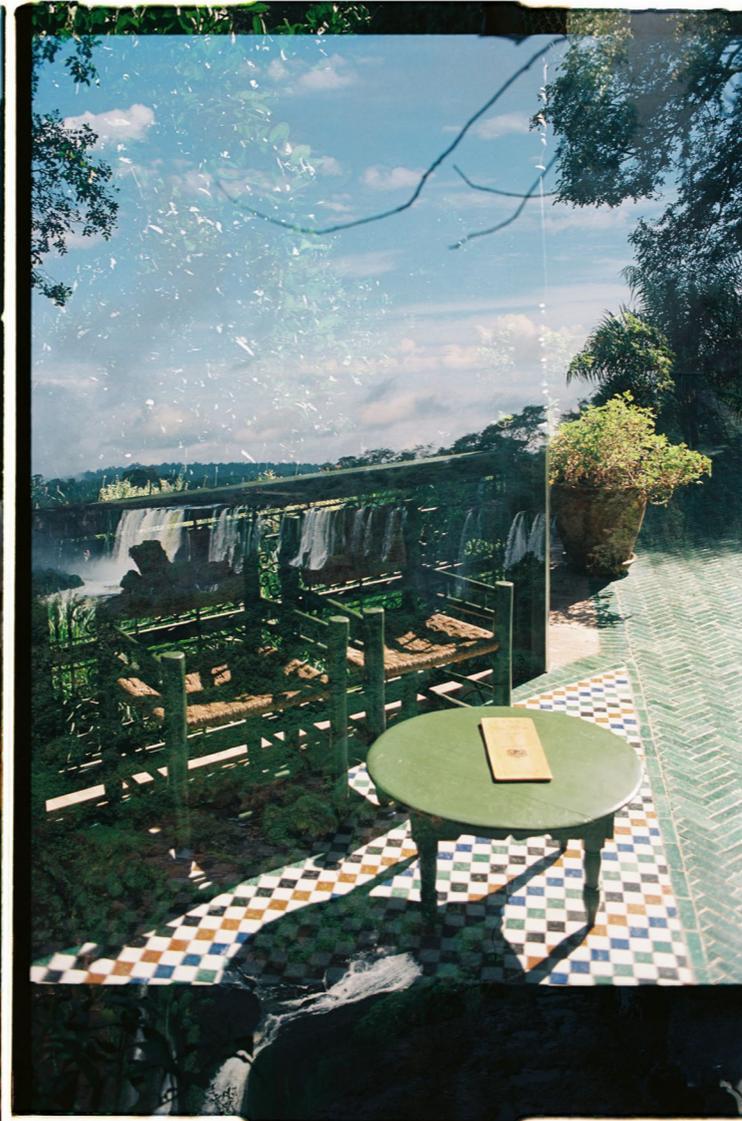


WONDERLAND

2ND PRIZE

FACULTY & STAFF

HeIena Reyes Yensen [COL]
Junior Manager / Student Services
IE University

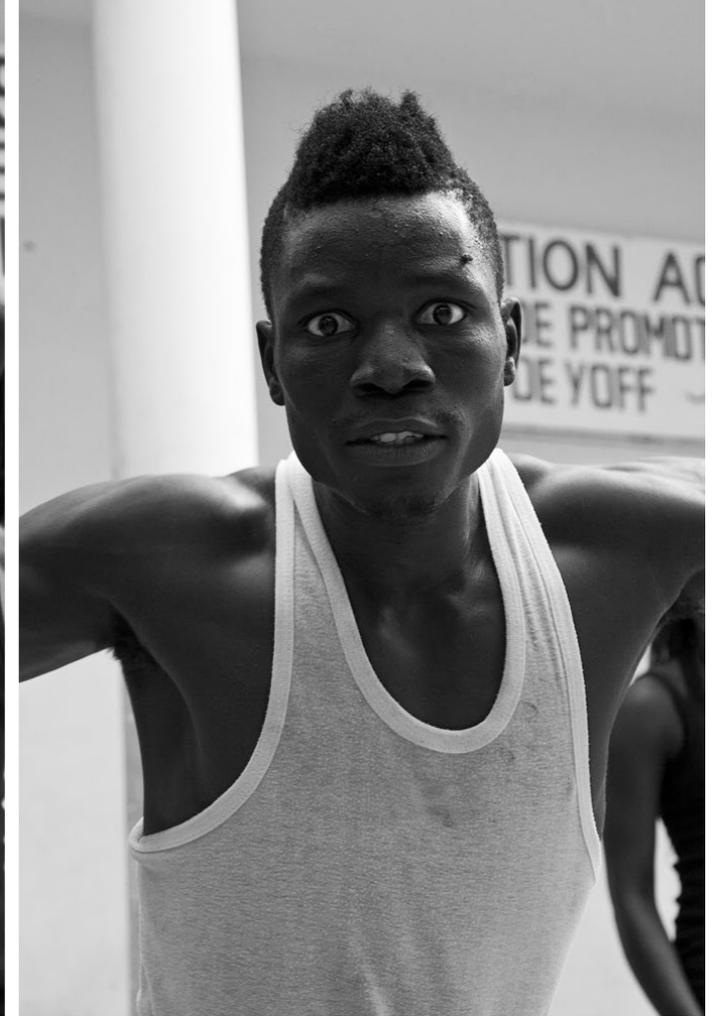


THE POWER OF "JUST" DANCING

3RD PRIZE

FACULTY & STAFF

María Bravo [ESP]
Junior Manager / Campus Life



VIDEO

STUDENTS & ALUMNI

1ST HOLA MA
José Mansilla

2ND X-RAYS
Marta García Salamanca

3RD EL SUEÑO LATINO
Frances McKenzie

FACULTY & STAFF

1ST SOLO VEO NIEVE
Javier Vallas

P. 159







SOLO VEO NIEVE

1ST PRIZE

FACULTY & STAFF

Javier Vallas [ESP]
IT Audiovisual Project Manager /
IT Department



I try to find answers

DIGITAL ART

STUDENTS & ALUMNI

1ST EQUIVOCAL MEND
Jimena Vivian García

2ND GRAPHIC JOURNEY 1 CONTINUING JOURNEY
SAFE HAVEN GRAPHIC JOURNEY CONTINUES
Isabel Peña

3RD A FRISSON
Rikzim Dorjee

FACULTY & STAFF

1ST ECOLOGICAL MACHINE 01, 03, 06
Juan Cabello Arribas

P. 169

EQUIVOCAL MEND

1ST PRIZE

STUDENTS & ALUMNI

Jimena Vivian García [MEX]
Bachelor in Behavior and
Social Sciences



GRAPHIC JOURNEY 1, CONTINUING JOURNEY, SAFE HAVEN, GRAPHIC JOURNEY CONTINUES

2ND PRIZE

STUDENTS & ALUMNI

Isabel Peña [ECU]
Dual Degree in Business
Administration & Design



A FRISSON

3RD PRIZE

STUDENTS & ALUMNI

Rikzim Dorjee [IND]
Bachelor in Communication
and Digital Media

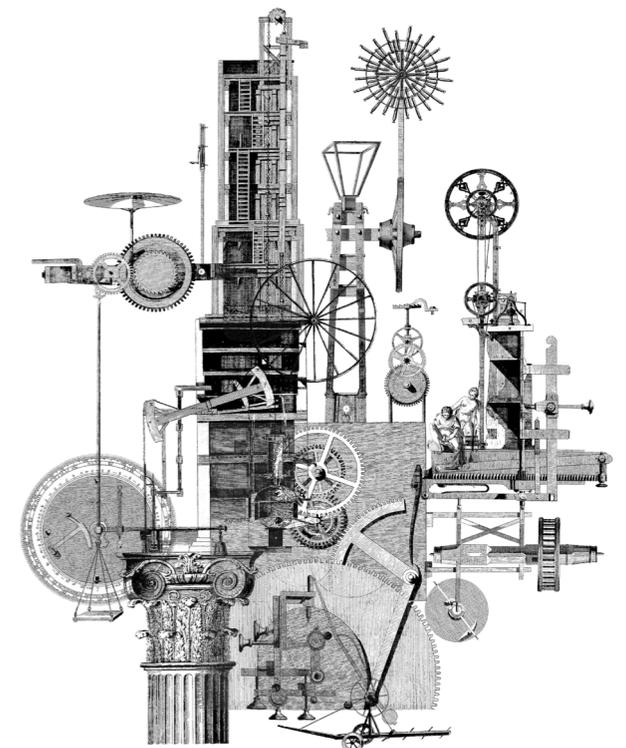
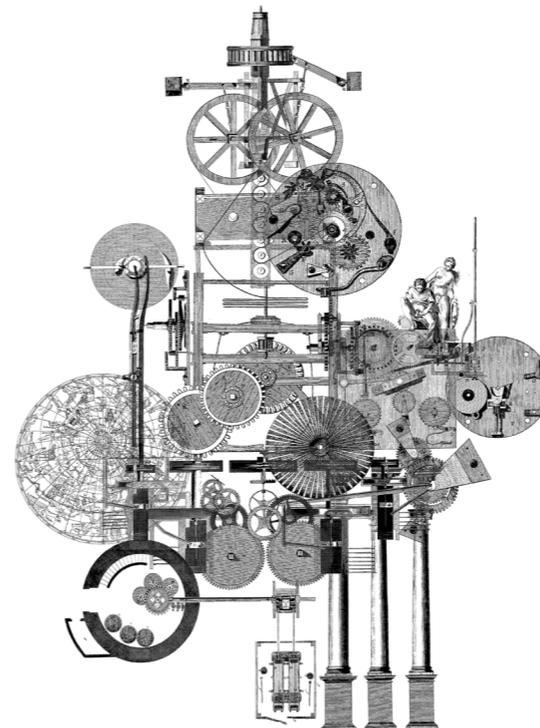
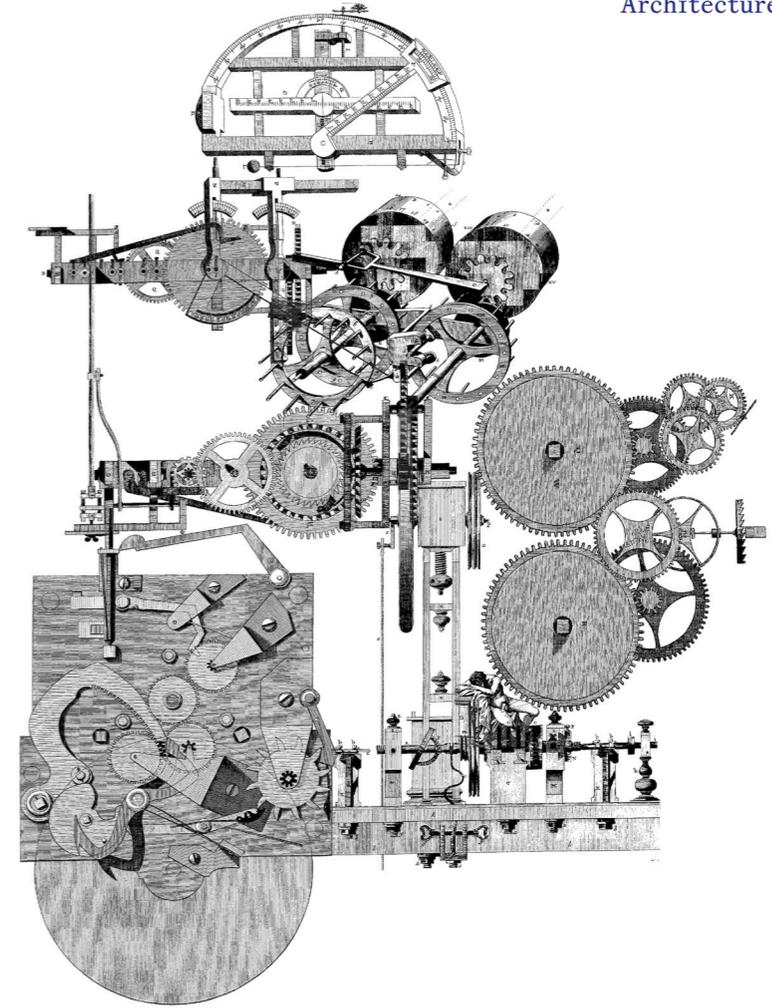


ECOLOGICAL MACHINE 01, 03, 06

1ST PRIZE

FACULTY & STAFF

Juan CabeIlo Arribas [ESP]
Professor / IE School of
Architecture & Design



SPECIAL REMARKS

CATALINA TEJERO
VICE DEAN / VICEDECANA
IE SCHOOL OF HUMANITIES

This book is a testament to our annual celebration of beauty. It reflects our continuous pursuit of aesthetic delight, comprehension and significance.

The creative works here bring us together through our rich cultural manifestation and moral and emotional exchange. They stir our emotions and ignite our empathy, amidst a constantly dynamic environment, influenced by social, political, and technical transformations.

This complexity is part of our DNA. We experience beauty through a myriad of lenses and manifestations, amplifying our capacity to appreciate and enjoy, expanding the boundaries of our own existence.

Sirva este libro como testimonio de nuestra oda anual a la belleza. Se representa en él nuestra búsqueda permanente del deleite estético, pero también de nuestra capacidad de comprensión de los unos a los otros, así como de nuestra búsqueda de significado.

Las obras aquí reunidas son capaces de conectarnos a través de nuestras manifestaciones culturales y nuestro intercambio moral y emocional. Agitan nuestras emociones y provocan nuestra empatía en medio de un entorno en continuo movimiento, impactado por las transformaciones sociales, políticas y tecnológicas.

Esta complejidad forma parte de nuestro ADN. Experimentamos la belleza a través de una mirada de lentes y manifestaciones, ampliando así nuestra capacidad de comprender y disfrutar, expandiendo por tanto los límites de nuestra propia existencia.

EPILOGUE

Dear reader,

It is with great pride that, this year, we celebrate the 9th edition of the Humanities Awards. And I would like to begin by thanking our Founder and President of the Foundation, Diego del Alcázar Silvela, for his constant support of the Humanities as one of the main values of IE. These awards, which he himself created several years ago, are a very significant expression of the relevance and presence of the Humanities' value in all our activities.

I would also like to congratulate, once again, Catalina Tejero, María José Ferrari, Sophia Sampaio, Keely Eisele and the rest of the Humanities team who are in charge of organizing every aspect of these awards, from the definition of the different categories, the preparation of the rules for the submissions, the formation of the different juries, and all the other stages involved all the way up to the decision of who will be the winners and the preparation of the awards ceremony. This hard work is carried out by the team with great dedication and professionalism.

And of course we can't forget all the participants in this year's edition, to whom we want to extend our warmest congratulations, on behalf of all of us who are part of the IE Foundation, and in particular, to the winners in each of the categories. Their talent must be recognized and shared.

It has been a great honor and pleasure to participate in one of the judging panels for this year's prizes. The task is increasingly motivating given the high quality of the work presented, both by the students and the staff. It never ceases to amaze me the creative capacity in which inspiration and passion are key pieces to create these unique and exceptional works.

I would like to finish these lines by reaffirming the commitment that the IE Foundation has with the three pillars that support its activities: providing scholarship programs for exceptional students so that they can study at IE University, irrespective of their financial status; fostering knowledge generation and diffusion of its extremely talented faculty members; and strengthening the IE Community by promoting the values of the institution. Each year we are able to reinforce our commitment to these pillars thanks to the collaboration of each of our stakeholders and the generous contributions of a growing number of donors and corporations, to whom we will always be grateful.

Thank you very much and see you soon.

-Gonzalo Garland
Executive Vice President, IE Foundation

Querido lector,

Es con gran orgullo que celebramos este año la 9ª edición de los Premios de Humanidades. Y quisiera empezar agradeciendo a nuestro Fundador y Presidente de la Fundación, Diego del Alcázar Silvela, por su constante apoyo a las Humanidades como uno de los valores principales del IE. Y estos premios, que él mismo creó hace ya varios años, son un reflejo muy importante de la relevancia y la presencia de este valor en todas nuestras actividades.

Y sin duda es necesario felicitar, una vez más, a Catalina Tejero, María José Ferrari, Sophia Sampaio, Keely Eisele y al resto del equipo de Humanidades que se encarga cada año de todos los aspectos relacionados con estos premios, desde la definición de las diferentes categorías a incluir, la preparación de las bases para la presentación de las obras, la formación de los diferentes jurados y de todas las otras etapas hasta llegar a la decisión de quiénes serán los ganadores y a la preparación del evento de entrega de los Premios. Este arduo trabajo lo realiza el equipo con gran dedicación y profesionalidad.

Y por supuesto no podríamos olvidarnos de todos los participantes en la edición de este año, a quienes queremos hacer llegar nuestra más cálida enhorabuena en nombre de todos los que formamos parte de la Fundación IE y, en particular, a los ganadores en cada una de las categorías. El talento que está claro que tienen debe mantenerse, reforzarse y compartirse con los demás.

El haber participado un año más como miembro de un jurado ha sido un gran honor y un placer. La tarea es cada vez más motivadora dada la gran calidad de los trabajos presentados, tanto por parte del alumnado como del *staff*. Nunca deja de sorprenderme la capacidad creativa en la que la inspiración y la pasión son piezas clave para crear estas obras únicas y excepcionales.

Quisiera terminar estas líneas reafirmando el compromiso que la Fundación IE tiene con los tres pilares que apoyan sus actividades: proporcionar programas de becas a estudiantes excepcionales que no dispongan de los recursos económicos necesarios para que puedan estudiar en la Universidad IE, fomentar la creación y difusión del conocimiento de los extremadamente talentosos miembros del profesorado, y fortalecer la Comunidad IE promoviendo los valores de la institución. Cada año somos capaces de reforzar nuestro compromiso con estos pilares gracias a la colaboración de cada uno de nuestros *stakeholders* y a las generosas contribuciones de un creciente número de personas y corporaciones donantes, a los que estaremos siempre agradecidos.

Muchas gracias y hasta pronto.

-Gonzalo Garland
Executive Vice President, IE Foundation

THE JURY

P. 181

THE JURY

SHORT STORY, SHORT ESSAY AND POETRY IN SPANISH

GABRIEL ALBIAC

Philosopher and Writer

DIEGO DEL ALCÁZAR

Founder of IE

JAVIER AYUSO CANALS

Journalist

ROSA BELMONTE

Journalist

JUAN CARLOS FERNÁNDEZ AGANZO

Poet, Writer and Journalist

OFELIA GRANDE DE ANDRÉS

CEO and Editorial Director, Ediciones Siruela

ANUNCIADA FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA

Poet and Ambassador of Spain in Hungary

MARÍA JOSÉ FERRARI

Vice Dean, IE School of Humanities

VICTORIA GIMENO

Director of Institutional Relations, Development
and Admissions, IE University

JAVIER MORO

Writer

BIEITO RUBIDO RAMONDE

Journalist and Director of *El Debate*

SOFÍA RONDÁN

Senior Manager of Admissions, IE University and
Secretary of the jury

CATALINA TEJERO

Vice Dean, IE School of Humanities

PHOTOGRAPHY, PHOTO SERIES AND VIDEO

ROBERTO ARRIBAS

Associate Director of Communications, IE
University and Secretary of the jury

VINCENT DOYLE

Professor of Media and Cultural Studies, IE
University

GEOFFROY GERARD

General Director, IE Foundation

BEGOÑA GONZÁLEZ-CUESTA

Dean of Education and Academic Experience, IE
University

JEAN-MARC MANSON

Photographer

IONA OLIVEIRA

Associate Dean of Communication and Digital
Media, IE University

CATALINA TEJERO

Vice Dean, IE School of Humanities

CARLOS DE VEGA

Director, *El País Digital*

SHORT STORY, SHORT ESSAY AND POETRY IN ENGLISH

CAROLA ARBOLI

Director, IE LifeLong Learning – Executive
Education

BARRY COOPER

Founding Principal, The Global College

KIT FAN

Poet and Writer

MARÍA JOSÉ FERRARI

Vice Dean, IE School of Humanities

GONZALO GARLAND

Executive Vice President, IE Foundation

GORETTI GONZÁLEZ

Professor, IE School of Humanities

NAMITA GOKHALE

Writer, Editor, and Director of the Jaipur
Literature Festival

GUILLERMO DE HARO

Vice Dean, IE School of Science and Technology

FLOR GRAGERA DE LEÓN

Executive Director, IE Language Center

REGINA LLAMAS

Professor, IE School of Humanities

JULIÁN MONTAÑO

Vice Dean for Academic Innovation, IE Law School

KERRY PARKE

Associate Director of Communications, IE
University

SUSANA TORRES

Professor, IE School of Humanities

FELIX VALDIVIESO

Writer and Chairman, IE China Center

DIGITAL ART

DANIEL CANOGAR

Contemporary Visual Artist

SHANA COOPERSTEIN

Professor, IE School of Humanities

VINCENT DOYLE

Professor of Media and Cultural Studies, IE
University

CLARA LLAMAS

Academic Director, IE School of Architecture and
Design

JESÚS PASCUAL

Manager of Communications, IE University and
Secretary of the jury

CATALINA TEJERO

Vice Dean, IE School of Humanities

This book consists entirely of works generated by third parties who are winners of the contest “IE FOUNDATION PRIZES IN THE HUMANITIES”. While every effort has been made to ensure that the content is original, IE Foundation does not guarantee the originality of the works presented, which are the responsibility of the winners. In no event IE Foundation is responsible for any loss or damage whatsoever arising from the use or misuse of this book.

Check all the info about the prizes at
<https://www.ie.edu/prizes-humanities/>

Puedes ver toda la información de los premios en
<https://www.ie.edu/prizes-humanities/>

Direction	Catalina Tejero
Design	Koln Studio
Texts edition	Saila Marcos

This book was composed with the typeface Gaisyr.

© All photographs belong to the authors.
© All texts belong to the authors.